

Revista

15 DE MAYO

1904

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	Páginas.
El teatro de Maeterlinck, por J. Deleito y Piñuela	513
Mis poetas, Andrés González-Blanco	517
Asuntos militares: El Colegio General, por V***	519
Toneta, por Luis Barthe	537
Reformas sociales, por José Roca de Togores	545
Sistemas coloniales y el problema colonial contemporáneo, especialmente aplicado á España, por Luis Manuel de Ferrer	557
Romance histórico, por Enrique Prúgent	579
La cuestión agraria en el Mediodía de España, por Enrique Sánchez Pastor	583
Preliminares de la Exposición de Bellas Artes, por Anselmo Gascón de Gotor	603
Los consejos de la bruja, por Julia de Asensi	611
Política interior y exterior, por Pedro Ansúrez	619
Boletín bibliográfico, por Miguel de Unamuno , por M. Sales , por César Juarros , por José Deleito y Piñuela , por Miguel A. Ródenas y por Pedro Ansúrez	623

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

PIANOS 200 PIANOS

Siempre existentes en los Salones]
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como EXTRANJEROS

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —

PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianorfoli da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO

DE

HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrijen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, reumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 73, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

EL TEATRO DE MAETERLINCK

Acontecimiento sensacional, goce estético refinadísimo y con impaciencia esperado, ha sido para los *amateurs* de la literatura «de nuevos moldes» la *tourné*e de Mme. Georgette Leblanc, que ha dado á conocer en Madrid la novísima dramaturgia de su afamado esposo.

Las deficiencias de la interpretación, lo deplorable de la *mise en scène*, y aun la ausencia de toda plasticidad y efecto escénico en la mayor parte de las producciones dramáticas del gran soñador belga, han mantenido en fría y desplicente actitud al público madrileño, aun al iniciado en los rumbos exóticos de esa literatura novísima; pero no han disminuído el entusiasmo de los *incondicionales*.

Y es que Mauricio Maeterlinck es hijo predilecto de la fortuna; uno de los pocos que aciertan á conciliar la universal nombradía con la plena juventud, y la consagración artística de un temperamento muy personal con el estado interior de muchos espíritus.

La conciencia contemporánea agitada por el vertiginoso giro en torno de ideas y sentimientos contrarios que chocan, batallan y alternativamente se superponen ó se expulsan, siente languidez, fatiga, horror á cuanto habia venerado hasta aquí.

Su última inmersión en los más bajos fondos de la vida animal, conducida por el portentoso buceador de miserias fisiológicas y sociales que se llamó Emilio Zola, fué demasiado ruda, demasiado intensa.

El idealismo, latente y rudo ante la invasión naturalista, mas no vencido ni muerto, reaccionó con violento impulso, con asombrosa intensidad, á pesar de los avances de la experimentación y la ciencia.

El espíritu recobró su poder, y huyendo de una realidad descarnada y hedionda, de unas disecciones crueles que manchaban sus alas con cieno, pus y sangre, remontó su vuelo alto, muy alto, á la región azul, donde las figuras esfuman sus cortornos en nimbos de niebla, donde las creaciones aladas del sueño viven con forma luminosa y transparente.

Era preciso construir este palacio aéreo para que en él buscara albergue la imaginación, rechazada y proscripta.

Además, al fisiologismo victorioso había de suceder, por el eterno contraste de las cosas, un psicologismo penetrante y sutil, que, despreciando lo visible, suspirara por lo ignorado y recóndito, por la perdurable incógnita del más allá, por la ola del misterio que envuelve nuestra vida, por la bruma de lo inconsciente en que está sumergida la razón de nuestros actos, de nuestros afectos, de nuestra sensibilidad, de nuestras ideas.

Esta singular exaltación espiritual tenía que producir una reacción *neomística*; y el que ha sabido encarnarla en su talento literario robusto, darla forma dramática, como Verlaine la dió forma lírica, y Wagner forma musical, es el ilustre Maeterlinck, competidor de D'Annunzio en la creación del teatro idealista; pero más soñador, más vago, más etéreo, más musical, menos plástico, y distante de él, como lo está un bosque flamenco, nuboso y gris, de una campiña italiana, soleada y rumorosa, según exacto símil de un crítico francés.

Maeterlinck, desde el estreno de *La Princesse Maleine*, en que fué impuesto por las columnas del *Figaro*, con la autoridad sugestiva de Mirbeau, como digno émulo de Shakespeare, es uno de los ídolos á que rinde culto buena parte de la juventud literaria.

Opuesto á Tolstoï por su divorcio de los candentes problemas sociales, y más subjetivo aún que Ibsen, escudriña los más ocultos repliegues de las almas, apartándolas de cuanto es material para verlas en toda su plenitud, como las veían en sus éxtasis nuestros ascetas; y á fin de crear más adecuada atmósfera á esta *acción interior* borra intencionalmente cualquier noción de lugar ó tiempo en el desarrollo

de sus dramas, y toda forma precisa y concreta de sus personajes.

Lo característico de su dramaturgia es estudiar poéticamente ese mundo íntimo de angustias y terrores sin causa, de acciones sin objeto, de influjos distantes, de atracciones irresistibles, de augurios clarividentes, de intuiciones extrañas; mundo que, substrayéndose á la habitual experiencia, constituye un filón científico de fuerzas ignotas, y un campo abierto para la obsesión de *lo maravilloso* que sigue arrullando aún el sueño infantil de la humanidad.

Cuando en *L'Intruse* agoniza una mujer enferma, en su instante postrero todo parece estremecido por la visita de alguien impalpable y aterrador: los ruiseñores callan de pronto, los cisnes se espantan, el perro se agazapa en su cuchitril, las rosas se deshojan, la lámpara se apaga, el viento gime. En el jardín no ha entrado nadie, y, sin embargo, se ha sentido el paso inmaterial de la muerte.

Así es todo el teatro de Maeterlinck. Las energías latentes del Misterio encauzan en aquél la marcha paralela de hombres y cosas; y estas últimas vibran con nosotros, *tienen también alma*, y nos consuelan ó nos acusan.

En tal concepción psicológica se hermanan, con paradoja singular, las intuiciones científicas sólo esbozadas aún, las exquisiteces sensitivas de la neurosis, y el sencillo animismo de los primeros hombres que dotaba de alma á los ríos y á los vientos, á los árboles y á las piedras.

Resulta, pues, Maeterlinck un *decadente* y un *primitivo* al propio tiempo; y á este sabor á la vez novísimo y arcaico de sus dramas contribuye la intervención del Destino, la divinidad fatal, el *ananke* ciego que arrastra nuestras vidas, tan irresistible y caprichosamente como el huracán se lleva en otoño las hojas desprendidas de las ramas.

La Princesse Malaine, Pelleas et Mellisandre, Le Tressor des Humbles, La Mort de Tintagiles, la misma *Monna Vanna*—con ser la obra más adaptada á los usuales cánones dramáticos—tienen, en medio de su vaguedad crepuscular y de sus hondas escrutaciones psíquicas, un parentesco evidente con las tragedias griegas.

Sin aceptar los ataques rudos de Max Nordau contra la incoherencia y las nebulosidades de Maeterlinck haciendo honor á la originalidad, la belleza sugestiva, las penetrantes y agudas intuiciones, la suave y espiritual fragancia de ese teatro de ensueño que le reconoce por fundador, justo es reconocer su condición enervante, enfermiza, triste, que le aleja de la libre convivencia con todos los amantes del arte, y le reduce á ser patrimonio sólo de las almas complejas, débiles y atormentadas.

No es la rosa campestre, oreada por todos los vientos, sino la flor de estufa, que languidece fuera de su atmósfera artificial.

Y su atmósfera adecuada es la resultante de los delirios de la fiebre, del giro errabundo de la imaginación, de las visiones de la pesadilla, de la hiperestesia nerviosa, del escaso vigor cerebral.

Cierto que su espíritu rima admirablemente con las ansias, las inquietudes, los terrores, la languidez, la melancolía, el horror á la vida ordinaria, propios de nuestra generación neurasténica; pero tal vez su dominio intelectual sea transitorio, pues extendiendo sus raíces por los campos de la quimera y de la hipótesis, sólo raras veces se impregna con los jugos prolíficos y eternamente nuevos de la vida.

J. DELEITO Y PIÑUELA.

MIS POETAS

PRIMERA SOLEDAD

(De Sully-Prudomme.)

En las tristes escuelas suelen verse
niños que siempre lloran,
que quedan en el fondo de los patios
mientras los otros hacen sus cabriolas.

Sus blusas siempre están muy bien planchadas;
sus pantalones, siempre en buen estado;
sus zapatos, lustrosos;
su aspecto es reflexivo y delicado.

Los forzudos los llaman *señoritas*;
los que son maliciosos, inocentes;
no serán comerciantes esos niños;
son mansos y regalan sus juguetes.

Los poltrones les hacen jugarretas;
los golosos les toman por amigos;
porque lavan las manos,
sus camaradas les suponen ricos.

Se estremecen al verse ante el maestro;
su sombra les asusta;
no debieran nacer esos muchachos:
¡es la infancia para ellos harto dura!

¡Oh, la larga lección que no se sabe!
¡Los amargos deberes no cumplidos!
¡Sufrir una severa reprimenda!
¡El deshonor de recibir castigos!

¡Todo es miedo y martirio para ellos!
De día la campana, y por la noche,

la triste soledad del dormitorio,
cuando ya el vigilante se recoge.

Tiembla la débil luz sobre las ropas
de la cama de hierro;
recuerda el respirar de los durmientes
al viento en los sepulcros, por invierno.

Mientras duermen los otros,
al lecho acostumbrados, y tranquilos,
la casa ellos recuerdan,
y velan por pensar en el domingo.

Piensan en que dormían hace poco
en las cunas calientes y arropados
y que hasta algunas noches
sus madres á sus camas los llevaron.

Ahora les han dado las camisas,
mantas y cobertores que hacen falta,
mas no se las habéis puesto vosotras
y no las calentáis en vuestras camas,

Más por ingratas que seáis, ¡oh madres!
no pueden olvidaros,
y ocultan sus cabezas
sobre las almohadas, sollozando.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid 15 de Marzo de 1904.

ASUNTOS MILITARES.

EL COLEGIO GENERAL

I. Antecedentes.—II. Educación militar.—III. Comunidad de estudios para todas las armas.—IV. Elección de carrera.—V. Compañerismo.—VI. Presupuesto.

I

Antecedentes.

La enseñanza militar es, sin duda, materia que, por la influencia que ejerce en la formación del cuerpo de Oficiales, debe constituir una preocupación de los altos centros militares, y á medida que los progresos científicos ó las necesidades de la organización del Ejército lo exigen, están aquéllos obligados á aumentar, disminuir ó alterar los planes de estudios de los aspirantes ó los sistemas de enseñanza empleados.

En nuestro Ejército, á partir del momento en que cesaron las guerras coloniales, reina respecto á los asuntos de organización la quietud absoluta. Aparte de los eternos problemas siempre planteados y nunca resueltos de retiros, ascensos, pensiones y sueldos, que atañen directamente al interés particular de la oficialidad, ninguno trascendental parece ocupar—desgraciadamente—la atención de la gente del oficio, ó al menos, entre todos, sólo los apuntados logran colocarse en lugar preeminente, absorbiendo energías que á los restantes en su mayor parte debieran dedicarse.

El servicio obligatorio, que al cabo de veinte años de an

dar rodando por las mesas de los Cuerpos Colegisladores en forma de proyecto de ley, parece estar á punto de ponerse en vigor; el ingreso de las clases de tropa en los cuadros activos de la oficialidad, el ascenso por elección en tiempo de paz, la división de los oficiales facultativos en técnicos y combatientes, serían medidas orgánicas capaces de exigir una profunda alteración en los métodos de enseñanza de nuestro oficiales. También bastarían á justificarla el carácter esencialmente analítico y práctico que hoy se da en el extranjero al estudio de la historia, de la táctica y hasta de la topografía y de la educación militar, como asimismo lo requiere con urgencia el inmenso desarrollo de las ciencias, que hacen insuficiente el tiempo que los agobiados alumnos de Artillería é Ingenieros pueden dedicar á cada una de sus ramas de arquitectura, explosivos, electricidad, metalúrgica, balística, etc.

Mas bajo ninguno de los indicados puntos de vista ocurre el variar un ápice el *statu quo* á que la enseñanza de nuestras Academias militares se halla sometida. Discútese en cambio, hace algún tiempo, pónese sobre el tapete y en su favor se hace activa propaganda que llega á despertar entusiasmo—por algo dice uno de nuestros intelectuales que nuestra inteligencia colectiva no tiene más aspectos que el del entusiasmo y el ingenio en mangas de camisa—una cuestión de detalle, que en concreto viene á reducirse á un hecho de concepción netamente española: la aparición de un nuevo centro de enseñanza, el Colegio General.

En las esferas oficiales se ha llegado á dar forma á la idea, y el Ministro de la Guerra ha solicitado autorización de los Cuerpos Colegisladores para desarrollarla.

He aquí, pues, que á los diez años de suprimida la Academia General considérase conveniente su reaparición, acreditando el hecho una vez más la escasa fijeza de criterio en lo relativo á los asuntos militares, lo que no es, sin embargo, motivo de extrañeza, porque se repite con frecuencia, y seguirá repitiéndose interin la personalidad ministerial, variable á cada instante, sea la exclusiva entidad que interviene en cuanto se decreta, que lleva el sello de su criterio particular.

Con anterioridad á la Academia General, que escasamente subsistió dos lustros, había funcionado ya en España el antiguo Colegio también General desaparecido en 1850, y cuya prematura muerte no fué posible evitar. «En vano—dice el General Almirante—se hizo más cónico el chacó de aquellos desdeñados cadetes, se les aumentó la capona y se tomaron otras medidas análogas de salvación.»

Por tercera vez se desea repetir el ensayo; hay quien opina que ahora es cuando un éxito franco ha de hacerlo arraigar. El tiempo será quien lo vuelva á decir, ya que nada parece haber demostrado tan reiterada experiencia.

En el orden civil funcionó también hace algunos años una Escuela Politécnica en la que todos los ingenieros habían de efectuar estudios en comunidad; su vida efímera y su muerte natural guardaron gran analogía con la vida y muerte de su hermana mayor la Academia General.

Que nosotros sepamos, sólo en Francia se ha tocado en época reciente este punto de la unidad de origen de los oficiales, y el periódico *Le Temps* publicó varias cartas abiertas, en las que se exponía y apoyaba la idea, que fracasó. Contestando á ellas, dice un ilustre escritor francés (1): «Es preciso no perder de vista que las Escuelas militares, cualesquiera que sean, no han de inculcar doctrinas definitivas, sino dar nociones que la práctica de regimiento desarrollará. Solamente por el contacto íntimo de los regimientos de las diversas armas y por la enseñanza de los Jefes superiores es como se conseguirá la homogeneidad que las Academias son impotentes para obtener.»

No se puede, por lo tanto, citar, como es costumbre en estos casos, el ejemplo del extranjero. Por lo visto otras naciones, á las que en todo deseamos imitar, no consideran útil ese centro común de enseñanza militar, cuando no lo han organizado (2).

(1) Le recrutement des officiers en France et à l'Étranger.—Paris, Chapelot, 1902.

(2) En Francia los oficiales combatientes proceden de las siguientes Escuelas: *Infantería*, Saint Cyr y Saint Maixent; *Caballería*, Saint Cyr y Saumur; *Artillería é Ingenieros*, Escuela Politécnica, Fontaine-

Hemos manifestado y repetimòs, que la reaparición del Colegio General es una cuestión de detalle, no requerida por necesidades científicas ni de organización. Conviene probar la exactitud de este aserto y al propio tiempo dilucidar hasta qué punto son efectivas sus ventajas y cuales sus inconvenientes para el Estado y para la juventud que tenga pensado dedicar sus intereses y aficiones al noble servicio de las armas.

II

Educación militar.

La educación militar debe ser la misma para todos los oficiales, á cuyo fin han de recibirla en un establecimiento único.

Esta afirmación, sobre la que se fundamenta en primer término la existencia del Colegio General, por sólida que fuera, no bastaría á justificar la organización de ese nuevo centro de enseñanza tan grande, tan dispendioso como lo harían el cortejo de edificios por adquirir ó restaurar las plantillas de sus profesores y su numeroso personal subalterno, su biblioteca, su material diverso, etc. Pero es que, además, la finalidad de tal aseveración es de base muy endeble, como puede probarse sin dificultad.

La educación militar, ó sea *el conjunto de reglas, preceptos ó principios que ha de poseer todo militar para conocer y practicar sus deberes con respecto al superior á quien obedece y al inferior á quien manda*, inculcada en un centro común por oficiales de las diversas armas, tiene que ser idéntica en su espíritu á la imbuída por *esos mismos oficiales* en los Colegios actuales; todo depende de los hombres, no de los es-

bleau y Versailles. En *Alemania* son numerosas las Escuelas militares. En *Inglaterra* existen los Colegios de Sandhurst para *Infantería* y *Caballería* y de Wolwich para *Artillería é Ingenieros*. En *Italia* las Academias de Módena, Caserta y Turín. En *Austria*, como en *Alemania*, hay diversos centros de enseñanza militar y lo propio acontece en *Rusia*.

tablecimientos (1). ¿Quién, por otra parte, imprime carácter á la educación militar en cada nación? Lo imprimen las altas jerarquías de la milicia en sus relaciones de mando con las unidades de todas las armas, en guarnición, en maniobras, en campaña... Lo imprimen los supremos organismos nacionales que dictan leyes y disposiciones á las que todos por igual han de atemperarse sin excusa. Influyen, por último, en ella las costumbres, el modo de ser de cada pueblo, pues no se evitará que en la educación militar se refleje la educación civil. Si, pues, las fuentes donde la primera nace son las mismas para todos los que la han de recibir, y de cualidades idénticas también el personal encargado de inculcarla á los alumnos, éstos obtendrán iguales resultados, ya se hallen agrupados en un solo Colegio ó disgregados en las Academias de sus armas respectivas.

En el desarrollo, en la aplicación práctica de esos principios de educación, adquiridos sólo *en esencia* en los Colegios, el oficial se verá obligado á conducirse de diferente modo según las exigencias técnicas y militares del cuerpo ó arma en que sirva. Un oficial de Ingenieros, dirigiendo la construcción de un puente ó el manejo de un aparato heliográfico, ejercerá el mando y practicará la obediencia con idéntica autoridad; pero no con aquella rigidez que requiere la férrea disciplina de una batería de campaña en fuego ó de un escuadrón en atrevida carga. ¿Ni cómo, tampoco, han de ser iguales las relaciones mutuas respectivas entre oficiales y soldados de Administración Militar, que han de atender al servicio de un horno, y los de Infantería, que han de tomar una peligrosa posición con fuego y bayoneta? En este concepto—contrariamente á la argumentación que los defensores del Colegio General sostienen—la educación militar requiere cierta especialidad desde el momento en que comienza á adquirirse, variedad que se halla más en armonía con la existencia de las distintas Academias, durante toda la duración de la enseñanza, que con la del Colegio militar único.

(1) La educación no se obtiene más que por el contacto de hombre á hombre, de alma á alma.—M. Payot, *La educación de la voluntad*.

Considérese también en qué condiciones se encuentra para sacar provecho de los elevados principios de educación militar el jovencillo de quince años que ingrese en dicho Colegio. Recién terminada la segunda enseñanza en un Instituto ó establecimiento religioso, para el nuevo cadete la Escuela militar no es más que una prolongación de aquéllos, con un carácter más severo ciertamente, pero con el mismo mecanismo complicado de librotes, clases, exámenes, profesores y castigos que absorberán por completo su atención, pues si la apartara en otro rentido, segura tendría la pérdida de curso primero, de carrera después. En estas circunstancias, harto será obtener un oficialito á medio hacer —en el sentido militar de la frase,—porque el medio en que se educa, la conveniencia particular, la corta edad y la carencia de responsabilidad no pueden dar más de sí. *No es, por esto mismo, ni conveniente ni necesario dar demasiada importancia á los elementales principios que cabe adquirir en las Academias.* La verdadera base de la educación militar está en el regimiento; sólo en él coexisten el mando, la responsabilidad y el roce con el soldado. Los alemanes, para el ascenso de sus aspirantes á oficiales, prescinden de los resultados que estos han logrado en los Colegios militares. En su lugar, exigen que aquéllos—á una edad media de diez y ocho años,—antes de ingresar en las Escuelas de guerra destinadas á nutrir de oficialidad, sirvan *previamente* seis meses en los cuerpos de tropa, al fin de los cuales, después de pasar por las clases de soldado, cabo y sargento, han de presentar un certificado de *aptitud militar*, expedido con el mayor rigor—mayor que el desplegado en los exámenes.—Entonces es cuando se ingresa en aquellas Escuelas para terminar la carrera. Las mismas razones consignadas hacen exclamar á un oficial superior francés: «Si nous voulons inspirer des idées serieuses à nos élèves, il faut les envoyer dans les regiments avant de les faire entrer à Saint Cyr» (1).

(1) *La reforme de Saint Cyr par un Saint Cyrien.*—Paris, Chapelot, 1901.

No es esto decir que para nuestro carácter nacional consideremos utilizable el procedimiento alemán. Sírvanos, no obstante, para insistir en la conclusión que hemos formulado.

III

Comunidad de estudios para todos los cuerpos.

Los defensores del sistema, sin ahondar en la cuestión, sin apreciar cómo de día en día se impone la división del trabajo, de la que se derivan especiales condiciones á las que ha de satisfacer la instrucción propia de cada oficial según el arma en que sirva, llenos de la mejor buena fe—lo reconocemos con sinceridad,—admiten y hasta ensalzan la conveniencia de que los conocimientos para todos aquellos sean iguales *hasta donde sea posible*, llevando esta posibilidad á límites que redundan en perjuicio de la misma instrucción, del Estado y de los intereses siempre respetables del alumno.

Algo de esto ocurre ya con los defectuosos procedimientos en vigor para la admisión en las actuales Academias, que reclaman hace tiempo remedio. Al desaparecer la Academia General, quedaron como reliquias suyas la uniformidad en los programas para el ingreso en cualquiera de aquéllas, y cierta obsesión por las matemáticas, que en dicho centro era necesario exigir por requerirlo el destino posterior de parte de sus alumnos á los cuerpos especiales. Ambas cualidades caracterizan hoy en día los indicados programas. El aspirante, después de emplear uno, dos ó tres años en ingerir la abundante ciencia que comprenden, llegada la época de la convocatoria, que es la misma para todas las Academias, acompañado del papá y provisto de repleta bolsa, se dispone á un largo viaje, que comenzando en Valladolid y terminando en Guadalajara, comprende por lo regular las escalas de Avila, Toledo y Segovia. Sucede en general para el joven medianamente dispuesto que obtiene plaza en dos Academias, por ejemplo, pero no en las otras; mas ¡oh desdicha!

¡Sus inclinaciones y entusiasmos estaban por una de las plazas no conseguidas! ¿Qué hacer? ¿Aguardar otro año para ver si entonces es más afortunado? ¿Aceptar resignado la plaza en una colectividad á la que en su vida se le ha ocurrido pertenecer? Triste es la alternativa, pero... el tiempo que urge para terminar cuanto antes la carrera, la opinión del papá, si bien indecisa, con tendencias á evitar nuevos gastos de exito dudoso, le obligan á la aceptación, como le obligaron antes á ir al alcance de cualquiera de las plazas anunciadas. ¡Pero con qué congoja! Este joven evitará el vestir el uniforme de aquel cuerpo hacia el que no siente atractivo. (Repetidamente histórico.) Es más, convertido en oficial, seguirá evitándolo.

Amplíese la uniformidad á uno ó varios cursos como se desea para el Colegio General, y los inconvenientes señalados adquirirán mayor proporción.

A este propósito es pertinente recordar la forma en que se argumentaba en 1882. «La creación de la Academia General Militar—decía el general Despujol, Director de Instrucción militar, en una circular,—constituye una reforma en los métodos de enseñanza, cuyas ventajas se cifran en la posibilidad de realizar el plan de estudios ideado por esta Dirección.....»

«La enseñanza colectiva de los elementos de ciencias matemáticas y el propósito de concretarla á lo puramente necesario y reconocidamente provechoso, reclaman singulares propiedades en los libros de texto correspondientes, á fin de que la instrucción elemental no fuese excesiva para las armas generales, ni insuficiente para los que habían de ampliar sus conocimientos científicos en las Academias de aplicación de los cuerpos facultativos, sin repetir en ellas esos estudios preparatorios, que habían de hacerse de un modo conveniente en la Academia General.»

Tal prodigio de equilibrio se trató de sostener escribiendo libros apropiados al objeto que se pretendía, señalando á sus autores como primera condición el número de páginas de que habían de constar.

Y á pesar de ello, en la práctica, ¿se cumplió esta parte del

programa de la creación de la Academia General? Por el contrario, sucedió lo que por ley natural debía ocurrir. El afán de igualar los estudios de todos llevó á adoptar textos de mecánica, de física, de química, de fortificación, de artillería, por ejemplo, suficientes para contribuir á la instrucción general de un oficial, pero inútiles, no obstante reunir las condiciones fijadas, para aquellos alumnos que, como los de Artillería é Ingenieros, necesitaban conocimientos profundos en aquellas materias, viéndose obligados para adquirirlos á comenzar de nuevo en las Academias de aplicación los estudios de fortificación, de Artillería, de química, de física y de mecánica.

Tales defectos fueron proclamados categóricamente por el propio Ministerio de la Guerra en el Real decreto que disolvió aquel centro en 8 de Febrero de 1893, siendo interesante la reproducción de sus conceptos. «La creación de la Academia General—habla el Ministro Sr. López Domínguez—tropezó desde un principio con la dificultad de armonizar en su plan de estudios las necesidades técnicas de las distintas armas y cuerpos del Ejército (objetivo principal de aquel centro según hemos visto) y para vencerla, *fué preciso establecer distintos sistemas de enseñanza dentro de la misma Academia* que respondiesen á las exigencias del servicio... .» «Reconocidos por digno antecesor—General Azcárraga—los males de este sistema, propuso á V. M. la reforma llevada á cabo por Real orden de 7 de Diciembre último, dejando reducida la Academia General á dos años de estudios preparatorios comunes para las diversas armas, con lo que en vez de dar dicha Academia oficiales que por medio de estudios complementarios ingresaban en los cuerpos respectivos, quedó, de hecho, convertida en un colegio preparatorio.»

Las líneas anteriores nos evitan todo razonamiento. En 1904, como en 1893, á estas modestas proporciones quedaría reducido el Colegio General. ¿Y de un colegio preparatorio oficial qué ventajas obtiene el Estado? ¿No ha sido preciso disolver hace unos años, sin otra protesta que la de los pueblos que los explotaban, varios colegios militares de índole análoga, cuya vida fué por demás breve y estéril?

IV

Elección de carrera.

La elección de carrera es uno de los mayores inconvenientes que trae consigo un Colegio de esta especie.

En los ensayos anteriores se asignaba el derecho de preferencia á los alumnos de mejores notas. Estimulábase el estudio, lo cual nunca es injusto. Pero ¿qué sucedía? Que Caballería, Artillería é Ingenieros, como armas menos numerosas que la Infantería, pedían también menos plazas y al efectuarse la elección al final del curso, eran cubiertas antes las de las tres primeras, quedando siempre los últimos de la promoción en Infantería. Esto no tiene nada de particular, primeramente porque todos habían sido aprobados y eran igualmente aptos unos que otros para ocupar todas las vacantes, y después por ser una inevitable consecuencia del número; sin embargo, se agitaron las pasiones, se hizo ver en la prensa, por quien tenía interés en ello, que la Infantería quedaba preterida y el procedimiento se desacreditó.

Había, pues, que inventar otro que lo sustituyera, y efectivamente se piensa en uno diferente, pero que satisfaga á los que no veían con buenos ojos al anterior; mas lesionando á la vez al alumno y á los intereses generales de las diversas armas. En efecto, se pretende que no se establezca límite en la elección, ó lo que es lo mismo, que cada uno, después de terminados sus estudios en el Colegio General, pase al arma que desea, con lo cual, al parecer, predominan los principios de la más amplia libertad, *sin privilegio que favorezca á los estudiosos* con perjuicio de los desaplicados, sin predilección por unas armas á costa de las otras.

Según esto, todos los aspirantes á oficial deberían ingresar en el Colegio, siguiendo los dos cursos consabidos, siendo promovidos al aprobarlos al empleo de alféreces alumnos, y eligiendo entonces libremente la Escuela de aplicación en la que deseen continuar su carrera, *sin más limitación* que

el derecho que el Gobierno se reserva de suspender el ingreso en algunos de los Cuerpos ó armas del Ejército cuando se crea que hay personal desproporcionado con respecto á sus necesidades.

El verdadero concepto de lo que se acaba de exponer es el siguiente: «Todos los alféreces alumnos podrán, al ser ascendidos, elegir para continuar su carrera el arma que querrán, *pero*, si no hay plazas en alguna, habrán de optar por las restantes.»

Con este procedimiento de elección, el privilegio ya no sería de una ú otra arma al llevarse los más aplicados de cada promoción. Ahora pasaría el favor á una cierta promoción con daño de las otras. Supongamos, por ejemplo, que en la primera de ellas, la que inaugurase el nuevo Colegio, si éste llegase á establecerse, hay 20 alumnos que quieren pasar á Ingenieros y sólo seis á Administración Militar, y admitamos también que el primer cuerpo necesita diez para cubrir sus vacantes y 25 el segundo. La hipótesis es perfectamente verosímil. Como la elección ha de ser libre, Ingenieros ha quedado con doble número y Administración con 19 menos. ¿Qué consecuencias se derivan para el año siguiente? Pues que Ingenieros no necesitará ningún alumno y Administración precisará 44; por lo tanto no habrá más remedio que hacer pagar á la promoción siguiente los vidrios rotos por la primera; es decir, que será necesario, inevitable, suspender la convocatoria para Ingenieros y obligar á cubrir las plazas de Administración que no puede pasar sin alumnos. Imposible mayor perturbación. Nadie podrá entrar con la esperanza de seguir en esta ó en la otra arma; de nada servirán ni la aplicación, ni las aficiones, ni las conveniencias.

Ya se dió con este tropiezo antes y fué uno de los motivos de más peso entre los que obligaron á suprimir la Academia General.

Decía el decreto de supresión: «Con el sistema de una Academia preparatoria que nutra á las diferentes de aplicación, se hace imposible atender á las necesidades de cada arma ó cuerpo, á menos que el Estado imponga restric-

»ciones tales para la elección de carrera que contraríen la voluntad de los alumnos.»

Exactamente igual sucedería ahora. ¿A qué, pues, repetir el ensayo, después de haber sido oficialmente desechado?

V

Compañerismo.

Es muy general la opinión de que el compañerismo militar verdad, el que deben poseer todos los oficiales en provecho del bien patrio, se engendra y desarrolla en los Colegios militares. De esta opinión participan los admiradores del Colegio General.

Por si entre nuestros escasos lectores hay alguno comprendido entre estos últimos, intentaremos probarles—siempre con el debido respeto á su manera de pensar—cuán equivocada es tal creencia, derivada tal vez de un examen superficial de la cuestión.

En primer lugar, tal compañerismo, ó sea *la unidad de miras y la comunidad de ideas, dirigidas al fin exclusivo del servicio de la patria, no se adquiere en un Colegio militar.*

Aseveración tal no puede sostenerse con la autoridad insignificante de quien esto escribe. Si fuera así, carecería de valor. Pero lo tienen, y muy grande, las palabras de un General ilustre, que vamos á citar por ser testigo de mayor excepción, y ciertas observaciones deducidas de la reciente guerra anglo boer, que la corroboran.

El General D. José Galbis, primer Director de la Academia General—cuya fugaz existencia tantos argumentos nos viene proporcionando,—al hacerse cargo del mando en 1.º de Septiembre de 1883 anunció á sus alumnos en la orden del día que el ideal perseguido por todos desde aquel momento era el de establecer un sólido compañerismo, patrimonio de la gran familia militar.

Muchos esfuerzos dedicó el malogrado é inolvidable General á sostener este bello programa, y no obstante lo bien

que era secundado por la brillante oficialidad á sus órdenes, no lo consiguió ni con el castigo, ni con el ejemplo, ni con la persuasión. Así, lleno de amargura, dictó tres años después de aquella fecha, el 3 de Noviembre de 1886, otra orden bien significativa por cierto, en la que se lee lo siguiente:

«Como en mí no cabe ni el fingimiento ni el disimulo, os
 »diré que no estoy satisfecho, ni puedo estarlo, ínterin no
 »vea en todos los que visten el uniforme de la Academia tal
 »espíritu de fraternal amistad y compañerismo, que sea se-
 »gura garantía para el porvenir.....
 ».....olvidáis la síntesis de la educación, que es el espíritu
 »de fraternidad.....
 ».....y por tal motivo, como no soy hombre que abdica
 »fácilmente, os repito por centésima vez que este año me en-
 »cuentro más dispuesto que nunca á separar de la Acade-
 »mia á quien incurra en faltas de compañerismo; quiero y
 »exijo que la colectividad sea un cuerpo unido, sin distin-
 »ción de promociones, ni de armas, ni de nada.»

¿Necesitaríamos añadir una palabra más para mostrar que la unidad de enseñanza no es suficiente para alcanzar esa unidad de miras que con aquélla se pretende conseguir?

Pero prosigamos. Ya hemos dicho al principio de este artículo que los oficiales ingleses de Infantería y Caballería se educan juntos en la escuela de Sandhurst, y los de Artillería é Ingenieros en Wolwich; además, su procedencia aristocrática les da desde luego ciertas condiciones de homogeneidad. Parece, pues, que debe existir entre ellos un gran compañerismo, si se admite que éste es resultado de la unidad de procedencia, y sus ventajas hacerse sensibles en campaña. Y sin embargo, oigamos a uno de los más eminentes maestros en táctica en una de sus recientes obras (1), al tratar de explicar las causas de inferioridad del Ejército inglés: «La in-
 »dependencia en la cual viven en tiempo de paz los diversos
 »batallones unos con respecto á los otros (exactamente
 »igual que en España) y la autonomía de cada unidad se

(1) General Langlois, *Consequences tactiques des progrès de l'armement*.—París, 1903.

»llevan á un grado tal, que fuera del batallón no existen
»apenas jerarquías para los oficiales.

»Semejantes costumbres traen una inevitable carencia
»*de compañerismo de combate*, no sólo entre las diversas ar-
»mas, sino entre las unidades de la misma arma. Así, se
»observa sin sorpresa, según afirmación de un testigo ocu-
»lar, que en el combate, cada batallón creábase en el cam-
»po de batalla un sector personal que conservaba hasta
»el fin de la acción, y si se enviaba otro batallón de re-
»fuerzo, el comandante de éste llevaba como *primera pre-*
»*ocupación* la de respetar la autonomía del primer ocu-
»pante.

»No hay, pues, ningún derecho para considerar á este
»ejército bajo el punto de vista del compañerismo á la al-
»tura de los de las grandes potencias europeas.»

Después de lo copiado, bien podemos agregar que el
compañerismo que á la patria conviene, lo mismo que la
educación militar—como hemos afirmado anteriormente,—
es cualidad derivada de la vida de regimiento é inde-
pendiente de la procedencia escolar de los oficiales. *El*
compañerismo de combate—según la expresión de Langlois—
puede cultivarse con esmero en las cuerpos armados bajo
la dirección de los Jefes superiores de las tropas. Mil ocasio-
nes para ello existen en guarnición y sobre todo en ma-
niobras, donde las unidades se entremezclan en circunstan-
cias apropiadas para que unas á otras se conozcan, se es-
tudien, se presten auxilio y enseñanza mutuamente y ad-
quieran sin esfuerzo la ansiada homogeneidad en el cumpli-
miento del deber, que no otra cosa debe ser el verdadero
compañerismo.

Cualquiera otra fase de éste lleva en sí el peligro de con-
ducir al espíritu de clase, cualidad muy distinta de la ante-
rior, aprovechable sólo para fines materiales colectivos, ori-
gen del desprestigio del militar antes sus conciudadanos, y
mayores males que no hay para qué recordar en este mo-
mento.

Y en cuanto al fruto que cabe esperar de la vida acadé-
mica colectiva, conviene notar que se reducirá á una *afec-*

tuosa amistad de colegial, fraternal, si se quiere, entre algunos; propia de muchachos que se educan juntos; utilizable, en primer término, en los actos particulares de la vida. Si algo más pudiera conseguirse entre oficiales de diversas armas, su duración no se prolongaría más allá del instante en que el joven oficial entrase por primera vez en un cuarto de banderas. Sobre la mesa del compañero de guardia encontrará un periódico militar (1) que en furibundo artículo le abirá sus inocentes ojos, hablándole de desigualdades entre las distintas armas, de privilegios de unas, de pretensiones de otras... Antes que lo haya dejado de la mano, la fraternal amistad académica habrá dejado lugar en su corazón al celo y desconfianza de sus colegas de otras armas, y pronto tal vez, por la repetición de tales lecturas, quedarán escasos restos de aquel afecto que la vida académica infiltró en su espíritu.

VI

Presupuesto.

Terminaremos con algunos datos numéricos que sirvan de remate y complemento á las anteriores consideraciones.

499.078 64 pesetas importaba el sostenimiento de la Academia General cuando fué disuelta. El Ministro de la Guerra en el decreto de supresión—tantas veces mencionado—manifestó que la economía obtenida dejando á cada arma con su Escuela era la 248.588.

La carrera militar es hoy acaso la menos cara de todas las del Estado. Prueba de ello que las familias de las clases medias menos acomodadas son las que proporcionan el 70 ú 80 por 100 del contingente. En Alemania, Austria, Inglaterra ó Italia se consideraría el hecho poco favorable para obtener oficiales de carrera adornados con ciertas condicio-

(1) Por coincidencia singular éstos son los que con más entusiasmo proclaman las excelencias del Colegio General como escuela de afecto y compañerismo.

nes morales y materiales que al interés del Ejército conviene. En España, en esto como en muchas cosas, no se mira tan alto, y su consecuencia es el ir viendo cómo desaparece de los cuadros de la oficialidad, al mismo tiempo que se refugia en otras profesiones, la representación de las clases aristocráticas y burguesas, de las que tanto abundan hoy en las carreras de Ingenieros, por ejemplo, no más retribuidas, por lo general, que las militares, pero tanto más apreciadas cuanto menos asequibles son para todas las fortunas.

Esta digresión sírvenos para explicar la extrañeza que causa ver que con la nueva edición que se anuncia de la Academia General se instituye el empleo de alférez-alumno (otro nuevo empleo) para los que hayan terminado el segundo año. Hoy, para 200 plazas que se anuncien en las diversas Academias, acuden más de 1.000 candidatos. Si el nuevo empleo prosperara, no sabemos hasta dónde llegará el número. Es de suponer que con este aliciente más, las Escuelas Normales y Seminarios, centros donde se adquieren los títulos más modestos, quedarán bastantes desahogados y muchos de sus alumnos convertidos en candidatos á la carrera de las armas. La innovación costará además al Estado 300.000 pesetas anuales.

Sumemos esta cifra á la que antes hemos estampado, unamos á la suma 200 ó 300.000 más que emplearía el arreglo de cualquier edificio viejo, convento ó palacio que una capital de provincia cediera, y no será mucho asignar en números redondos un millón para gastos del Colegio en los dos primeros años, y medio para cada uno de los sucesivos.

Ya tendríamos una nueva carga para el presupuesto de Guerra, agobiado con otras tan improductivas como la de ochomillones que absorbe el personal de reemplazo, excedente y de comisiones liquidadoras; la de un millón destinado á sueldos de tenientes que sobrepasan las plantillas por haberlos ascendido sin vacante; la de cuatro millones para escalas de reserva, más otras que, en el intrincado laberinto de dicho presupuesto, sería fácil encontrar por su cuantía.

No es justo, no, que cuando—contrastando con los números que acabamos de copiar—se contemplan avergonzados

por su propia pequeñez esos dos millones que al material de Guerra y fortificaciones se señalan, con los cuales hay apenas para colocar una docena de cañones en nuestras desmanteladas plazas marítimas; cuando el Parlamento en masa da su voto unánime para el crédito de material, pero lo regatea para cuanto al personal se contrae, no obstante las circunstancias críticas en que el Gobierno lo demanda; cuando todos, altos y bajos, paisanos y militares, que de estos asuntos se ocupan, saben de memoria que lo necesario y urgente son cañones, fusiles, municiones, fortificaciones, cuarteles y maniobras, y lo que sobra es personal brillante, mediano y malo; cuando todo lo dicho es de absoluta evidencia, no es justo, no, repetimos, ni menos oportuno, que pensemos en reformas que sobre mermar recursos de material no satisfacen á verdaderas necesidades del personal, y con tanto menor motivo cuanto que las actuales Academias están en marcha normal y ni contra sus procedimientos de enseñanza ni contra los productos que proporcionan se ha lanzado la queja más pequeña.

V***

TONETA

NARRACIÓN

Á MI ESTIMADO AMIGO EL DOCTOR D. JOSÉ MONMENEU.

La calle estaba que no podía contener más coches; coches de lujo, de personas conocidísimas por su talento, ó por su riqueza, ó por sus blasones.

Los dueños iban á asistir á una boda que por las circunstancias de los novios, y de los padres de la novia singularmente, llamaba mucho la atención y prometía dejar recuerdos imborrables en la memoria de los invitados.

El barullo y la confusión eran grandísimos. No obstante que los delegados de la autoridad hacían esfuerzos sobrehumanos para poner orden en tal batahola, pocas veces acertaban á conseguirlo y aun eso por breves instantes.

Inopinadamente se oyó una voz que dijo: «Paso, señores, al juzgado de guardia.» Cómo sucedió aquello no es fácil describirlo, pero las terroríficas palabras dieron fin, como por ensalmo, al desorden: los circunstantes, poseídos del mayor asombro, suspendieron la algarabía de sus conversaciones, y se olvidaron por un momento del motivo que los había reunido allí.

—¿Á qué va el juzgado?—preguntó uno.

—Es que ahí, más abajo, en esa casa de la esquina, ha ocurrido un suicidio.

—Y ¿quién es él?

—Lo ignoro, pero se sabrá pronto.

Y así fué. Á los pocos momentos los concurrentes á la boda, y al otro día los periódicos, se ocupaban del acontecimiento. El suicida era un infeliz, D. X de Z, quien, por haber

sido declarado cesante hacía poco tiempo, no hallándose con ánimo para resistir las tribulaciones que, por lo visto, le aguardaban, había preferido á todo darse la muerte.

Los amigos ó conocidos del infortunado suicida, que eran muchos, se explicaban perfectamente el hecho; pero más aún los convidados á la boda, porque entre ésta y el suicidio existía relación muy estrecha. Con tal motivo se resucitaron añejas historias de las que no salieron muy bien parados los padres de la novia.

La madre era valenciana. Había venido á Madrid con unos tíos suyos, cuando sólo contaba diez y siete años; y como los medios de que disponían para vivir no eran abundantes, hubo necesidad de ponerla á servir en una buena casa, si bien con honda desesperación de la chica, que se consideraba merecedora de otra suerte mejor.

Y no carecía de motivos para creerlo así, por las excepcionales prendas que la adornaban. Era hermosa, con la hermosura de las valencianas; de negros y fulgurantes ojos, de una finura de contornos incomparable, y de una gallardía y elegancia de movimientos encantadora. Además no tenía nada de lerda y estaba muy al tanto de lo que puede conseguir una joven llena de atractivos cuando sabe valerse oportunamente de tales ventajas.

Atenta á esto, hizo por estudiar detenidamente el carácter y las condiciones de los individuos de la familia en que había entrado, y de cuantos iban á la casa. Vió que su ama, viuda de un intendente, era mujer de gran fortuna, ambiciosa, de temperamento muy enérgico, de extremado orgullo, amiga de lucir entre lo más ilustre de la sociedad madrileña, y que su hijo, mozo de veintidós años, era lo opuesto.

El estudio constituía su pasión favorita, y no precisamente el de las ciencias que tuvieran aplicación directa á las necesidades de la vida, sino el de las literaturas clásicas, tanto, que por haber profundizado mucho en ellas y por la facilidad en hacer versos latinos le llamaban D. Espondeo. Estaba desprovisto de engreimiento; en su trato no había nada de tiesura; la nobleza de sus sentimientos y la pusilanimidad de su espíritu eran grandes.

Esto le servía á la madre de mortificación, porque como abrigaba con respecto á él proyectos de mucha trascendencia, temía que se los desconcertara al verlo de tan poca resolución, tan entregado á pensamientos y ocupaciones que, según ella, no conducían á nada práctico.

La Toneta trazó desde luego su plan: hacerse simpática á su señora y dueña del corazón del hijo. No se prestaba fácilmente el carácter del ama á ser dominado; pero Toneta, con su natural perspicacia, adivinó pronto cuál era el lado débil por donde había de atacar y vencer. Todo estaba en fingir una sumisión absoluta á las órdenes más tiránicas de su ama, en doblegarse á todos sus caprichos, en conocer sus pensamientos, y como Toneta era una joven de quien no cabía desconfiar porque sus pocos años, su aire de candidez, la seductora gracia que desplegaba para apaciguar los arrebatos y furros de su señora no parecía que envolvieran ningún disimulo, lo cierto fué que á la vuelta de pocos meses, con tan hábil conducta, Toneta se ganó en absoluto la voluntad de su ama.

Con el hijo ocurrió igual caso.

Á Toneta le interesaba, primeramente apartarle de sus estudios, dar otra dirección á sus pensamientos, acostumbrarle á que conversara con ella largamente, á que aquella alma, tan inaccesible al amor, sintiera otras necesidades propias de su edad: extraño sería que á pesar de los entusiasmos y hasta de los arrobamientos que engendraban en él sus aficiones literarias, si una joven bella, cariñosa, incitante, le hablaba con frecuencia, desarrollando ese sin fin de hechizos, ese irresistible encanto de la mujer que, ó enamorada ó codiciosa, pretende conquistar el corazón de un hombre, extraño sería que á tan poderoso conjuro no se presentara el amor.

Toneta deseaba ilustrarse y como la biblioteca de su señorito contenía libros amenos, muy al alcance de la inteligencia de la joven, nada más natural que ésta los utilizara mediante permiso: en los permisos estaba todo el secreto. Leía con celeridad pasmosa. Esto la obligaba á pedir á cada momento nuevas obras, lo que tenía asombrado al joven señor; tanto que á veces, para asegurarse de la verdad, pregun-

taba á Toneta sobre sus lecturas y ella, sin vacilar, le respondía con mucho tino y desparpajo. En otras ocasiones era ella la que interrogaba, y como en las preguntas había intención, bajo su aparente inocencia, él no acertaba siempre, ni la mayor parte de las veces, á contestar según correspondía, por no herir los escrúpulos de la que consideraba como el prototipo del candor.

Así andaban las cosas cuando se presentó en escena un nuevo personaje; era un andaluz, no mal parecido, jactancioso y decididor: en cuanto á lo demás, no tenía dinero, pero con ansias voracísimas de adquirirlo aunque viniera del diablo.

Como la vida es trabajo y es lucha, él, que no estaba muy inclinado á trabajar luchando, se había propuesto hacer la suya lo más alegre, lo menos penosa, lo más fácil que le fuera dable, y sabiendo por experiencia que esa aspiración ofrecía serias dificultades, como no se hicieran grandes sacrificios de dignidad y de vergüenza, se encontraba dispuesto á hacerlos, á trueque de conseguir así cuantas comodidades pudiera y levantarse de su humillada condición.

Vió á Toneta y la hermosura de la chica le atrajo, pero no era Cenón de los que se dejan llevar únicamente de la hermosura de una mujer. Le pareció muy bella y también que debía de tener dinero siendo tan estimada de sus amos.

Antes de explicarse con ella y para salir de perplejidades, hizo algunas indagaciones, las cuales le dieron por resultado que, efectivamente, Toneta merecía extraordinarias consideraciones en aquella casa. Del mismo modo supo las intimidaciones que existían entre ella y su señorito, lo que no le gustaba tanto, pues aunque se lo predicaran frailes descalzos, estaba lejos de creer que aquellas relaciones fueran irreprochables.

Sin embargo, no se detuvo. En verdad, el caso no se presentaba tan admisible como Cenón había creído; pero ¡qué remedio! Puesto que las ventajas eran para él mayores que los inconvenientes, no cabía más que cerrar los ojos complacientemente y lanzarse á la empresa; á no ser que los protectores de Toneta, viendo que Cenón no tenía dónde caerse muerto, le rechazaran sin contemplaciones.

Felizmente, Toneta le allanó hasta cierto punto el camino. La joven era astuta, sagaz, pero joven al fin, y de pasiones, aunque refinadas, vehementes. Las repetidas comunicaciones que sostenía con D. Enrique no llegaban á la terminación por ella tan ansiada, á pesar de los mil recursos que ponía en juego, y esto la sacaba de quicio, porque ya de los aires paternos de su señorito tenía de sobra.

Entonces fué cuando se le presentó por primera vez el regocijado Cenón, desplegando todas las gracias de su ingenio para interesarla y enamorarla. Como la diferencia en el carácter de los dos hombres no podía ser más evidente, y como el corazón de la muchacha estaba bien dispuesto, á pocas entrevistas con su pretendiente, empezaron á ponerse de acuerdo.

Pero no fué por pasión solamente por lo que se entablaron estas relaciones. Era Toneta hartó ladina para desconocer, á despecho de las ocurrencias y jocosidades de Cenón, que no le convenía para marido semejante hombre, pero dejó correr la aventura porque, desde el principio y al par de ella, concibió y agrandó su proyecto diabólico para llegar por otro camino á la realización de su sueño.

Á fin de conseguirlo hizo todo lo imaginario para que sus amistades con Cenón quedaran en el mayor secreto posible, y menudeó sus lecciones con D. Espondeo, prolongándolas cuanto podía, á pretexto, siempre, de la lectura, con objeto de que llamaran la atención aun de los menos suspicaces.

Cuando se figuró que estaban las cosas en el momento más oportuno, pálida, llorosa, poseída de la mayor angustia, acertando apenas unas veces á emitir palabras y precipitándose otras en frases medio incoherentes, reveló el estado en que se encontraba á su altiva dueña, echando sobre D. Enrique la responsabilidad de todo.

Es imposible describir el efecto que causó la noticia en la fisonomía de la señora: orgullo ofendido, altanería contrariada, extrañeza, incredulidad; las previsiones de Toneta se desvanecían como el humo. Era sobrado conocida la personalidad del pretendido seductor para que su madre aceptara como verdaderos tales deslices; así es que, olvidando toda la historia

y los servicios de Toneta, su señora la despidió en el acto sin darle tiempo apenas para nada.

Aunque aturdida quedó del golpe Toneta, no tuvo más remedio que reponerse como pudo y dejar la casa. Fuese á ver á su amante y, como era de presumir, le encontró muy dispuesto á aprovecharse de los ahorros que había recogido la joven, pero á casarse con ella, de ninguna manera, puesto que ya faltaba lo que más le atraía á él, que eran los señores de Toneta.

Entonces fué cuando se puso en evidencia la energía, la resolución de aquella joven; el provecho que de las conversaciones de la sociedad cortesana había sacado.

Se encontró bella, incitante, ilustrada, no desprovista de dinero para resistir durante algún tiempo las contrariedades de la mala fortuna y, sobre todo, con un profundo conocimiento de la vida, del que pensaba sacar partido.

Salió por de pronto de su comprometida situación mejor que otras. En vez de lanzarse en los despeñaderos del vicio en lo que tiene de más ruin y bajo, se levantó á explotarlo en lo que encierra de más elegante y de más culto.

Su hermosura, la distinción ingénita de su persona, la riqueza de los vestidos con que se engalanaba, le atraieron bien pronto muchos adoradores, tanto que le fué posible escoger como más le plugo. Hízose árbitra de la moda, causando la desesperación de muchas mujeres y la ruina de bastantes maridos, adquiriendo influjo y avasallandolo todo. Pero no fué de las que se apasionan locamente por sus victorias hasta sacrificar por obtenerlas cuanto adquieren. Brilló con irresistible esplendor, previendo que otros tiempos podían llegar en que, por la fuerza lógica de las cosas, habría de apartarse del palenque de sus triunfos, por no podérselos disputar á sus nuevas rivales.

De algo carecía é hizo por conseguirlo cuanto antes, mientras le duraba su época de prosperidad. Concibió el proyecto de legalizar su situación y la de la hija que había tenido. Entonces se acordó de su primer amante, y como estaba muy segura, conociendo tanto al individuo, de que á estar soltero la aceptaria de buen talante, dejándola en absoluta libertad

de sus actos, mandó buscarlo, lo encontraron, tuvo una conferencia con él, para demostrarle cuánto iba á ganar, lo que le importaba poner en claro la situación de la hija, y sin más trabajos se acomodó él á darle mano de esposo.

El tiempo hizo lo demás. Cuando se trata de una mujer hermosa, de una mujer que, al disiparse en ella las seductoras gracias de la primera juventud, va revistiéndose de los encantos provocativos de la edad madura, realizados con la experiencia que se ha adquirido de la vida, con los atractivos que enseña la necesidad de verse admirada en todas ocasiones, no es fácil resignarse á la vida de una vulgar pecadora.

Aunque se hablaba algunas veces de su borrascoso pasado, se olvidaba pronto esto recordando las reuniones de Toneta, sus comidas, el agrado de su conversación, los favores que mediante su influjo hacía. Se murmuraba como se murmura de todo el mundo; así es que á la vuelta de pocos años, ya no parecía la misma y menos al ver lo cuidadosamente que se dedicaba á la educación de su hija y á conservar y fortalecer las buenas amistades que había ido contrayendo.

No sucedió lo mismo con el pobre Enrique. Ganó en años, ganó en erudición, pero no en arresto de voluntad, ni en entereza de carácter. Continuaba siendo un espíritu angelical, sin ambiente para vivir en la realidad y en las miserias de la vida.

Falleció su madre, dejándole una fortuna de importancia. El desgraciado no supo manejarla, ni siquiera guardarla. Sus estudios le hacían descuidarlo todo. Era víctima de sus servidores y de los amigos parásitos.

Sucedió, pues, que en el transcurso de pocos años el infeliz cayó en la situación más desesperada, y á no ser porque algunos generosos amigos, que lo habían sido de la familia, se condolieron de tanta desgracia y le proporcionaron un destino en la Administración pública, es seguro que Enrique hubiera acabado de la manera más desastrosa.

Todos sus jefes y sus compañeros le apreciaban porque no podía ser otra cosa, así que fué ascendiendo, aunque no mucho, porque su inercia y su pasividad dieron base para que se cometieran con él algunas injusticias postergándolo en su ca-

rrera; pero vivía, y para un hombre de tan pocas necesidades como él, era lo bastante.

Mas ¡ay! su relativa felicidad duró poco. Por una de esas múltiples infinitas combinaciones que constituyen la trama de la vida social, en todos los órdenes de hechos, cuyos enlaces y derivaciones pocas veces adivinamos, Toneta, que iba á casar á su h'ja, necesitaba de un destino, ni muy importante ni demasiado humilde, para el futuro yerno, y como había quién quisiera servirla, pronto consiguió lo que deseaba; pero fué á costa del desventurado Enrique, pues como le vieron muy flojo de recomendaciones y, además, de carácter débil, sin consideración de sus buenas prendas, lo echaron á la calle.

Á decir verdad, esto lo ignoraba Toneta, porque durante el curso de su accidentada carrera había olvidado la existencia del triste joven. Ya se figuró que para complacerla alguna víctima caería, si bien estaba lejos de pensar que la víctima fuera Enrique.

Éste quedó mortal. Aquello fué como el derrumbamiento de sus esperanzas, de su porvenir todo, de la tranquilidad en que se había propuesto morir; viéndose ya con años, sin ánimo para intentar nada que exigiera lucha, dejó que se enseñoreara de él profunda melancolía, y como no hubiera medio con que arrancarlo de tan mísero estado, el abatimiento sobrevino, y no pudiendo sobreponerse á la amargura de sus sombríos pensamientos, trastornado y fuera de sí, puso término desastrosamente á sus días. Enrique era el infeliz á quien se presentó á recoger el juzgado de guardia, la noche en que se celebraba la fiesta con motivo del casamiento de la hija de Toneta.

.....
La generosa Toneta pagó los gastos del entierro.

LUIS BARTHE.

REFORMAS SOCIALES

(LA HUMANIDAD DEL PORVENIR)

CARTAS Á UN AMIGO

I

Temores y esperanzas.—Las tormentas.—Defectos del actual estado social.—Utopías y realidades.—Transportes y franqueo postal.—Tempestades atmosféricas y sociales.

Debo manifestarte, al contestar tu carta, caro amigo, que juzgaba con criterio egoísta el actual período de desenvolvimiento; estamos conformes respecto á que nada tienen de halagüeños ni lo presente ni lo cercano porvenir; pero abrigo la convicción completa que ha de llegar un día, quizás muy lejano, en que imperen la equidad, la justicia, el bien en sus múltiples manifestaciones. Para dudarlo hay que olvidar entre otros importantes extremos el de que el hombre es un ser perfectible.

Tiene la naturaleza conmociones útiles, necesarias, como la tormenta que justifica la atmósfera, refresca el ambiente y ocasiona, no obstante, males relativos é inmediatos al derribar el huracán el corpulento árbol, al incendiar el pajar la chispa eléctrica é inundarse el plantío con las aguas del alubión. En las revoluciones sociales acontece algo análogo; pero son fructíferas si destruyen leyes; usos y costumbres perniciosos.

Para cumplir el hombre sus fines ha menester, en primer término, de la vida cuya conservación da origen á su principal derecho. La actual constitución social es atentatoria á la

vida, ya en el orden intelectual, ya en el físico: lo mismo con referencia al magnate que al mendigo.

La sociedad, tal cual hoy existe, nos conduce á la atrofia de la inteligencia, á la negación de la moralidad y á la muerte del cuerpo. Vivimos, pues, fuera de las leyes naturales, como te demostraré en cartas sucesivas. Te ruego que las leas con detenimiento; que no me juzgues con precipitación por lo que exponga en ésta ó aquélla, pues todas se relacionan íntimamente.

Expondré, aunque *á vuela pluma*, los principales defectos de nuestra actual organización y lo que será la humanidad en lo porvenir. Sé que al hacerlo me calificarás de soñador: que mis ideas te parecerán utopías. No olvides que las de hoy, son las realidades de mañana. Vaya un ejemplo: En los transportes, tanto de viajeros como de mercancías, se prevee una importante innovación. A semejanza del sello único para el franqueo, se establecerán billetes únicos para toda clase de locomoción.

Cuesta lo mismo enviar una carta á la ciudad limítrofe que á la más distante del punto de partida. El recorrido no influye en el valor del franqueo y sí únicamente el peso de la carta. Este sistema se hará extensivo á viajeros y mercancías. Hay en él dos excepciones, los pliegos para el extranjero y los destinados al interior de las poblaciones. Del mismo modo habrá excepciones para las tarifas de transportes: pequeños recorridos y recorridos para otros Estados. Así como la baratura del actual sistema postal proporciona mayores ingresos al Erario, así la baratura de transportes los proporcionará también.

Nada más equitativo al parecer, que pagar una determinada cantidad por cada kilómetro de recorrido, y sin embargo, llegará una época en que esto se considere injusto. Imaginemos dos fincas rústicas de igual extensión y en idénticas condiciones de cultivo y fertilidad. Una de ellas está próxima á un gran centro de población; la otra distante: por ley natural son iguales, y el hombre crea un privilegio á favor de la primera, pues es la única que puede aprovechar aquel mercado. Siendo iguales vale una mucho y otra poco, por las dificultades eco-

nómicas de la exportación, lo cual redundará en perjuicio de la riqueza, del consumidor y de la empresa férrea ó marítima.

Algo análogo sucede con el viajero, tanto más lamentable y perjudicial si se tiene en cuenta que impera la centralización administrativa y económica; y, por tanto, el que reside en un centro ó próximo á él disfruta ventajas y comodidades que no puede utilizar el que reside distante.

Reemplazará á tal sistema el de billetes únicos, como regla general, con las excepciones de zona y distinta nacionalidad; excepciones que desaparecerán en su día por razones análogas á las que motiven la reforma expresada.

—Un poco más—dirás—y llegaremos al viaje y transporte de mercancías gratis.

Pues lo daré, querido amigo; nada más fácil. Con el transcurso de los tiempos, las relaciones entre los pueblos se estrecharán extraordinariamente; variarán las costumbres, los adelantos materiales, mayores cada día, permitirán que agua, calor solar, aire y corrientes eléctricas terrestres sean aprovechables con gran facilidad, como motores. Existirá la navegación aérea en competencia con la marítima. ¿Qué extraño, pues, que cada familia posea aparatos de transporte para ir y llevar los frutos de sus fincas de un extremo á otro del mundo, como pasean hoy vehículos de diferentes formas y con distintos objetos?

Me he extendido en esta digresión para demostrarte que las utopías de ayer son hoy realidades. Hace un siglo, hubiese pasado por visionario el que augurase el sistema postal, que en la actualidad rige.

En tiempos pasados, si al quejarse un enfermo de la dureza de su lecho de lana, alguien le hubiera dicho que con acero se construirían lechos blandos, el que tal asegurase hubiera pasado por visionario, porque los colchones de muelles de hoy eran entonces utopías.

Yo, al describirte el viaje de progreso de la humanidad á través de los tiempos, no me limito á señalar las estaciones de término, si que también los de tránsito. Si te parece irrealizable llegar al fin, apeate en una de ellas, y, en tal caso, sírvate de consuelo la idea de que el emplazamiento de la es-

tación última es provisional: la imaginación más fantástica no puede fijarlo definitivo. Siempre cabe ir más allá. No tengo la ridícula pretensión de haber llegado al fin.

Compararé las tormentas sociales con las atmosféricas. Al hombre no le es dado suprimir unas ni otras; limitadísimo su poder, consigue, no obstante, si se le propone, retrasarlas ó sea hacerlas menos frecuentes.

Si tala los montes, si suprime el arbolado en determinada zona, pasarán las nubes por ella durante muchos días sin descargar, hasta que llegue una en que la tempestad estalle por fin; pero, violentísima, terrible por sus efectos de devastación, aterradora por los males que ocasione. Si opone á las revoluciones sociales la represión y la violencia, también retardará sus efectos; pero cuando estallen, se iluminará el horizonte con los siniestros resplandores del incendio y ríos de sangre correrán por campos y ciudades.

Puede el hombre sin contrariar las leyes naturales evitar los tristes efectos de las tormentas atmosféricas con plantaciones que eviten la inundación del llano, pararrayos que recojan las chispas eléctricas, muros que contengan y encaucen las aguas. Y, de análogo modo, le es dado suprimir las violencias propias de las conmociones populares.

Á tan nobles fines están obligados todos los hombres de buena voluntad. Los dos órdenes citados de males pueden, por lo menos, atenuarse. Cierto que la empresa es difícil de realizar, grande, titánica, y la satisfacción del deber cumplido, que es la mayor y más noble de las satisfacciones, no es sólo patrimonio del que consigue realizar una obra buena, si que también del que con noble propósito é inquebrantable perseverancia intenta realizarla.

II

Vida corta é impedimentos para la propagación de la especie.—El Génesis. — Poblado y población rural.—Urbanización higiénica.

Dije en mi anterior que la sociedad tal cual está constituida, es atentatoria á la vida.

En efecto: las dificultades que oponen la pobreza, la clase, el servicio militar y la relajación de costumbres, ya á la celebración de matrimonios, ya á que estos se realicen por amor y en edad apropiada, y los obstáculos con que cuentan los consortes para el sostenimiento de sus hijos; obstáculos que aumentan á medida que es más numerosa la prole, entorpecen la propagación de la especie.

Así, pues, es indispensable una organización distinta á la actual para que tenga cumplimiento lo preceptuado en el Génesis: «Creced y multiplicaos. Llenad la tierra, sujetadla, dominad en los peces de la mar, en las aves del aire y en todo animal que sobre la tierra se mueve.»

Pudiera formularse lista interminable de las causas que aminoran el número de nacimientos, producen enfermedades y abrevian la vida; causas económicas, físicas y morales, debidas todas á nuestra defectuosa organización social, y que á su vez se subdividen en numerosos grupos.

Para ocuparme de cada una de estas causas tendría que extenderme demasiado. En cartas posteriores aludiré necesariamente á algunas de ellas y, por lo tanto, bastará para mi propósito, por el momento, que exponga algunas ligeras consideraciones para llevar á tu ánimo el convencimiento de que la existencia en poblado es necesariamente mal sana y corta.

Los adelantos de la ciencia, los cuidados de la más celosa administración y la cultura de los administrados, podrán mitigar, pero nunca estirpar en absoluto sus males.

El hombre debe habitar casa propia, aislada, de un solo piso, resguardada de la humedad por sótano y boardilla.

Es atentatorio á la santidad del hogar que vivan las fami-

lias separadas sólo por una pared, un techo ó un tabique; siendo explotadas por el casero que sólo atiende al cobro del alquiler, escatimando al inquilino aire, luz y espacio.

Préstase, además, el alquiler á múltiples abusos; y en determinadas clases establece una dependencia parecida á la servidumbre.

Para que el hombre sea independiente, há menester de la propiedad de la casa que habite. Cuando se llegue á tal estado de adelanto, los edificios serán modestos, amplios, higiénicos, construídos, quizás de aluminio, de modo que se puedan transportar. La población rural reemplazará á la urbana, careciendo ésta de ventaja alguna sobre aquéllas cuando los medios de comunicación sean verdaderamente rápidos y económicos. Pero tal grado de perfeccionamiento está aún distante. No puede llegarse á él por un período de violencia y sí por una evolución más ó menos larga; evolución que sería conveniente comenzara desde luego por medidas higiénicas que pusieran límite á la codicia del propietario, obligándole á constaur las viviendas con arreglo á determinados preceptos relativos á la altura, longitud y latitud mínima de las habitaciones: dimensiones de los patios, relación entre lo extenso del local y el número de individuos que lo ocupen: anchura mínima de las vías públicas y otras medidas análogas.

Puede también el legislador exigir determinada orientación en los edificios, aspirando á que sean completamente aislados: limitar el derecho de propiedad á una sola finca urbana: dificultar las construcciones de casas de varios pisos: facilitar los ensanches bajo las medidas higiénicas indicadas y otras análogas, y proteger, sobre todo, y muy especialmente, la población rural que, como he indicado, es la única del porvenir, la conforme con la ley natural.

En mi próxima carta procuraré demostrarte que el actual orden social, mirado bajo otro aspecto, resulta también inmoral; y si tienes paciencia para continuar leyendo esta serie de epístolas, abrigo la esperanza de que termines por conceptuar posibles las reformas de que me ocupo, y crearás, como yo, inevitable la llegada de un día en que se encuen-

tre constituída, en la forma que indico, la injustamente llamada «gran familia humana», injustamente, puesto que la ambición combinada con la ignorancia, la tienen reducida á límites tales, que aparece el mundo casi deshabilitado y sin explotar.

III

Fin que ha de perseguir el hombre.—La igualdad.—Criminalidad.—Sus causas.—Medios de extinguirla.—Carta del porvenir al presente.

Tiene el hombre una misión que cumplir en el mundo, cual es la constante y progresiva práctica del bien, como ya se dijo en la primera carta, en todas sus múltiples manifestaciones.

Ora se le considere bajo el punto de vista religioso, ora bajo el filosófico, resulta destinado por su naturaleza á desarrollarse sucesiva y, cada vez más armónicamente en *todas* sus facultades interiores, y en sus relaciones, cada día mejor comprendidas y ordenadas, con el Sér Supremo, con la Naturaleza y con los demás hombres.

No los de determinada clase y raza, sino todos, absolutamente todos, estamos obligados al cumplimiento de tan noble misión, y por lo tanto será bueno el orden social que dé para ello facilidades y suprima los obstáculos que se opongan á la realización de aquel fin.

La desigualdad de medios atrofia, ya parcial, ya completamente, no sólo energías y aptitudes, si que también facultades concedidas por Dios, con el determinado propósito de que se empleen.

La desigualdad no es debida á la Naturaleza, y sí á que no se desarrollen paralelamente en todos los hombres, inteligencia, sentimiento y musculatura. De ello la carencia de seres equilibrados, pues sabido es, que el ejercicio de una facultad determinada atrofia á aquellas otras de que no se hace uso.

Dirás que si es cierto que todos somos iguales en el nacer

y en el morir, no lo es menos que dentro del orden actual, malo ó bueno, existen, en todas las clases, sanos y enfermos del cuerpo y del espíritu, y que á la igualdad se opone, por ejemplo, la criminalidad, que, por desgracia, constituye un núcleo de población no escaso.

La criminalidad puede extinguirse en absoluto.

El delincuente obra por impulso interno; por causa externa, ó por combinarse ambos móviles. Es decir, unos faltan por malos instintos; otros por necesidad más ó menos justificada, y la mayor parte porque se combinan en ellos las dos causas.

Parecen más incorregibles los primeros puesto que tienen instintos criminales. ¿Cómo los adquirieron? Por sí ó por herencia. La herencia se da en la naturaleza. Los padres transmiten á sus descendientes aptitudes, instintos, enfermedades del espíritu y del cuerpo. Ahora bien: un órgano, lo mismo que una facultad, se desarrolla con el uso y se entorpece y deja de funcionar con la inercia. Así, pues, un tratamiento científico que tenga por objeto el ejercicio y desenvolvimiento de sentimientos que contrarresten la dominante que le indujo á delinquir, y el no uso de ésta, ha de establecer el equilibrio ó, por lo menos, aproximarse á él. Si este tratamiento se hace extensivo á una serie de generaciones, se habrá terminado con los criminales pertenecientes al primer grupo, ó sea á los que delinquen por inclinación heredada ó adquirida.

Tal procedimiento convenientemente seguido llegaría hasta conseguir que desapareciesen los rasgos fisonómicos que delatan la carencia de sentimientos y facultades determinadas. En cuanto á los móviles externos que inducen al hombre á delinquir, no necesito demostrarte que son debidos á errores y deficiencias subsanables con más ó menos dificultad; pero lejos de intentarlo, parece que nos proponemos fomentar el mal llevando al criminal á la cárcel y al enfermo al hospital.

La agrupación de delincuentes ha de resultar un foco de inmoralidad por esmerada que fuese la vigilancia y bueno el régimen á que se les someta. Existe la fundada presunción de

que el recluso es peor al salir que al entrar en presidio. En el hospital acontece algo análogo; es el lugar apropiado para el contagio. Allí puede adquirirse una enfermedad mas grave que la que se pretende curar. Resultan peligrosos ambos establecimientos tanto para el individuo como para la sociedad, á la que vuelven, el delincuente sin haberse regenerado y el enfermo con gérmenes de la misma ú otra dolencia que puede transmitir á un tercero.

Son, por lo tanto, viciosos los sistemas hasta el día empleados para curar, pues en una casa de locos lo que peligra es el juicio del sano.

Envidias mi fe en el porvenir: te hacen gracia lo que llamas «exageraciones idealistas», y me invitas á que, como el Marqués de Villena, protagonista de una comedia de magia, me transporte en mi fantasía á época remota del futuro y te escriba desde ella. En tal supuesto, y sin salir del tema de que nos ocupamos, te escribiría desde lo porvenir lo siguiente:

«¡Mil y mil veces bienaventurada la edad en que siendo el Derecho más exigente que en los pasados tiempos, se tiene por malo al que limite sus buenas acciones y línea de conducta á no delinquir!

¡Mil veces bienaventurada la edad en que reina la fraternidad universal; en que son el estudio y el trabajo gratas necesidades del espíritu, en que se ama á Dios y se ama al prójimo!

Goethe termina su «segundo Fausto» regenerando á éste por medio del arrepentimiento, como si el autor quisiera recordarnos que el genio, representado en aquella obra por tan extraño personaje, podrá separarse de la Divinidad, pero á la Divinidad vuelve como principio y fin de toda ciencia. Dijo Bacón que el poco saber nos separa de Dios y el mucho nos aproxima á Él: y San Agustín augura que el hombre, por medio de la virtud, del perfeccionamiento y del saber, pasará del *no deber* al *no poder* pecar.

La humanidad es ya el Fausto regenerado, descrito por Goethe, la *mucha ciencia* de que habló Bacón, el *no poder pecar* asegurado por San Agustín.

El hombre se aproxima lentamente á Dios. En toda obra, sea de la clase y condición que fuere, se observa que la materia disminuye, digámoslo así, y que aumenta el espíritu, la idea, la esencia.

A los grandes macizos de la primitiva arquitectura, sigue el arco; más tarde la construcción gótica; luego reemplazan planchas de hierro á los gruesos sillares, y finas láminas de aluminio suplen hoy á aquéllas.

Hasta en la misma historia de la guerra vemos lo material, la fuerza bruta, perder terreno á medida que lo gana el ingenio.»

»En el sistema penitenciario idéntica marcha progresiva, igualmente acentuada. Muerte, tormentos y mutilaciones en tiempos muy remotos; muerte ignominiosa, encarcelamientos y trabajos forzados después. Sigue la abolición de lo que se llamó «última pena», se establece el sistema celular mixto y el trabajo deja de ser obligatorio para convertirse en voluntario. Considerándose la pena de distinto modo que hasta entonces, se buscó en ella el arrepentimiento. El castigo *positivo* que antes se imponía como fin fué reemplazado por el *natural* como medio de producir la regeneración.

»Desde entonces no se oyeron en los presidios el ruido de las cadenas, los quejidos de los reclusos y los gritos salvajes de los blasfemos. Oyéronse las máximas divinas repetidas por los moralistas, que alternaban con las armoniosas notas producidas ya por la voz humana, ya por el armonium.

»El personal de estos establecimientos penitenciarios sufrió una transformación completa: el carcelero, el capataz, todos aquellos funcionarios dejaron el puesto al médico, al sacerdote, al profesor.

»Pero estos correccionales fueron desapareciendo. Así como la asistencia domiciliaria reemplazó á los antiguos hospitales, así la misma asistencia y la matrícula obligatoria en determinadas cátedras sustituye á aquéllos. Hoy no se fija de antemano término para la corrección. Cuando se trataba de castigar podía el legislador arbitrariamente marcar la duración de la pena; pero tratándose de corregir era más difícil fijar ese término, como lo es para el médico designar con exactitud y *a priori* el término de una enfermedad.

»Decían mis contemporáneos del siglo XX que el aumento de escuelas estaba en razón directa con la disminución de cárceles. La práctica lo ha demostrado.

»Un buen régimen higiénico, unido á la moralidad, á la vida del campo y á la desaparición de los focos de insalubridad, debía poner término con el tiempo á las enfermedades del cuerpo. Un grado general de cultura é ilustración, la carencia de abusos y facilidad de medios de subsistencia, habían igualmente de terminar con los crímenes.

»Estuvo inspirado Goëthe al presentarnos á Fausto regenerado de sus culpas; tenía razón Bacon al decir que la mucha ciencia aproxima á Dios; no se equivocó San Agustín al augurar una época en la que el hombre no peca por impasibilidad. Mil veces bienaventurada esta época feliz.»

JOSÉ ROCA DE TOGORES.

(Continuará.)

SISTEMAS COLONIALES

Y

EL PROBLEMA COLONIAL CONTEMPORÁNEO

ESPECIALMENTE APLICADO Á ESPAÑA (1)

CÁPÍTULO I

Sistemas coloniales.

Los sistemas de colonización han variado mucho según los tiempos y los países.

En la Edad Antigua, con el nombre de movimiento migratorio, vemos la emigración de pueblos enteros que, por causas diversas, lo numeroso de la población ó las revoluciones en la superficie del globo habitado, los impulsan desde Asia á Europa, abandonando las regiones de donde eran oriundos para buscar comarcas más en armonía con sus necesidades: así los hicsos invadieron y se establecieron en Egipto, en tiempo de la dinastía XV, los hebreos en la Tierra prometida, etc.

En la antigüedad, la colonización era la conquista del país por los nuevos moradores, que reducían á la esclavitud la raza conquistada, y despojándola del suelo, la obligaban á labrarlo para asegurar el pan de los conquistadores.

Los fenicios fundaron á Cartago, y ésta, á su vez, á Cartagena, Barcelona, Cádiz, etc.; los griegos fundaron colonias de comerciantes en la orilla del Mediterráneo, como Marsella.

Después los ejércitos romanos subyugaron al mundo co-

(1) Ha obtenido el premio de Su Alteza Real la Serma. Sra. Infanta D.^a Isabel en el certamen científico-literato de Barcelona en 1902.

nocido entonces, y le sometieron á la esclavitud sistemática, fundando los romanos colonias militares.

Vienen otros pueblos invasores con los bárbaros del Norte y se hace otro repartimiento de Europa: sobre los celtas y los iberos, los galos y los romanos, vienen otros elementos nuevos con el nombre de vándalos, godos, visigodos, alanos, hunos, francos, etc., que ocupan todo el centro y sur de Europa, y ellos también se reparten las tierras.

Por el Sur pasan á la Península Ibérica los árabes, y durante siete siglos forman un pueblo nuevo sobrepuesto á los anteriores, hasta que la reconquista les hace regresar á África.

Pero cada raza dejó algo en nuestro suelo, y el español actual es la resultante, en proporciones varias, del celtíbero, fenicio, cartaginés, romano, godo y árabe. Estos seis factores representan seis colonizaciones distintas: agrícolas las celtíbera y árabe, comerciantes la fenicia y griega, militares la cartaginesa, romana y goda.

Las colonias comerciantes de los fenicios y griegos no se proponían sino ensanchar su patria por factorías, á la vez que las grandes invasiones de los pueblos del Norte eran un todo homogéneo que se trasladaba á otra región, lo mismo que las emigraciones totales de la más remota antigüedad.

El nombre y el sistema cambian en el siglo XV.

Cuando con el descubrimiento de América se encontraron grandes territorios ricos en metales preciosos, entonces ya no son emigraciones de pueblos enteros, sino expediciones individuales, transitorias, con el fin de aprovecharse de las riquezas de aquellos países: los llaman emigrantes y las empresas no obedecen sino al capricho, sin rumbo fijo, á la ventura, al empuje irregular de soldados más ó menos felices, como Pizarro, Cortés, etc.

En algunas comarcas, sin embargo, de América del Norte, la colonización fué sistemática, y mejor organizada, cuando, obedeciendo á circunstancias políticas, los puritanos ingleses abandonaron su patria y fundaron colonias. Esa emigración no era individual, sino que ofrecía la consistencia, la premeditación, el orden que requiere un sistema para merecer ese

nombre: ya no iban á la casualidad los *cuákeros*, los compañeros de Guillermo Penn, cuando desembarcaron en América y formaron el estado de *Pennsylvania*, en las grandes selvas que el Rey Carlos III de Inglaterra, les concedió. No iban á ensanchar su patria, sino á buscar una patria nueva; no eran elementos heterogéneos, sino homogéneos: un pueblo formado, aunque pequeño, con sus ideas, su culto, sus esperanzas comunes, una orientación fija que les permitía suplirlo todo, sin necesidad del apoyo de la madre patria. Por la igualdad y la tolerancia, por sus pacíficos tratados con los indios, *pieles rojas*, esos colonos se establecieron en el país y florecieron durante algunos años; pero, por desgracia, la colonia iniciada y en completo desarrollo pasó al Gobierno inglés, á la muerte de Guillermo Penn (1718), y entonces cambió el régimen ó sistema colonial: la metrópoli estableció la tutela, sistema funesto ante el cual desapareció la igualdad y tolerancia dando el cambio por resultado el levantamiento contra Inglaterra, y la pérdida de esa colonia, por el tratado de Julio de 1776, que declaró las trece colonias independientes.

Lo que pasó en primer lugar en aquella colonia inglesa, por el sistema prohibitivo é intolerante en el régimen de relaciones con la metrópoli, se reprodujo en las mismas circunstancias en las colonias de las demás naciones europeas; por consiguiente, ningún pueblo puede echarse nada en cara, acerca del acierto en colonizar, pues los medios han sido los mismos y los resultados idénticos, traídos por las mismas causas; así, una vez bastante desarrollada, la colonia se separa de la madre patria, como cuando un hijo llega á mayor edad: fenómeno racional que no puede ser más lógico.

Sin embargo, el pueblo que ha iniciado la colonia no pierde por eso, ni moral ni materialmente, el fruto de su trabajo, porque una bandera nueva y desconocida ondea sobre la cabeza de los hijos que se desnaturalizan y que reniegan, hasta cierto punto, de su origen: á pesar de todo, siempre existen los lazos de unión, los puntos de contacto, de raza, usos y costumbres que son perennes y vuelven las corrientes de simpatía á encauzarse en las mismas cuencas, y el progreso

social y humanitario ha ganado extendiéndose á regiones hasta entonces menos civilizadas. La prueba de esas tendencias ó afinidades de razas es que en algunos países, como el Brasil, Méjico, la República Argentina, etc., donde hay una corriente de emigración europea incesante, allí forman agrupaciones ó colonias por nacionalidad: alemanes, ingleses, suizos; sólo los españoles están diseminados por todas partes, y se encuentran en su casa, entre hermanos que hablan la misma lengua y tienen el mismo origen. Esas varias colonias establecen relaciones comerciales, generalmente, con su patria respectiva, y, desde ese punto de vista, extienden el poder comercial y moral de su nacionalidad y mantienen lazos de unión entre todos los pueblos.

En la época actual, el sistema contemporáneo presenta la colonización mejor organizada que en la antigüedad y en la Edad Media: se siguen principios más científicos, á lo menos en lo que toca á las colonias más recientes, como la establecida por los ingleses en Australia y la de los franceses en Argelia.

Allí no se va ya á la aventura: los datos de todas clases abundan acerca de los países adonde se quiere ir á colonizar; en unos territorios, sólo las factorías prometen un porvenir lisonjero; en otros, presidios penitenciarios.

En este cuadro reducido de los varios sistemas de colonización vemos que es un fenómeno social normal, cuyo desarrollo sólo varía en la forma, en el curso del tiempo, lo mismo en el estado social antiguo que en el moderno y contemporáneo: sólo el sistema de colonización se perfecciona, progresa, se civiliza, hasta cierto punto, pues es patente que, á pesar de los nobles esfuerzos de los *antiesclavistas*, existe aún la esclavitud; la nota discordante es que á veces se manifiesta en las colonias inglesas, entre aquellos que hacían alarde de su derecho de visita para impedir la en los buques negreros, etc.

Todos los pueblos de Europa, actualmente, buscan colonias, y Africa tiene su predilección como tierras más cercanas al Mediterráneo y al Atlántico.

¿Es un bien ó es un mal esa propensión de la humanidad

á buscar otro suelo, otro sol y otros recursos que los de la tierra nativa?

Las ventajas para las naciones de poseer colonias propias son patentes, pues el país que no las posee, como Suiza, ve á sus hijos emigrar á las colonias de otros países y producen en éstos una riqueza de la cual se hubiera aprovechado la patria, en sus territorios propios. Esa riqueza no será del todo perdida, porque muchos regresan al hogar paterno con el producto de su trabajo en los países lejanos. Además, antes de regresar han fomentado el comercio nacional por los pedidos que han dirigido, durante su ausencia, puesto que es probable que den la preferencia á los artículos patrios, estableciendo de esta manera corrientes comerciales fructíferas para todos, y los verdaderos lazos de unión entre los pueblos.

Para España, pues, como para todo país civilizado, que se precie de tal, la clase de colonia que conviene no es la establecida por la conquista, á sangre y fuego, la que talando el país y exterminando los indígenas hace el vacío ante ella, para tener el campo libre donde colocar su bandera, en un montón de ruinas empapadas en sangre de la raza destruída: hoy día la aspiración colonial más sensata, es la que se funda en las factorías comerciales, en la igualdad y libertad de derechos de los colonos, así como se practicó entre los primeros colonos de Guillermo Penn; ideal, por desgracia, olvidado, á veces, hasta de la raza anglo-sajona, que se precia tanto de colonizadora, según puede verse en las Indias, en Tasmania, y hasta hoy día, en las ensangrentadas ruinas del Transvaal, donde el oro hace perder toda equidad á la Gran Bretaña.

Después de las factorías, si el país lo permite, son las colonias agrícolas donde puedan establecerse presidios ó penitenciarias que serán de utilidad moral y material para quitar de la Península esas cárceles, esos focos de perdición, pues en ellos el hombre sufre un castigo, pero no se regenera, ni siquiera se enmienda, y cuando sale de ellos, el condenado no encuentra, fácilmente, donde ganarse el pan de cada día, pues hay bastantes brazos honrados, sin acudir á esos desgraciados.

En una colonia, como los ingleses las establecieron en Australia, puede el condenado indultado casarse, fundar una familia, regenerarse y desempeñar su función social; lo que en otro medio, en otro ambiente le es casi imposible.

CAPITULO II

El problema colonial contemporaneo.

Los motivos principales que hacen desear la posesión colonias propias á los pueblos europeos son:

1.º Que el número de población es tal en varias comarcas, que resulta escasez de subsistencias para la alimentación y obliga á la emigración.

2.º Que hay en las sociedades actuales seres cuya moral no está en relación con el medio social, con el ambiente civilizado que les rodea y que necesitan una época, una edad menos avanzada para su inclinación innata: el estado salvaje les atrae, pues parece que su espíritu conserva una reminiscencia de un estado anterior menos civilizado que el nuestro. Para esas facultades, para esas energías de otros siglos, el estado natural, primitivo, con sus luchas físicas por la vida, ofrece en las colonias un vasto campo donde desarrollarse y satisfacer sus necesidades y sus energías.

3.º La emigración no mengua la población del país de donde se saca, pues la estadística prueba que el número es muy pronto reemplazado por el aumento en la cifra de nacimientos.

4.º Los países con mucha industria y aquellos que quieren fomentar la suya necesitan mercados nuevos para colocar sus productos.

5.º Las naciones necesitan colonias para establecer en ellas un sistema de penitenciarías, donde los presos estén en mejores condiciones que en las cárceles celulares europeas, y donde, una vez indultados, puedan encontrar trabajo agrícola ó comerciar con los indígenas.

Según estas conclusiones que pueden servir de prolegóme-

no, hay que pensar que aunque en España la industria esté actualmente bastante limitada, sin embargo, algunas regiones, como Cataluña, producen varios géneros, y producirían más si nuestras colonias de Africa tuvieran las factorías necesarias para las transacciones con los indígenas y con las caravanas.

Estas colonias de Africa se reducen á Ceuta, Melilla, el Sahara Occidental, con su factoría en el Río de Oro; en el golfo de Guinea, las islas de Fernando Poo, de Corisco, de Annobón, el territorio de San Juan y el del río Muni.

Veremos sucesivamente en los capítulos siguientes lo que ofrecen esos territorios para establecer en ellos factorías ó desarrollar las que existen ya.

CAPÍTULO III

En el Norte de África, en el litoral del imperio de Marruecos, posee España plazas de un valor estratégico real, que son: las islas Chafarinas, Ceuta, Peñón de Vélez de la Gomera, Alhucemas, Melilla, cuyo territorio muy limitado no permite ninguna colonia agrícola, pues se reduce sólo á las fortalezas indicadas y un reducido perímetro alrededor.

Pero la importancia militar es indudable en la eventualidad de una guerra con Marruecos; Ceuta no permite el paso del Estrecho bajo el cañón de su plaza, que está en el mismo meridiano á unos 20 kilómetros al Sur de Gibraltar, es decir, que con las potentes piezas de artillería de último modelo están en la zona peligrosa del alcance del cañón de ambas plazas, y al declararse la guerra, la mejor provista podría destruir á la otra y verse dueña del Estrecho.

Pero hoy día, que se ha resuelto ó está muy próximo el momento en que esté resuelta la dirección de los globos, es muy probable que en un porvenir muy cercano se modifique el sistema de defensa de las plazas de guerra, pues aunque bien artilladas, si no son baterías cubiertas con casamatas, se verán al alcance del enemigo que, pasando encima en globo, podrá dejar caer una granizada de bombas de dinamita que

hagan brechas de consideración en las murallas y destruyan sus arsenales y almacenes de pólvora y hasta peguen fuego á la plaza.

Por consiguiente, desde el punto de vista militar no fundamos grandes esperanzas en el valor de esas plazas si no estamos á la cabeza de los adelantos modernos, tanto en artillería como en aerostática, para que en un momento dado hagamos saltar ó callar las baterías de Gibraltar desde Ceuta (ó pasando encima en globo provisto de municiones) y quedemos dueños del Estrecho.

Sólo nos interesan esas plazas desde el punto de vista comercial y mercantil, papel que aún no han desempeñado y que, sin embargo, sería el más provechoso para fundar nuestra influencia en Marruecos.

También tienen importancia esas plazas como estación intermedia de aclimatación para las tropas destinadas á ir á las factorías que se establecieran en el Sahara Occidental.

Con este fin, en vez de 2.500 soldados que son próximamente los que forman las guarniciones del Norte de Africa, propondríamos una guarnición tres veces mayor de infantería de Marina, es decir, de 7 á 8.000 hombres, y si no hubiera bastantes cuarteles para alojarlos, construirlos ó establecer alrededor de las plazas campos atrincherados, donde los soldados pasasen lo menos un año al llegar de un puerto del Sur de la Península (Cádiz, Algeciras, Tarifa) donde ya hubieran también pasado un año.

De ese contingente de 8.000, al cabo de dos años de servicio (un año de instrucción en la Península y otro en Ceuta ó Melilla, etc.), se enviarían 4.000 elegidos de los más robustos (y que no hubiesen tenido enfermedades en el tiempo de servicio) á las factorías del Sahara Occidental, donde también permanecerían un año, al cabo del cual 2.000 de los más robustos pasarían al servicio de las factorías de Río Muni y los enfermos á los hospitales de Canarias para reponerse.

En cuanto á los presidios de Ceuta y demás plazas, aumentando la guarnición, podría en la misma proporción aumentarse el número de detenidos, y ser éstos de 9.000 en

vez de unos 3.000 que son ahora, con el fin de que los más robustos (ó de una constitución adecuada) pudieran también ser enviados al Sahara Occidental, primero, á pasar un año, empleándolos en el servicio comercial; después al río Muni, con el mismo propósito, otorgándoles también en esta última colonia alguna concesión de tierras para los que se casasen y fundasen una familia.

Cada año se recibiría del Sur de la Península nuevas fuerzas de infantería de Marina, de unos 4.000 hombres, para sustituir aquellos que se hubieran dirigido al Sahara ó al Muni, como también 4 ó 5.000 detenidos de la Península que igualmente estuvieran dirigidos más al Sur.

CAPÍTULO IV

El Ifni y el Sahara Occidental.

Según el tratado con Marruecos, en 1860, después de la campaña de África, España se había reservado el derecho de elegir en la costa del Atlántico un punto propio para establecer en él pesquerías, y después que una comisión estudió el litoral, eligió en 1882, en la misma latitud que Lanzarote (Canarias), en la embocadura del río *Ifni*, un sitio que ocupó en el tiempo *Santa Cruz de Mar Pequeña*, llamado también por los canarios *Santa Cruz de Berbería*, donde los españoles tuvieron un fuerte conocido con el nombre de *Borx-Er-Rumi*. España no ha tomado posesión de dicho punto, que sería sin duda de gran importancia si se estableciera en él una factoría para el comercio con Marruecos, y también como zona de aclimatación intermedia entre Ceuta y el Sahara Occidental, donde pudieran pasar una temporada prudencial las tropas y penados destinados á esos puntos; por consiguiente, el interés de nuestras posesiones en África es tener un establecimiento allí donde parece que la pesca es abundante, y serviría de base para un tráfico importante, pues las principales relaciones serían con el mercado de *Uad-Nun*, de donde salen y llegan las caravanas entre Marruecos y Tombuctu.

En cuanto al Sara Occidental, es decir, el litoral de 190.000 kilómetros cuadrados en la costa, entre el cabo Bojador y el cabo Blanco, sobre el cual España tiene el protectorado desde que los portugueses se lo concedieron, y con el del Muni, han sido objeto del tratado de París, ofrece en toda la extensión pesquerías importantes y buenos fondeaderos donde establecer puertos comerciales, según se ve por la obra del capitán Bonelli, publicada en 1887 por el Ministerio de Fomento.

Hasta ahora no tenemos más que una factoría en el *Río de Oro*; factoría que necesita mejoras para que sirva de base á otras más importantes, que establezcan una serie de estaciones donde las caravanas que van desde Marruecos á Tombuctu encuentren provisiones, y agentes ó corredores comerciales para el tráfico de las mercancías.

El primer punto importante sería asegurarse se podrían construir pozos artesianos de agua dulce, pues el único pozo de dicha factoría es de agua salobre. Natural es que, si no se puede lograr el tener aquellos pozos de agua potable, se traigan de la Península máquinas destiladoras de agua del mar para que no falte ese primer elemento de vida, tanto á las tropas y agentes comerciales como á las caravanas que tuvieran que aprovisionarse: el lazo de alianza más seguro entre los indígenas y los europeos sería esa agua destilada.

Según el mapa y la obra citada del capitán Bonelli, los puntos que parecen más favorables para factorías son del Norte al Sur: *La Bumbalda*, *Buen-Jardín*, *Río de Oro*, la *Bahía de Cintra* y la *Bahía de Corey* ó *Corverio*.

Estas cinco factorías se prestarían, en caso de necesidad, tanto por mar como por tierra, mutuo apoyo, pues la distancia entre cada una no excede de 160 kilómetros, que los camellos meh'ari suelen recorrer en una jornada; además se ha probado que los automóviles dan buenos resultados en África, pues el 20 de Marzo de 1901, á pesar del viento síroco, que levantaba torbellinos de arena que cegaban, en Túnez, una caravana de automóviles ha recorrido la distancia entre *Gabes* y *Sfax*, es decir, 135 kilómetros en tres ho-

ras y media, lo que es tanta velocidad como un tren ómnibus.

El telégrafo sin hilos puede también ser de utilidad en la región para unir las factorías entre sí.

Los moros de la costa son más hostiles á los españoles que los indígenas del interior, pues aquéllos ven con malos ojos la competencia que los pescadores de Canarias les hacen; sin embargo, no se ha llegado á un rompimiento formal, y todo hace esperar que viendo el trato utilitario que pueden tener con nosotros no se quejen ya de la competencia: lo principal es demostrarles esa buena disposición nuestra.

Cuando ya las cuatro ó cinco factorías estuvieran prósperas y concurridas por las caravanas, pudiera pensarse en establecer dos colonias agrícolas; así como comerciales y mercantiles en el interior, eligiendo los puntos más fértiles y provistos de agua dulce.

Los árabes conocen varias especies de desiertos: el desierto absoluto donde no crece ni una hierba, ni una zarza, lo llaman el *Sahara*: allí la arena se levanta empujada por el *simoun*, como las olas del mar por el viento de la tempestad; esa arena fina como la ceniza, roja y ardiente como si saliese de un horno encendido, envuelve y sepulta á las caravanas, y los que se salvan de esas nubes de polvo tienen la vista perdida, ó á lo menos oftalmías muy graves. Otros desiertos permiten cierto grado de cultivo durante la estación de las lluvias, y sobre todo en ciertas zonas, donde hay algunas lagunas ó fuentes de agua dulce; entonces los pastos permiten la cría del caballo, gacelas, avestruces, carneros y todos los cereales, así como la palmera, pues hay un refrán árabe que dice que este árbol debe tener las raíces en el agua y la copa en el fuego. Se llaman esas zonas fértiles *oasis*.

En esa parte de Sahara en que tenemos el protectorado hay varios *oasis*; los puntos de mejores pastos y cultivo son: *Terris* y la región de los lagos ó lagunas de agua dulce; *Baya-Lanquiya*, á unos 400 kilómetros al Este del cabo Blanco.

Según los datos expuestos en la obra del capitán D. Emi-

lio Bonelli, la región tiene unos 14.000 habitantes que viven en chozas ó jaimas de maleza y abrojos, ó palmas y barro. Un cerro está en las cercanías donde podría edificarse un fortín, aunque la región parece hospitalaria. Luego se harían tratados de amistad con los jefes de las tribus, que permitiesen las transacciones comerciales.

Allí podría implantarse el régimen de algunas concesiones de terrenos para los penados indultados que quisieran residir en ellas, casándose, sea con condenadas como ellos, sea con mujeres indígenas si lo quisieran. Á este propósito de cruzamiento ó entroncamiento de raza, exponremos nuestro pensamiento en un párrafo del capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

Fernando Poo y el Muni.

Si algún pueblo puede aclimatarse y colonizar en África, acercándose al ecuador, en la zona de *Fernando Poo* y del *Muni*, será ciertamente el nuestro; no precisamente porque sea una verdad inconcusa esta frase atribuída á Alejandro Dumas (el padre): *¡África principia en los Pirineos!*, sino porque nuestra raza por temperamento soporta mejor los climas extremos que las demás razas, pues se ha visto que el cuerpo de ejército español, de unos 30.000 hombres, del Marqués de la Romana, resistió en el Norte de Europa el invierno de 1812 mejor que los veteranos de otras naciones, así como también los soldados peninsulares, en Cuba y en América Central, soportaron mejor el extremo calor de la manigua que cualquier otra raza, excepto la raza negra, que realmente es la más sufrida en las regiones ecuatoriales.

Al Muni se han enviado ya varias comisiones científicas, pero todavía no es bastante conocida la región para que los datos adquiridos sirvan de base á una colonia.

Hay que conocer los vientos que corren en los valles para saber si bastan á sanear la atmósfera é impedir las fiebres palúdicas; se debe averiguar la altitud de los montes, por si

es suficiente para modificar la temperatura y servir de puntos habitables para los europeos, con el fin de construir allí penitenciarías y colonias agrícolas de cultivo propio de aquella zona.

Hay que conocer el carácter de los negros indígenas, serles útil por el tráfico de los artículos que necesitan, así como por las recompensas que se les otorguen por servicios voluntarios que presten en la colonia. De esta manera pronto apreciarán los beneficios que puedan encontrar en nuestro trato, si se les suministran los medicamentos propios de sus enfermedades, el agua potable y el amparo contra las tribus que cazan esclavos para venderlos á los negreros que, por desgracia, existen aún, puesto que la trata no ha desaparecido del todo del continente africano; todavía desde *Tombuctu* hacia Egipto y de allí á Turquía van los mercaderes de esclavos sembrando el terror por todas partes.

Desde el punto de vista tanto humanitario como utilitario la existencia de colonias españolas es tan indispensable en aquella región como en el Estado libre del Congo, donde Bélgica y otras naciones tienen las suyas. Nosotros, como poseedores desde tiempos atrás de la isla de Fernando Poo y de la de Corisco, la primera en el golfo de Guinea, la segunda en la bahía de dicho nombre á la embocadura del río Muni (*Moony* para los ingleses), somos los más indicados para esa obra caritativa y bienhechora, así como provechosa para ambas razas: sólo falta una iniciativa bien entendida basada en datos ciertos y estudios en el terreno mismo, no por una sola expedición científica, sino por varias, sucediéndose de estación en estación durante varios años, de manera que no se deje año sin sus correspondientes observaciones.

Se ha dicho que para saber la salubridad de un país, acerca de las fiebres palúdicas, hay que examinar el hígado y el bazo de las reses sacrificadas ó de los animales criados en la región, pues si estos órganos son sanos no hay *malaria* ó atmósfera viciada. Por pruebas parecidas se aprecia pronto y se corrige si es posible el clima insalubre, lo que puede hacerse apartándose de los pantanos y estableciendo los lugares habitados en las lomas ó cumbres más elevadas.

La alimentación ordinaria de los indígenas será la mejor también para los colonos, puesto que es nocivo cambiando de clima el no cambiar de régimen higiénico y alimenticio; el servicio médico debe estar asegurado por aquellos facultativos que hayan explorado la región ó por otros enterados de los estudios de aquéllos.

Para el desmonte de las tierras y las primeras labores hay con toda precisión que emplear las máquinas, arados de vapor, etc., para evitar el trabajo del hombre en los países ecuatoriales, donde apenas los negros lo resisten.

El cultivo de algunas especies de árboles y plantas modifica la atmósfera insalubre de los pantanos y neutraliza su acción nociva, como se ha advertido en Argelia, donde ahora hay valles muy sanos.

El eucaliptus en todos los países moféticos ha modificado la atmósfera; crece con rapidez, y aunque la madera no valga nada, siempre desempeña un papel importante saneando el ambiente, despidiendo sus hojas la humedad de que carece y sorbiendo por sus raíces el agua de los pantanos.

La cría de los animales útiles debe fomentarse también, pues hay algunas razas que se aclimatan perfectamente: el caballo, bueyes, carneros, cabras, liebres, conejos, etc.

La administración de la colonia debe estar en mano de los mismos colonos, pues de otra manera, cambiándose los gobernadores con frecuencia, éstos no están enterados de las necesidades y vienen de la metrópoli con ideas erróneas y preocupaciones que paralizan y cohiben toda iniciativa personal de los colonos.

Según las más recientes observaciones, la región del Muni produce entre los europeos y hasta entre los negros de otras comarcas las fiebres palúdicas y una *anemia* especial.

El único medio de sacar partido de la colonia es el sanear la atmósfera, modificando los pantanos, para lo cual es necesario varios años y algunos gastos.

Mientras tanto, no es empresa fuera de nuestro alcance el sacar algún provecho de esa colonia: lo que parece más acertado, hoy por hoy, es el tener una escuadrilla de balandras que, remontando el río Muni, hasta 45 millas (unos 90 kiló-

metros) de su embocadura, desembarcase soldados de infantería de Marina, que ya hubieren pasado un año ó dos de aclimatación en el Sahara Occidental, con todos los alimentos y utensilios, tiendas, armas y herramientas necesarios para pasar un período fijo, más ó menos largo según aconsejen los médicos viendo los síntomas de las enfermedades que se manifiesten.

Desembarcando, por ejemplo, un batallón de 1.000 plazas y un convoy de 500 presos á unas 40 millas ó menos si se alcanza antes la zona fuera del aire metélico del litoral, buscando hacia los montes de *Cristal* un punto bastante elevado, en que la atmósfera más sana permita establecer un campamento primero y después una aldea de cabañas ó chozas de madera de las selvas vírgenes de las orillas del río.

Esos trabajos invertirían unos meses practicándose por aquellos primeros exploradores provistos de tiendas de campaña, hornos de campaña, filtros para el agua, y, si fuera preciso, de máquinas destiladoras para el agua, arados con calderas de vapor para desmontar las tierras, pues, como lo hemos dicho ya, las máquinas deben suplir en esas regiones el trabajo del hombre.

Una vez las tierras preparadas, se procedería á la siembra en la estación adecuada, y con plantas convenientes según el clima y las necesidades de las tropas, presos y hasta de los indígenas, que verían con agrado la utilidad que pueden encontrar en la colonia.

Una vez fundado este primer establecimiento en el interior, es decir, en la zona de las cumbres, cerca de la sierra de *Cristal*, se procedería á sanear la región del litoral. Con este fin se puede emplear uno de los dos medios siguientes: se podría con simientes de eucaliptus hacer un vivero en esa misma colonia del *Cristal* (ó como se la llame) en cantidad bastante para tener el primer año dos millones de plantas ó más, que se transportarían en la estación menos peligrosa. Separando cada arbolito de eucaliptus cien metros, se tendría para cubrir una superficie de veinte mil kilómetros cuadrados, es decir, una faja de diez kilómetros de extensión

en cada orilla de la embocadura del Muni con un kilómetro de ancho.

El vivero, y después la plantación, necesitan mucho tiempo, pues para hacer un hoyo para cada arbolito y el transporte, aun empleando los 1.000 hombres del destacamento, le tocaría á cada uno el plantar unos 2 000 árboles, lo que invertiría unos cuarenta días á 50 hoyos y arbolitos al día.

Sería un trabajo ingrato, como lo hemos dicho más arriba, porque el clima no se presta á un trabajo manual sino muy limitado; por consiguiente, parece lo más acertado el hacer la sementera del eucaliptus en todos los pantanos en la estación propicia, llevando quintales de semillas para poder sembrar un kilómetro cuadrado en toda la zona mefítica del litoral y de las orillas del Muni.

Si la semilla es buena, es muy probable que dentro de diez años se tenga una selva que haya completamente saneado esos parajes, donde se podría fundar entonces una ó dos factorías ó colonias agrícolas á la embocadura del río Muni, enfrente de la isla de Corisco, en las cuales fondease el buque de guerra que estuviera estacionado para el servicio del litoral, y su comunicación por las balandras con las colonias establecidas en el interior en las cumbres sanas de la sierra de Cristal.

Según los datos que proporciona la geografía, las estaciones en la zona ecuatorial desde el 2.º grado de latitud Norte al 2.º grado latitud Sur, es decir, 4 grados ó unas cien leguas, son:

Del 15 de Enero al 15 de Febrero, corta temporada de estación seca.

Del 15 de Febrero al 15 de Mayo, corta temporada de lluvias.

Del 15 de Mayo al 15 de Septiembre, larga estación seca.

Del 15 de Septiembre al 15 de Enero, larga estación de lluvias.

La población indígena es poco numerosa en esa zona de los 4 grados; apenas si hay unas nueve tribus que no tienen más de 400 á 500 habitantes cada una. En la orilla del Muni

se reducen á cuatro tribus, generalmente simpáticas y propicias al tráfico con los extranjeros, reclamando de ellos los licores fuertes.

La fauna presenta los animales gorila, antílope, búfalo, panteras, elefantes, serpientes, pitones, víboras, caimanes, hipopótamos, hormigas.

La flora presenta varias especies de plantas oleaginosas, la palmera, pimienta, una especie de café, especies resinosas, el ébano, el árbol del cautchou, de las lianas ó del ficus elástica, etc., formando grandes selvas vírgenes.

Hace algunos meses el *Heraldo de Madrid* publicó un artículo titulado «Gabonia» y firmado por D. Francisco Vidal, en que hablando de la colonización del Muni, decía entre consideraciones atinadas y observaciones acerca de la región, estas frases:

«Ya que Dios nos ha deparado esas nuevas tierras africanas á guisa de compensación de nuestros recientes descalabros, sepámoslas colonizar y conservar. Mandemos familias enteras, mejor de Andalucía que de ninguna otra región de España, que son las que se aclimatan mejor en las estaciones tropicales, hombres y mujeres, nada de hombres solos, porque ellos acabarían por odiarnos, como sucedió con los cubanos, etc.»

No nos parece del todo justa esa opinión, pues en otras colonias, por ejemplo, en los Estados Unidos del Norte, no ha habido mezcolanza ó entroncamiento de razas entre los anglosajones y los pieles rojas, y muy poca con la sangre negra, y, sin embargo, fueron las primeras colonias que proclamaron su independencia.

Sin necesidad de contar como factores separatistas los elementos de raza mestiza, basta con los extranjeros de todas nacionalidades que acuden á las colonias (y á los cuales no se les puede prohibir la entrada), basta con el régimen excepcional de tutela que á veces quiere imponer la metrópoli para que á la segunda ó tercera generación se considere aquel territorio como una nacionalidad nueva desligada de todo parentesco natural y social con la madre patria.

Además, hay colonias y colonias; forzosamente tienen

que distinguirse: si se tratase de un país desierto, de buen clima y tierra fértil, las familias enteras podrían colonizarlo sin dificultad y prosperar tan bien ó mejor que en cualquier provincia agrícola de la Península.

Estas condiciones no son las de nuestras posesiones de Africa: ni en el Sahara Occidental ni en el Muni los colonos encontrarán una tierra fértil y hospitalaria; á lo menos en el primer período del establecimiento, es decir, en lo que llaman la *procolonización*, en aquel momento las mujeres y los niños estorban como en un ejército de campaña; son presas destinadas á las enfermedades y al desaliento, motivo para paralizar las iniciativas y las energías de los hombres.

CAPÍTULO V

Fernando Poo y el Muni.

El ejército de exploradores y trabajadores que funda una colonia necesita una organización especial, muy lejos de los intereses individuales que desarrolla la familia. Ésta no puede fundarse más que cuando ya el campo y la vida están asegurados para el colono: cuando las vías de comunicación, la salubridad higiénica, en general, es cosa adquirida. De otra manera es buscar un descalabro material y moral y un cementerio para familias enteras.

En fin, hay también que tener en cuenta para el tráfico de las factorías, para establecer relaciones comerciales y cambios de producto, materias primas con los indígenas, y con este fin no se necesitan familias enteras, sino comerciantes que después de pasar unos años en los negocios regresarán á la Península, reemplazados por otros, con los mismos anhelos; así pudiera ser en las factorías que se establecieran en el Sahara Occidental, en el litoral y en el Muni. En cuanto á las colonias agrícolas del interior de ambas regiones, una vez fundadas por el trabajo de los penados, pudiera concederse á éstos (cumplidas sus condenas) algunos terrenos, permitiéndoles casarse, ora con penadas de la Península, ora

con mujeres del país; es sabido que en esos climas son las mujeres indígenas las que resisten mejor. Aunque resulte una raza mestiza, si sabemos tratarla dándole amplia autonomía, el porvenir será nuestro en la región y tendremos en ella más influencia que cualquier otra nación, hasta que la mezcla de nacionalidades europeas sea tal que no hubiera ninguna afinidad bien determinada para con nosotros; entonces con casamientos con *gabonas*, como sin casamientos, otra bandera reemplazará á la nuestra en aquel territorio.

La dificultad para colonizar el Muni con familias enteras estriba en el clima; poco habitable para la raza negra y casi insoportable para la blanca (de 26 á 28 grados de temperatura media), permite sólo buscar en las cumbres una región más propicia para fundar colonias agrícolas, mientras el litoral llegue á sanearse.

Con el tiempo, la libre iniciativa de los condenados indultados y casados establecerá relaciones comerciales con los indígenas de las tribus del interior, así como con las caravanas de los países ó colonias vecinos. Esos libertos serían agentes ó corredores que cobrasen el tanto por ciento de corretaje sobre las mercancías que recibiesen de los almacenes provistos por el Estado en las factorías.

Se dirá que el papel de comerciante que aquí se quiere que desempeñe el Estado, estableciendo en las factorías almacenes ó depósitos á su cuenta, de los géneros ó mercancías necesarios al tráfico de la región, empleando á los indultados como corredores de comercio, no está precisamente en las atribuciones del Estado. No nos parece el monopolio más odioso que cualquier otro, y pudieran ser de utilidad esos estancos, adonde á cuenta y por cuenta del Estado se hicieran las transacciones mercantiles y comerciales hasta fomentar el desarrollo completo de la colonia.

Sin embargo, si hubiera incompatibilidad real, si no fuese posible por motivo de orden político ó económico esa función comercial del Estado, pudiera éste ceder ese monopolio por veinticinco ó cincuenta años á Compañías comerciales de la Península, con las condiciones de emplear en las mismas los indultados como corredores, cobrándose los derechos

de aduana sobre las mercancías importadas en la colonia.

Si estos derechos de aduana fuesen moderados, siempre el sistema colonizador serviría á fomentar la industria nacional de los tejidos de Cataluña, de las ferreterías de Vizcaya, y á sacar del Sahara Occidental, y sobre todo del Muni, el cahuchuc, el ébano, el marfil y algunos productos farmacéuticos, etc., que traen las caravanas del interior de África.

En cuanto á dejar la iniciativa de colonizar á Compañías completamente libres, fuera del Estado y sin el fomento de éste, creemos el sistema contraproducente, con éxito incierto, porque pocos capitales se atreven á intentar la colonización en un país nuevo, para nosotros poco conocido, y que en la primavera, época de la colonización, necesita invertir algunos millones sin provecho ninguno.

Aunque el presupuesto para el Río de Oro, el Sahara Occidental, y por otra parte para el Muni, estén hechos de un modo muy aproximado, consideramos que se necesitarían: dos buques de guerra, uno en el fondeadero de la costa occidental del Sahara, haciendo el servicio entre Canarias y las tres primeras factorías; el otro buque en Fernando Poo (ó en la bahía de Corisco) á la entrada del Muni, para que con las diez balandras que navegarían por aquel río, se asegurasen las comunicaciones con las colonias agrícolas del interior, hacia las montañas de *Cristal*.

Suponiendo al principio de la colonización tres factorías en el Sahara Occidental y dos en el Muni, tenemos un total de cinco. Con mil plazas en cada una de infantería de Marina y 500 condenados, ó sea un total de 1.500 hombres; para los cinco 7.500 hombres, lo menos, para alimento, equipo y municiones puede calcularse 2 pesetas 50 céntimos al día por hombre, es decir, unos siete millones de pesetas contando los sueldos de la oficialidad. De esa cantidad una tercera parte sería cubierta por el capítulo de penados de la Península, puesto que sería un ahorro en las cárceles de ésta; la otra parte, ó sea el ejército colonial, con las aduanas establecidas en los puntos de dichas colonias.

El fomentar la industria nacional y el tener un pie en

África, vale la pena de hacer algunos adelantos de fondos en los primeros años de la colonización.

Todos los europeos buscan el medio de establecerse en el continente negro; nadie mejor que los españoles, con el apoyo de Fernando Poo, del Ifni, de Canarias, Ceuta, Melilla, etc, tienen el camino amplio para tener una influencia comercial en Marruecos y en el centro de Africa; mucho más fácilmente que los ingleses, franceses y alemanes, que logran, cada día más, extender su imperio colonial en aquellas regiones.

LUIS MANUEL DE FERRER.

ROMANCE HISTÓRICO

Anhela el árcade Alfeo
los abrazos de Aretusa;
á Elena idolatra Fausto
del Rhin en la densa bruma;
arrastra hasta Alejandría
el loto azul á las Musas;
así el ritmo y la prosodia
de Eros y Cípria convulsa
apeteció con fe ciega
la triste virgen de Cuba.
¡Malhadada! Es del caribe
no más que torpe escultura.
¡Pobre madre! Abandonada
como la Meñade inmunda,
presiente la potestad
de la Cornelia romúlea;
y desflorada, llorosa,
mira al sol y en él vislumbra
á María y al arcángel
que la bendice y saluda;
ve esperanza en el aljófara
cuando celebra sus nupcias
desde las nubes cayendo
sobre las flores y juncias.

.....
¡No gimas! Cese tu lloro;
no invoques más á Ramnusia
contra el que te ultraja fauno;
presto la sacra coyunda

llegará á magnificarte
como al astro en las alturas,
y la sublime parábola
escucharás en Otumba.

*
*
*

Cual talismán misterioso
guarda el señorial vargueño,
el Señor hubo encerrado
al quechúa mar adentro.
¡Oh, quién pudiera sondar
hasta lo arcano y secreto
de aquella vetusta tribu
del inexplorado imperio!
Cretas mil inaccesibles
tal vez tornáronse templos
donde Yucatán remoto
vislumbró en la cruz al Verbo,
y las ceibas de Jalisco
ó la loma del Roqueño
sirvieron de altar al inca,
cuyos tesoros soberbios,
holocausto en la laguna
hallaron sepulcro eterno;
las espumas de Orinoco
de turiferario hicieron,
el cráter del Orizaba
trocóse en cirio de fuego,
el colibrí y el sisonte
en cantores del cruento
sacrificio, y en pebete
la flora y el almizclero.
¡Quién escuchara al pastor
que en Groenlandia surgiendo
entonaba sus himnarios
al son de tosco salterio,
de acólitos los de Irlanda

bravos pilotos sirviéndolel...
¡Archivos escandinavos,
abrid los códices vuestros!
Nemrods del Norte sombríos,
¡hablad, atletas de acero!

ENRIQUE PRÚGENT.

LA CUESTIÓN AGRARIA EN EL MEDIODÍA DE ESPAÑA

MEMORIA

leída en el Ateneo de Madrid el día 14 de
Diciembre de 1904.

SEÑORES:

Elegido por vuestra benevolencia Secretario 2.º de la sección de Ciencias Históricas de este Ateneo, voy, como el año pasado, á pagar débilmente mi deuda de gratitud con la lectura del presente trabajo sobre el tema «Antecedentes históricos y estado actual de la cuestión agraria en el Mediodía de España», asunto, á mi modo de ver, de palpitante importancia y que hoy constituye uno de los más graves problemas que los Gobiernos han de resolver.

Consideraciones generales solamente se contienen en la Memoria, primero, porque detallando seria tarea demasiado pesada y, segundo, porque el objeto de estas líneas no es más que dar un pretexto para que inteligencias tan poderosas como las que aquí se reúnen luzcan sus talentos y aporten sus profundos y variados conocimientos sobre esta materia. Si lo hubiese conseguido me daría por satisfecho, porque mi deseo es colaborar en la pequeña medida de mis fuerzas á la mayor vida y esplendor del Ateneo, que por varias razones, que no son del caso, no goza una condición económica todo lo próspera que fuera de desear.

Antecedentes históricos.

La cuestión agraria, que en el Mediodía de España se presenta hoy en términos alarmantes, es, como vosotros sabéis, la cuestión social bajo la fase ó aspecto de la propiedad territo-

rial. Por la mayor cultura y progreso de nuestro tiempo se hace más sensible la triste condición de los que padecen, aunque por otro lado este mismo adelanto nos haga confiar en que será posible alcanzar remedio para reducir el enorme desequilibrio existente entre los propietarios y los desposeídos. La libertad individual exagerada es la causa principal del mal-estar que se siente y aplicada á la cuestión que tratamos, el disfrute, goce y aprovechamiento de la propiedad territorial, el factor decisivo de la misma.

Vamos, como preliminar del estudio del estado actual de la cuestión agraria en el Mediodía de España, á dar una ligerísima idea de las formas y principales transformaciones que la propiedad territorial y su disfrute ha sufrido á través de los tiempos en nuestra patria.

La propiedad territorial fué, como todo, común en los primeros tiempos de la sociedad; la agricultura floreció poco á poco y entonces el individuo quiso excluir su dominio del ajeno, y cada familia, separada hasta por sus dioses propios, trabajaba su hacienda, siguiéndose este sistema un gran período de la Edad Antigua. Cambióse dentro de la misma desde el momento en que las aficiones guerreras y las conquistas llevaron á entregar el cultivo de las propiedades á esclavos.

Al surgir la Edad Media aparece la división de las tierras señoriales entre el dueño y los siervos, cuya condición es totalmente diferente de la de aquéllos, puesto que los primeros estaban sometidos al dominio del señor como parte de su patrimonio y éstos sólo se obligaban á prestarle toda clase de servicios personales, á abonar subidos cánones por muchos de sus actos y á someterse á particulares prohibiciones. Claro es que en estas condiciones ni aun protestas podían formularse contra tal régimen de propiedad, y por consiguiente, no era posible pensar en mejora social alguna.

Con el feudalismo se implanta un nuevo régimen y se separan el dominio directo del útil, originándose en el poseedor del último una especie de servidumbre con relación al dueño del primero, consistente no sólo en servicios en tiempo de paz, sino de guerra, y yendo inherentes autoridad é imperio á una gran parte de la propiedad territorial. Los godos se apropia-

ron las dos terceras partes de las tierras cultivadas y á los hispano-romanos les dejaron el tercio restante, siendo acaso esta separación, como afirma el Sr. Cardenas en su libro *Historia del derecho de propiedad*, la causa que más retardó la fusión de ambas razas y la segura pacificación del reino. Los Reyes dieron grandes extensiones de terreno á la Iglesia por una parte, y por otra los jefes godos, á semejanza del patronato tan general entre los pueblos germanos, se sirvieron de sus heredades para constituirlos y extenderlos. La Iglesia fué poco á poco adquiriendo muchísimos bienes, sobre todo desde Recaredo, merced á las donaciones de los fieles y á las disposiciones canónicas que le atribuyeron el derecho á ciertas herencias. Durante la dominación árabe, por lo general, fué respetada la propiedad existente de los naturales del país, si bien tuvieron lugar ciertos repartos de tierras entre algunas de las tribus conquistadoras. Al régimen feudal de la propiedad substituyó la vincular con los mayorazgos, que siendo primero patrimonio de la nobleza su fundación, convirtiéndose luego en derecho común.

Por ellos y por la propiedad de la Iglesia, desarróllase en términos espantosos la amortización de la propiedad en sus tres clases de civil, eclesiástica ó administrativa, y la que en un principio pudo ser beneficiosa, se convierte después en terrible causa de malestar social. Inicianse por lo mismo fuertes tendencias contrarias á ella y la revolución francesa acaba en Francia con tal sistema destruyéndolo y derrumbando todos los privilegios señoriales y los mayorazgos. En España seguimos el ejemplo, y la desamortización nos es sumamente fructuosa á pesar del estado casi continuo de guerras en que transcurrió el pasado siglo. Los temores del excesivo fraccionamiento de la propiedad no llegan á pesar de la desamortización, antes al contrario, produce una división lo bastante eficaz para lograr un positivo mejoramiento social. Según datos estadísticos de la Dirección de Contribuciones en 1810, pertenecían á manos vivas cerca de ocho millones de hectáreas; poco más de cuatro millones eran de manos muertas y doce millones y medio de los poseedores de vínculos señoriales; en 1879 se había elevado la cantidad de terreno cultivable en tres millo-

nes de hectáreas, y teniendo en cuenta lo ocultado por los contribuyentes, se elevaba por el Instituto Geográfico y Estadístico á más de doce millones. Si nos fijamos por último en los progresos de la agricultura que señala en los noventa años últimos el censo inserto en el Diccionario de Canga-Argüelles, nos convenceremos de lo perniciosa que la amortización fué para el desarrollo y progreso de la riqueza en general. De lo brevísimamente expuesto se ve que la propiedad ha sufrido transformaciones completas y totalmente diferentes, habiéndose llegado hoy á la absoluta liberación de la misma, merced á las fuertes corrientes del individualismo. Quizá esta nota se ha exagerado, sin quizá, seguramente, y merced al mismo vuélvese á incurrir otra vez en antiguos males de enormes acaparamientos de terrenos en una sola mano. *Lati fundæ perdire Italiam*, decía Plinio; las manos muertas en la Edad Media por este y otros puntos de vista y los latifundios andaluces y las grandes dehesas boyales extremeñas, vuelven á poner la cuestión sobre el tapete. Hagamos, pues, un análisis de la cuestión agraria, tal como se plantea hoy en el Mediodía de España, estudio que desde luego tiene para nosotros muchísima más importancia é interés que lo pasado, que sólo á título de recuerdo hemos mencionado.

Estado actual de la cuestión agraria en el Mediodía de España.

Para hacer este análisis, he juzgado oportuno descomponerlo en los varios factores que, á mi entender, integran principalmente el problema. Consideraremos algunos de orden físico; de orden social, legal, moral y económico, agrupando dentro de cada clase los datos y contestaciones recibidas á un cuestionario formulado por el autor de estas líneas, en que se trataban los puntos esenciales que, en su sentir, constituyen la cuestión. Digamos algo de los factores de orden físico.

El clima.

Aunque no creamos que de los factores físicos pueda deducirse la historia de un pueblo, como por algún autor se ha afirmado, no puede desconocerse su influencia. Constitúyese

el clima de una localidad por una serie de condiciones que la determinan, entre las que ocupa el primer término la temperatura, originada á su vez por la latitud, arbolado, altura sobre el nivel del mar, etc. La temperatura, en general bastante elevada en el Mediodía de España y abrasadora en verano, ejerce una acción sobre el terreno, permitiendo cierta clase de cultivos, y otra sobre los hombres, agotándoles las energías, dificultando el sudor el trabajo y determinando una principal causa de vagancia y holgazanería. Su trabajo es desequilibrado, predomina la imaginación sobre el músculo—según la feliz expresión del notable pensador D. Melitón Martín en su magistral obra *El trabajo*—y puede decirse que amar y holgar constituye en general para los del Mediodía todo un arte, una religión y toda su filosofía. Imposible es hacer desaparecer en absoluto los efectos de esta influencia. Sin embargo, el trabajo modifica de manera pasmosa las condiciones climatológicas de una región. En la del Sur de Francia, conocida con el nombre de las Landas, un terreno de constitución arenosa que parecía absolutamente inservible para todo, se ha convertido, mediante una abundante plantación de pinos, en un venero de riqueza. La plantación de árboles, en todos aquellos casos en que los cultivos no requieren la acción directa de los rayos solares, sería beneficiosa y proporcionaría un lugar de descanso á los trabajadores durante las horas del mismo, que creemos deberían ser de doce á cuatro en el período canicular. De esta manera se les pondría en mejores condiciones para el trabajo, y dotados de sombreros de paja de anchas alas, con trajes de tela holgados y claros cuando la temperatura del ambiente sea inferior á 37 grados, ó de tela fuerte cuando pasara de aquella cifra, predominando el régimen vegetal en las comidas y con bebidas refrescantes, no cabe duda de que se facilitarían y mejorarían las faenas agrícolas. A esto aún podría añadirse la construcción obligatoria para el propietario de un lugar de descanso ó cobertizo para lo casos en que por la distancia á poblado ó imposibilidad de resguardarse del sol fuere preciso.



La raza.

Sabida es la división de la especie humana en razas y aun las diferencias existentes, no sólo entre las diferentes naciones, sino aun entre provincias y pueblos. El tipo vasco difiere esencialmente del andaluz, y su psicología, que es lo que principalmente nos interesa, también acusa grandes variantes. Este último es fogoso, predomina la imaginación sobre la reflexión, quiere fortunas rápidas, improvisadas, no es partidario del esfuerzo constante y permanente y le atrae el azar, el juego, en suma; no ve horizontes su ardiente fantasía más que en lo desconocido. He aquí por qué, como dice un eminente economista, se da el caso de que, siendo inmensa la riqueza del suelo en España, sobre todo en el Mediodía, por la ineptitud absoluta de sus habitantes para explotarla, se produce el fenómeno, verdaderamente espantable, de un pueblo que se muere de pobreza é inacción sobre un suelo dotado de tesoros bastantes para enriquecer al mundo. En este orden de ideas, y apuntada la influencia de la raza, sólo creemos que es posible modificar aquélla haciendo atmósfera favorable al trabajo por la cultura y educación, á las que debe atender la sociedad con preferentes y constantes esfuerzos.

Naturaleza del suelo.

Factor importante es, sin duda, cuando se trata de ventilar un problema acerca de los intereses de los propietarios y obreros que han de trabajarlo. En el Mediodía de España presenta notables variedades: grandes cordilleras de montañas, algunas de extraordinaria elevación, como el pico de Mulhacén, en Granada; enormes extensiones de terreno llano en las provincias de Murcia, Almería, Jaén, Huelva y Badajoz; en ésta, sobre todo, la conocida con el nombre de la Serena. Su constitución también es variadísima; así, es calizo, arenoso, arcilloso ó gredoso, lo que hace posible la vida de diferentes plantaciones, existiendo algunos que mientras por una fanega producea 14, otros sólo dan ocho. Los hay que pueden traba-

jar sin descanso, mientras que á la mayoría es necesario darles un período de esta clase más ó menos largo, requiriendo unos, de igual manera, grandes cantidades de abonos, que otros no necesitan. Toda clase de cereales, plátano, algodoneo, caña, olivo, limoneros, etc., crecen en el Mediodía; pero bien podemos asegurar que debido más á la feracidad del suelo que á la acción del trabajo, que se reduce en la mayoría de los casos á una aradura engañosa, desarrollándose yerbas espontáneas, cardos, etc., entre las mieses de cereales, etc. Preciso se hace por esto el empleo de nuevos procedimientos de cultivo, máquinas é inventos de todo género, etc.

Los abonos.

La tierra gasta su fuerza productiva al absorber las plantas los jugos de que se nutren, y es preciso, por esta causa, reponer esa fuerza dándole nuevos elementos de nutrición. El empleo de los abonos animales y minerales cumple esta función, mejor los últimos por el más perfecto conocimiento de su composición química y de su más completa adecuación á cada clase de terrenos. Poco se abona en España y poco se aprovecha el estiércol, excepción hecha de algunas regiones donde, como en Talarrubias (Badajoz), ha visto el autor de esta Memoria á mujeres y niños ganar un pequeño jornal en las dehesas boyales recogiendo los excrementos de vacas y bueyes durante su estancia en aquélla. Debería, á nuestro entender, subvencionarse por la Administración la fabricación de abonos, evitando que se los llevasen al extranjero, como largo tiempo ha ocurrido, mediante fuertes impuestos que gravasen la exportación de estos productos. Por lo que se refiere al Mediodía en particular, diremos que en Jaén se estercola poco y mal, con abonos animales casi siempre; en Badajoz, lo mismo; en Albacete, igual; en Málaga, en esta materia se va adelantando algo, empleando algunas veces abonos químicos; en Granada y Almería se abona también con escasez y con productos animales. Preciso es extender el conocimiento de su utilidad por medio de cartillas en todas las provincias,

estimulando con premios á quienes los inventen mejores, y además procurar que se abarate su transporte.

El agua.

De valor inapreciable para el campo, puede estimarse este elemento como el más fundamental para la prosperidad agrícola de una región y acaso de la Nación entera. En la zona cruzada por el Guadalquivir en las provincias de Sevilla, Córdoba y Cádiz se dan tierras de riego de primera calidad. En Albacete se aprovecha el agua de manantiales á flor de tierra y fuentes que producen un metro cúbico por segundo, dándose en estos terrenos de regadío toda clase de hortalizas y frutas, más el cáñamo y maíz, y en los secanos cereales y viñedo. En las vegas de Granada, Guadix, Baza y Huéscar se cultiva merced al agua, y con preferencia el trigo y demás cereales; en la de Loja los mismos productos; en la de Motril además la caña de azúcar, y en los secanos de toda la provincia el trigo y leguminosas. En la provincia de Almería, en los terrenos de riego se cogen dos cosechas, en los de secano una sola.

El Sr. Gasset, el eminente Costa y tantos otros proclaman la necesidad de las obras hidráulicas. Pantanos, canales, sifones, presas, alumbramientos de aguas subterráneas, pozos artesianos, aparatos de elevación para las de los ríos, todo lo creemos necesario. La Administración debe subvencionarlas, si es que no las hace por su cuenta. Sólo así podremos evitar que se diga con razón lo que en un notable discurso afirmó el Sr. Adrados, presidente de una Asociación obrera, que «en España, mientras se han gastado en un período de doscientos años 37.000.000.000 en saquear las colonias, no se ha empleado un solo céntimo en fertilizar los campos.» La ley general de Obras públicas deberá modificarse en el sentido de dar las mayores facilidades posibles para hacerlas, simplificando el expedienteo, etc.

El arbolado.

Probada hasta la saciedad su influencia en general benéfica—aparte de que constituye un elemento de riqueza y de embe-

llecimiento, es quizá España uno de los países de Europa que más carecen de él, debido á multitud de causas que no tenemos para qué indicar siquiera. La repoblación de las sierras es convenientísima para evitar inundaciones y mejorar las condiciones climatológicas de una localidad. Además, el árbol no exige cuidado y proporciona, en cambio, mucha materia orgánica sus hojas y ramas mezcladas con el agua, obteniéndose un beneficio considerable, aparte del valor de la madera. Por todo ello debería prohibirse arrancar más de un determinado número de árboles en cada año, imponiéndose fuertes multas caso de que se pasase de la cifra marcada. El establecimiento de premios para los que más plantasen sería también una buena medida.

Pasemos á los factores de orden moral.

La rutina.

No son pequeños los males que origina para la agricultura. La perpetuidad en los procedimientos para obtener los productos, aunque aquéllos sean deficientes, se funda en la seguridad de que así los obtuvieron los antepasados, y no hay razón alguna para introducir mudanzas de ninguna especie que acaso pueden ser dañosas. Observa el labrador que con el arado vulgarmente llamado romano obtiene productos, que sembrando de cualquier manera también se logran, que apenas sin abonos los consigue, y no se detiene á pensar si con más profundas labores, con la práctica de escardas perfeccionadas, abonos minerales y empleo de segadoras, trilladoras, etc., sus productos se aumentarían; y como la humanidad avanza rápidamente en toda especie de conocimientos, resulta que es preciso adoptar medios de producción mayores si no queremos llegar á la ruina de nuestra agricultura. Teniendo presente que la productora de la rutina es la ignorancia, es preciso tender á vencerla por todos los medios posibles, por una acción constante de propaganda y difusión de la cultura en general y de los conocimientos agrícolas en particular.

Educación é ilustración.

Oxetiern decía que la fórmula de la felicidad de los Estados estriba en componerse de un pueblo educado é ilustrado, y, en efecto, sin estos dos factores la sociedad se empobrece y la vida de los Estados se hace difícil. Conocido es de todo el mundo el enorme número de analfabetos existente en España, que se aproxima á 10.000.000 en una población de 18 de habitantes. Forzoso es evitar esto privando de derechos políticos y de algunos civiles al que no tenga el minimum de conocimientos que el Estado juzgue indispensables. Con relación á la agricultura, que es lo que nos interesa, diremos que su enseñanza es escasísima en el Instituto y nula en la escuela. Como remedio creemos necesaria una instrucción agraria en sus tres grados de Escuelas, Institutos y Universidades, dotándose á todos los establecimientos donde se enseñase de pequeños campos ó jardines de experimentación, explicando siempre los fenómenos de nutrición de las plantas, utilidad de los abonos, etc., provocando enfermedades artificiales en aquellas para ver su desarrollo y manera de remediarlas, etc. En las escuelas rurales podría practicarse lo indicado. En todas las provincias deben establecerse escuelas prácticas con todos los modernos adelantos, con granjas experimentales. Con premios á las mejores memorias que versasen sobre asuntos agrícolas en general y especiales de cada provincia se tendría un buen estímulo de mejoras, como igualmente para los obreros más morales y trabajadores de la misma y para los propietarios que mejores contratos de aparcería concertasen. El establecimiento de laboratorios vinícolas para análisis y clasificaciones de vinos y la creación de estaciones enológicas no cabe duda que contribuirían á ensanchar nuestro comercio de vinos. La celebración frecuente de congresos regionales agrarios, concursos y exposiciones evidentemente coadyuvaría á levantar la producción. Los conocimientos meteorológicos también sería importantísimo vulgarizarlos. La creación de observatorios locales que publicasen las noticias de todos ellos en los *Boletines Oficiales*, con el fin de saber aproxima-

damente el tiempo venidero, y la publicación de revistas completas de agricultura y ganadería con su parte doctrinal, otra de disposiciones administrativas sobre la materia y sus comentarios de aplicación práctica, otra dedicada á anuncios de arriendos y ventas de fincas, y finalmente una última sección destinada á dar cuenta de los precios y condiciones de los artículos de los diferentes mercados nacionales y extranjeros, desde luego ofrecerían grandes ventajas para la agricultura. Las escuelas municipales deberían publicar cartillas agrícolas y los Institutos manuales de la misma clase. No debe perderse de vista que todo lo que sea propagar la ilustración es hacer huir el hambre y replegar á la ignorancia, que constituye quizá el mayor cáncer que hoy consume y arruina á nuestro pueblo.

El trabajo.

Considerado como fuerza productiva para la agricultura reviste una excepcional importancia, aparte de la que tiene en relación con el capital, que más adelante estudiaremos con detención porque constituye algo esencial en el problema en que discurrimos. El abandono de los hombres no sólo ha reducido á menos el terreno cultivable y mermado la población, sino que ha contribuído á repartirla desigualmente. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, como afirma el insigne pensador D. Melitón Martín, la educación ha sido contraria al trabajo de la tierra, queriendo esperarlo todo de la tizona, el rosario y el milagro; y más modernamente se ha querido de golpe transformar la sociedad por medio del absurdo que significa el continuo tejer y destejer de la *Gaceta*. Necesario es que la producción agrícola tome incremento desde el momento en que el trabajo aumenta, porque si no el desequilibrio entre éste y los artículos de primera necesidad nos amenazan con el hambre. Para conseguirlo deben cultivarse dehesas y baldíos ó emplear sistemas intensivos. También contribuirá á ello la facilitación de los cambios interiores. No cabe negar que con mejores sistemas de cultivo los productos pueden triplicarse. Más de 150.000 máquinas emplean nuestros veci-

nos los franceses; quizá no pasen de 300 las que se usan en España. La atmósfera favorable al trabajo se conseguirá cuando la organización administrativa sea tal que impida que el fruto de trabajar sea botín del fuerte, presa del astuto, juguete de la arbitrariedad y hartura del habilidoso. Influye desfavorablemente en el trabajo el sistema de arriendo á plazo corto y algunas otras circunstancias como, por ejemplo, el alto interés que el papel del Estado alcanza, que hace que el capitalista no lo emplee más que en aquél, huyendo de cualquier otra colocación del mismo.

El caciquismo.

En la agricultura ejerce una perniciosa influencia, puesto que le ofrece vastos horizontes para que se deje sentir. Se consigue por su influencia que los repartos contributivos pesen principalmente sobre los *enemigos*, descargando á los amigos. Si por aquéllos se recurre, no se tramita el expediente porque los caciques tienen influencia bastante para ello. Lo mismo ocurre con las lindes de los terrenos, haciéndose ó consistiéndose toda clase de señalamientos arbitrarios. Para evitarlo creemos sería conveniente la creación en todo organismo oficial de un departamento destinado á quejas ó reclamaciones, encargados á funcionarios inamovibles, con fuertes multas para los denunciadores temerarios y grandes castigos para los prevaricadores.

Pasemos á decir algo de ciertos factores de orden social.

El capital y el trabajo.

Hagamos la comparación de ambas fuerzas productivas desde el punto de vista de la agricultura y bajo el aspecto de procurar su armonía. La propiedad es consustancial con el hombre; pero al capitalismo que explota los medios de producción, al hombre por el hombre, es preciso sustituirlo. Por no existir las debidas relaciones entre ambos elementos se causan grandes perjuicios á la agricultura, siendo por lo tanto necesario un Código ó ley agraria que fije los puntos del pro-

blema. Tanta importancia tiene y tanta preponderancia el trabajo sobre el capital, que el obrero no pide precisamente pan barato, sino que no le falte trabajo para comprar lo que necesita, porque si éste falta, no teniendo dinero con que adquirirlo, nada le importa que esté barato. El trabajo, único origen lícito del capital y que á la vez es imposible que lo produzca en cantidades para hacer millonarios, tiene una evidente primacía sobre él. Si se reconociese la inmensa importancia del trabajo y se advirtiese, como dice el Sr. Frías en su obra *El socialismo*, que el peso del mismo lo lleva el proletariado, se convendría en que la manera de hacerlo más productivo es remunerándolo mejor, aserto formidable que destruye la razón suprema del individualismo: el egoísmo humano. Predicado el socialismo en los campos de Andalucía antes de 1868, se decía que triunfante la república los ricos dejarían de serlo. Nada de esto ocurrió, como era natural, y puede decirse que el problema se agravó gradualmente hasta el extremo de que propietarios enriquecidos con el agio convirtieron sus haciendas en ingenios por medio de los *negros* blancos. Por Pérez Alamo con 8 000 más se pide igualdad social y reparto de tierras, pagando su atrevimiento seis con la vida, 400 con el presidio; el germen queda, sin embargo, en el corazón. En Sevilla, Cádiz y Antequera ocurren sucesos parecidos, hechos todos que prueban la desproporción existente entre la condición de los que viven de las fuerzas, capital y trabajo. Con motivo de la información social de 1884 decía el Sr. Doctor que la condición del obrero andaluz era malísima; que él había observado que en sembrados de trigo que tapaba con dos pulgadas á un hombre de elevada estatura, es decir, en terrenos feracísimos que llegaban á producir á ricos propietarios hasta 12.000 reales diarios, se pagaba con dos al trabajador y se le alimentaba con un pan que ha circulado por el Congreso y que ni los perros querían, aparte de un aceitoso y mal condimentado gazpacho. Enorme contraste que aun hoy existe, si bien no en tanta desproporción como la señalada, entre las dos fuerzas productivas que estudiamos, y que se agrava teniendo presente las pésimas habitaciones en que los obreros viven, miseria constante, infame alimentación, salario que si-

que las oscilaciones de la oferta y el pedido matando al obrero, que busca en la taberna lenitivo á su espíritu, faltándole tiempo para instruirse por el excesivo trabajo y sin más remedio á sus males que el suicidio. Afirmemos con el Sr. Sanz Escartín que la tierra tiene un valor social antes que todo, puesto que por sí sola aumenta de valor á virtud de muchísimas causas y circunstancias facilísimas de comprender, á fin de que no parezcan excesivas las pretensiones que respecto del propietario pueden tenerse. Es por lo tanto preciso tender á organizar la sociedad en términos de que el capital sea un auxiliar del trabajo, no un tirano como lo es hoy. Indiquemos ahora el interés que se obtiene de los capitales empleados en la agricultura en el Mediodía de España. D. Mariano Palarea, rico é ilustrado propietario de Murcia, contestando á mi cuestionario, decía que escasamente se saca el 4 por 100 del valor que representan las fincas, que en los mejores puntos de la huerta se capitaliza para las compras al 5 por 100 y que como las contribuciones vienen á representar un 25 por 100 de la renta, de aquí que el interés del capital no sea mayor: esto por lo que hace á los propietarios; para los labradores no es tan fácil calcularlo, porque si nos fijamos en lo que se da por los hortaliceros al tomar un subarriendo, podría creerse que era enorme; pero por las mil eventualidades á que está sujeta la producción agrícola, el costo de las semillas, abonos, lo caro de los jornales, aunque escasos, que se necesitan y que el labrador tiene que pagar su renta coja poco ó mucho, puede decirse que al liquidar á fin de año ha sacado la ventaja de vivir independiente, de haber mantenido á su familia con decoro, de no haber estado sometido como un mercenario en su trabajo y de haber ganado él y su familia un decente jornal. El de los obreros en Murcia es de 6 reales diarios en invierno; pero en verano, por ser más duradero y penoso el trabajo, es de 2 pesetas, agregándose el almuerzo y merienda á la alimentación ordinaria, pero rebajándose entonces 2 reales por cada jornal. La siega es el único trabajo que se hace á destajo, ó sea de un tanto por unidad, siendo el término medio de 2,50 por tahulla. El mozo de labranza vive y come con los dueños y gana según su edad de 15 á 30 pesetas al mes.

En Almería se saca muy poco interés á las tierras, ya por la escasez de lluvia, ya porque las haciendas de río suelen ver destruidas sus murallas de defensa y llevadas sus tierras, que quedan improductivas. Los obreros del campo ganan en el invierno 6 reales y siete en el verano. De Málaga me contestan que es muy variable el interés que de los capitales empleados en la agricultura se obtiene, pero que sin embargo puede asegurarse que no baja del 6 por 100. Los jornales medios son de 7 reales en las labores generales, variando en la siega y recolección de pasas cuando son trabajos esmerados. Entre un 5 y un 6 por 100 oscila en Jaen el interés que se obtiene y los jornales son de 7 reales, variando en la recolección de la aceituna desde 5 hasta 8, 9 ó 10 en ocasiones. En Badajoz se llega á obtener hasta el 6 por 100 del capital y de jornal medio se paga 1 peseta diaria. Del 4 al 5 por 100 rinden los terrenos de secano en Albacete, del 6 al 7 los de regadío y del 10 al 15 los montes, pagándose 2 pesetas de jornales medios. Varía en Granada el interés del 3 al 5 por 100 y el jornal de 5 reales desde mediados de Noviembre á mediados de Marzo, hasta 8 reales en el resto del año. En ciertas faenas, como la siega y recolección de aceituna, se emplea en vez de jornal fijo el *destajo* con los precios medios de 5 reales por marjal de siega y 1 peseta la fanega de aceituna. Se ve claramente, por lo expuesto, que el interés de los capitales empleados en la agricultura del Mediodía de España es superior en términos generales al 5 por 100, oscilando casi siempre entre esta cifra y el 6. Los jornales de los obreros del campo son aproximadamente de 6 reales diarios. Esta última cifra es por sí sola una protesta, sin necesidad de acudir á razonamientos de ninguna especie. La alimentación les cuesta la mitad del jornal cuando es por su cuenta, como generalmente sucede en Jaén en las épocas de siembra, en Badajoz si ganan más de 1 peseta, en Albacete lo mismo é igual en Granada. En Málaga suele ser la alimentación por cuenta del amo (porque así se puede exigir mayor dureza en el trabajo)—contestación textual á mi cuestionario,—pero á veces es á seco, en cuyo caso se calcula el escote á 3 ó 3 1/2 reales y se baja de los 7 del jornal, ó finalmente, compra por sí el trabajador para comer,

lo que obliga casi á no hacerlo para poder llevar algo á su casa. La alimentación en general es frugal, bien por el clima en la parte templada de la provincia ó por la mayor economía del patrono. En Almería se alimentan ellos mismos con su jornal y duermen en sus casas. En Murcia la alimentación de los obreros, que por lo general es de su cuenta, es parecida á la de los labradores, dos comidas al día por lo menos, de vegetales casi toda la semana, y de carne los días festivos. En época de trabajo fuerte se les rebaja 2 reales del jornal, dándoles almuerzo y merienda de carne con vino. También, aunque sin obligación, suele dárselos vino en ciertos trabajos extraordinarios como obsequio del labrador á sus trabajadores.

Estas son las superiores comidas que realizan los que llevan el supremo esfuerzo de la creación del capital, que si necesario para la explotación, más lo es la otra fuerza productora. Organizada la sociedad actual bajo un régimen de libertad y concurrencia formado por el capital, lógico es que ocurra lo que ocurre, es decir, que él sea el que disfrute todas las ventajas. Mientras pueda ocurrir, como ahora sucede, que los capitalistas se reúnan en el salón del Casino de la localidad y acuerden pagar lo menos posible, sin que haya intervención que lo evite, el abuso de los obreros subsistirá. Declaremos y pasemos por alto que todos los capitales que existen son legítimos, es decir, debidos al trabajo —lo cual es bastante difícil de probar;—pues bien, si esto es así, pongamos á los que trabajan en condiciones de que les sea posible su mejora gradual, ya que como hombres han de sentir en su alma el incessante deseo de mejora. ¿Cómo se conseguirá esto? Teniendo en cuenta que es necesario armonizar y no declarar antagónicos el capital y el trabajo; yo no veo ni encuentro posibilidad de mejora más que en hacer partícipe al trabajo de las ganancias del capital; es decir, que no se trata de nada nuevo, sino de la participación de los beneficios, puesto que aunándose los intereses de ambos, la producción tiene que aumentar forzosamente y el bienestar de las dos clases sociales también. Por la importancia que este punto tiene para nosotros lo estudiamos aparte, colocando al final de esta Memoria un proyecto de articulado regulando tal institución; lo que desde

luego consideramos una medida beneficiosa es la estadística del trabajo, que se llevaría en todas las provincias para que á ellas pudieran dirigir sus demandas los obreros que lo necesitaran, etc., etc., etc.

Arriendos.

La organización social que la propiedad agraria tenga no cabe duda que es de capital importancia en el estudio que en esta Memoria se hace; y como los arriendos suelen ser una forma muy frecuente de la misma, fuerza es que nos detengamos en el asunto. Pronunciada la opinión en favor de los arrendamientos á plazo largo, autorizada con el parecer respetable de personalidades como D. Gumersindo de Azcárate, D. Isidro Benito Lapeña, D. Rafael Fernández Solís, D. Francisco Fuentes, Salcedo y Ruiz, en su notable obra *El socialismo del campo*, apóyase en el razonamiento sencillo de que, siendo corto el arriendo, procura el arrendatario sacar el máximo producto de la tierra, aunque ésta se esquilme, á la vez que el propietario no quiere obligarse por mucho tiempo para poder pronto elevar la renta, haciendo de esta manera antagónicos intereses que deben ser completamente armónicos. D. Fermín Caballero, en su notable memoria titulada *Fomento de la población rural en España*, atribuía el malestar de la región andaluza á la poca duración de los arriendos y ser además de cuota fija. Examinemos ahora los datos recibidos á este punto del cuestionario. En Murcia casi todas las fincas se arriendan; vencen los arriendos en San Juan de Junio, aunque no se abona por lo general en esta fecha el importe total, puesto que casi siempre se hace en dos ó tres plazos ó más, según se realicen las cosechas; de modo que de Junio á Diciembre saldan sus cuentas con los dueños. Como éstos no agobian mucho á los colonos, suelen dejar parte de las rentas sin saldar para el año próximo. Su importe varía según la clase de terrenos y las casas, habiéndolas antiguas que no han aumentado sus rentas á pesar del de la producción, mientras otros los suben con cualquier pretexto; por regla general, en las tierras de primera (parte alta de la huerta) se pagan de 40 á

50 pesetas tahulla; en las de segunda (centro de la huerta), de 15 á 25, y en la parte baja, de 10 á 15. Lashuertas y algunas tierras excepcionales suelen pagar 60 pesetas por tahulla. En cambio las hay que no pagan más que de 5 á 10. Las relaciones entre propietarios y arrendatarios han sido siempre, y aún lo son, cordialísimas, á pesar de las predicaciones antirreligiosas que empiezan á hacer alguna mella. Pueden considerarse los arriendos de duracion ilimitada, puesto que pagando la renta al vencer, se conceptúa tácitamente prorrogado por otro año, y así se van sucediendo unas á otras generaciones, porque el dueño respeta por regla general la distribución que al morir hacen los labradores entre sus hijos y herederos, dejando en completa libertad para el cultivo, si bien algunos imponen la obligación de cultivar algunos árboles ó trozo de tierra, cuyos productos son para el dueño. Lo que sí suele hacerse es pactar sobre los beneficios que puedan tener las tierras al terminar el contrato, para evitarse cuestiones al momento de la terminación del arrendamiento. Diversiformes son en Málaga, durando por lo general un año, que empieza y acaba en San Miguel; otras veces duran dos ó más años, salvo venta; otras se constituye la aparcería, etc., pero siempre en condiciones que el pequeño labrador no pasa de jornalero sin opción á manutención. Exceptúanse algunas fincas de aristócratas, que ni las conocen y se arriendan á labradores, mejor dicho, á industriales que las explotan con provecho, subarrendando á su vez á colonos menores, ó labrándolas por sí, con con beneficio seguro si tienen bastante capital. En Albacete los arriendos duran de cinco años en adelante, pagándose al propietario la mitad de los productos obtenidos de la cosecha; cuando la tierra es de riego (que es la menor parte), entonces la simiente se pone la mitad por el propietario y la otra por el colono, como igualmente los abonos. Si la tierra es de secano, se suelen dar para viñas, arrendándose por seis años con los hoyos hechos, percibiendo el colono el producto durante el arriendo y quedando la propiedad para el dueño pasado el término, sin pagar renta alguna. Si la tierra es peor por estar distanciada de la población, entonces el plazo de arriendo es más corto y se queda al cabo del mismo con la

mitad el dueño, sin pago de renta. En lo relativo á los montes, que es la riqueza mayor, produciendo un rédito de 10 á 15 por 100, se distribuye el importe de la recolección, bien abonando una cantidad de 10 reales como jornal ó un real por arroba de producto recogido, que es lo más general. La forma de los arriendos en la vega granadina es en metálico, variando el precio del marjal (unidad para las tierras de riego de cabida 5 áreas y 20 centiáreas) entre 5 y 20 pesetas por anualidad. Así suelen ser los arriendos en el resto de la provincia, pero casi siempre labran los propietarios. En las tierras de secano el pago se hace en especie, y aunque con exactitud no puede precisarse la cantidad correspondiente á la unidad superficial, puede asegurarse que no pasa del tipo usado en término de Granada y pueblos de la vega, que suele ser de cuartilla de trigo por fanega de tierra. En la región llamada «Los Montes», partido judicial de Iznalloz, se usa el sistema llamado del *quinto*, ó sea la quinta parte de la cosecha en especie, y en algunos puntos la *medianería*, ó labor á medias entre el arrendatario y el propietario, poniendo éste la finca y la mitad de los gastos de cultivo y el labrador su trabajo y la otra mitad de los gastos. Hay muchos casos en las grandes propiedades que se dan parcelas á censo, pagando un canon anual vario, según el terreno. La duración de los contratos suele ser ilimitada, pero con obligación de despedirse ó ser despedido con un año de antelación. Otras veces los arriendos se hacen por plazo fijo, casi siempre de cuatro años. Las condiciones que los constituyen son muy variables, dependiendo de la naturaleza y destino de la finca, circunstancias locales, personales, etc.; pero en todos los casos existe la de las mejoras regida en la vega de Granada por un mal llamado reglamento de Mejoras, mediante el cual el propietario de la finca ó el labrador entrante tiene que pagar al saliente los abonos que los frutos recolectados no hubiesen consumido, arbolado nuevo, cercas y demás mejoras que la finca haya recibido en el arriendo anterior. Es costumbre generalizada la de reservarse el propietario el aprovechamiento del olivo en las fincas que lo contienen y arrendar únicamente el suelo. Cuando las tierras de olivar son de mala calidad, hay costumbre de cederlas gra-

tuitamente para que la labor de su suelo beneficie al olivo. Por cinco años se constituyen los arriendos en Badajoz, pagándose la renta en dinero que, ó es fija, ó equivalente á la producción media. Á plazo corto se establecen los arriendos en la provincia de Jaén; el más largo suele ser de seis años; se pagan las rentas por San Miguel, las de huerta en dinero y las de las tierras de labor en Santa María de Agosto y por dos ó tres hojas, de las que siembran una y otra dejan de barbecho, ó bien siembran una, barbechan otra y dejan otra de rastrojo. Vemos, como resumen de lo expuesto, que el arriendo á plazo corto es lo general en el Mediodía de España; que en las regiones que, como en Murcia, se hace á plazo largo, la prosperidad es mayor. Que la fórmula de la medianería de Granada y la existente en Albacete para las tierras de secano que se dan para viñas, son altamente conciliadoras para armonizar los intereses de los propietarios y colonos. Que el subarriendo no suele beneficiar á la tierra, porque se busca un provecho exclusivo sin preocuparse de que se mejore ó empeore su condición, y que los arriendos deberían tener un minimum de duración de diez años, siendo luego de duración ilimitada pasado ese tiempo si no se avisaba por uno ú otro con medio año de anticipación, por ejemplo, y así y con rentas proporcionarles á las cosechas recogidas, con perfectos contratos, cuyas cláusulas con perfecta claridad especificasen toda clase de condiciones, premiándose los mejores que se hicieran, creemos que podría establecerse una perfecta compatibilidad de intereses entre propietarios y colonos, que sería beneficiosa sin duda alguna para la prosperidad de la producción agrícola.

ENRIQUE SÁNCHEZ PASTOR.

(Concluirá.)

PRELIMINARES DE LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

Paréceme que esta vez se ha operado un movimiento de expectación y otro de avance en la masa general. El llamado *modern' styl*, no el estilo moderno, nos trae á unos y á otros preocupados, y aun cuando sea flor de un día habrá conseguido, según lo que voy observando, revivir espíritus que, como los de los cenobios, reposaban tranquilamente en sus celdas, sin pena ni molestias.

El *modern' styl* pretende una evolución natural en las artes bellas y ornamentales, pero entiendo que por parte de España no se digiere, y por la del extranjero, á pesar de Mucka y otros, muy contados, no resuelve ninguna idea nueva, determinada, por ahora.

Los españoles somos muy impresionables y muy asimiladores; tenemos en Francia nuestro espejo, y en él nos miramos complaciéndonos en encantarnos de las verrugas y deformidades, no viendo las bellezas cuando las hay.

En la pintura, en general, los impresionistas se van á la pintura mural, á la policromia, á la línea, á la síntesis, que ya en los monumentos egipcios y en los griegos la encontramos.

Impresionar no es nuevo: ¿quién de los que han pintado, quién de los que pintamos no ha hecho alguna mancha de asunto, fondo ó figura, para con ella, en el estudio, razonarla y crear un cuadro?

Hay impresionista tolerable, porque aun cuando traduce con rapidez la idea, aun cuando sintetiza, no desdeña el color, el natural, que siente españolamente; pero éste es una excepción: muchos, cansados de estar en nivel secundario, acuden al efectismo, y sin ellos pensarlo ó premeditandolo, después de motejar á los demás de arcaicos, recetarios y convencionales, pintan un sol, unos verdes, unos amarillos, y unos violados, de

receta acabadita de salir del horno, tan próxima á la borrachera, á la locura ó á la guasa, como lejana del sentido común, de la verdad, del sentimiento y de la traducción del natural, porque éste en todos los tiempos será igual, con sólo ligeras modificaciones, en las figuras: por el cruce, mejoramiento ó degeneración de la raza; y en el paisaje, por la influencia atmosférica según su mayor ó menor regularidad. Todos los estilos son buenos, si razonan y convencen, y este medio regulador lo da el público adquiriendo ó guardándose el dinero.

Pase, que ya es pasar, pero la libertad así lo exige, esta ú otra genialidad; mas no se infiltre en la juventud, no se la envenene si se quiere que el arte no sucumba.

Toda evolución, personal ó de escuela, debe venir tras del estudio y del dominio, para producir una síntesis, abreviar callejones y caminar por seguro y directo paso. ¿Nuestros modernistas están en el pleno dominio de esa idea? No.

Casi todos de los que la han aceptado, no la sienten, y como no la sienten no la interpretan; siguen la moda ideada por una jugada de bolsa, como la que se le ocurre á un modisto y... hasta nueva orden.

¿Para los alumnos esa idea puede servirse, así, sin preámbulos? No; pensar que sin estudiar, sin *sobar* buscando la forma, se llega al dominio de ésta, es una locura, porque si no se domina, si se edifica sin cimientos, sin base, el edificio resultará una piedra bomboneable, sin sujeción al sentido de la gravedad, que se derrumbará inmediatamente.

Otra de las asimilaciones del modernismo español es la manifestación más grosera; no van los artistas á París ni á Roma á perfeccionarse, á buscar quien les dé masticada, para digererirla mejor, la traducción de la forma, el sentimiento, el gusto; se va á admirar la idea para asimilarla, y si en unos casos es un monumento fúnebre lo que se fusila, en otros es la nota pornográfica, más ó menos insinuada, sólo porque algún maestro la hizo, tomando por éxito la idea moral, no la traducción del natural, la belleza de líneas y la maestría.

¿El arte tiene la misión de ser organillero de la sensualidad? ¿No es su misión elevar?

Otra de las tendencias de los modernistas es burlarse de los

que pintan historia, porque eso es hacer comparsas de guardarropía, y... ya pasó; hay que meterse en los suburbios, y allí no faltan asuntos. Hay que hacer plena luz, porque ahora todos vivimos en la calle, en el campo, en la playa... y muera el que no piense igual que pienso yo.

Creo que la manifestación nueva que se ha dado al cartel tiene la culpa de la síntesis, efectismos, simplicidad de líneas y de argumentos en España; pero en Mucka modernista, encuentro composiciones históricas, grandiosas, que no se distinguen de las otras más que en la concepción, en el desarrollo, en el mayor ó menor razonamiento.

Todas estas tendencias que ya he manifestado en el *Diario Universal* (1) y que explanaré en mi extensa *Crónica de la Exposición* que preparo para *Nuestro Tiempo*, han hecho que los del bando *arcáico*, como llaman los otros á los que persiguen el estudio del natural, sin efectismos, se muevan para contrarrestar el avance del modernismo.

Tengo la satisfacción de haber cumplido, el primero en esta etapa, con mi deber de llamar la atención sobre modernismos, sobre la Exposición y manera de funcionar y elegir Jurado; quizá sea el único que se ha atrevido, guardando respetos y dorando la frase, con otra pequeña Exposición donde encontré más materia censurable que plausible y sincera, y sobre todo peligrosa para los jóvenes alumnos, á quienes se invitó para surtir sus inteligencias de nuevos elementos (2), y he ¡¡DESCUBIERTO!!! al maestro Pradilla (3), poniendo sordina á adjetivos justísimos, nacidos á la vista de su *portestandarte* y de su *Vendimiario en las paludes poutinas (Italia)*. En todos estos artículos he dicho lo que después, bastante

(1) Véanse números del 6 y 20 de Febrero, 5 y 21 de Marzo último del *Diario Universal*, *Crónicas de arte*.

(2) Exposición Amaré.

(3) Ya en *Para Todos*, después de muchos años de retiro del maestro, y de no obtenerlo nadie, ni con dinero, conseguí una doble página que ilustró el extraordinario del 10 de Enero de 1903. Desde el año 1885 que me ocupo de estas cosas, vengo admirando al maestro y no hago nada en comparación de lo que hacen en Europa gobiernos y críticos, elevándole al primer lugar del arte.

después, han repetido algunos señores que ahora escriben de estas cosas.

Es muy lamentable que los Jurados se elijan entre los amigos y los paisanos: un escritor nuevo en la plaza abogaba por la representación en la candidatura de Jurados de los catalanes, y aun de valencianos y andaluces, como medio de concordia; ¿y al que venga de cualquier rincón de España, con alientos y trayéndose algo, quién lo representa?

El maestro Pradilla, de quien hace bien poco no se acordaban más que algunos amigos, ha resultado, y esto es un síntoma ahora, lo que nunca debió de dejar de ser el único miembro español del Instituto de París y uno de los cuatro europeos que componen la orden prusiana *pour le merit*: un maestro que lleva la bandera del arte español y que la eleva a medida que produce, á cuyo alrededor se están agrupando muchos de los que no comulgan en el modernismo; pero precisa entender que el maestro no es un símbolo del arte petrificado; acepta todo, razonándolo.

A propósito de este lío artístico, cree el maestro que «esto es un círculo vicioso y obligado, y mientras no se purifique y rompa, poco podremos hacer en el arte», añadiendo: «lo que debiéramos intentar, es romperlo.»

Un movimiento espontáneo de última hora, sin asentimiento de la víctima (léase Jurado presunto), hizo que saliera Pradilla, juntamente con Ferrant, Domínguez, Sorolla, Viniestra, Santa María y Saint-Aubin, resultando un Jurado compendio de aspiraciones y tendencias más culminantes, con el que se creyó que se evitarían radicalismos de escuelas, temibles y peligrosos.

Mas los Sres. Pradilla y Viniestra dimitieron, y han entrado los Sres. Ríos y Ramírez, quedando en puerta García Sampeiro, dando por resultado un Jurado incoloro por sus distintas tendencias, altas y derroteros.

El maestro Pradilla ha renunciado, pero no por particulares conveniencias, según me escribe: «Más de una vez he dicho á usted que á mi ver sufre nuestra pintura, entre otras epidemias, polillas, miasmas y calamidades, un empacho de mal entendida libertad que sólo podrá resolver un saluda-

ble freno, en lo cual convienen muchos, y entre ellos los señores que fueron llamados á remediar el actual reglamento de la Exposición de Bellas Artes; y si así pensamos, ¿le parece á usted que sin más preámbulos comience la saludable severidad por la citada Exposición, dando segundas ó terceras medallas á obras por cuyo mérito les hubiera otorgado primeras medallas un Jurado benévolo? ¿Qué dirían ustedes cuando se presentasen con ellas en concursos de profesorado enfrente de las medallas fácilmente logradas?»

«Fuera, abajo el valor legal de las medallas, puesto que todos quedamos iguales en este caso.»

Ya en *Para Todos* se dijo que las medallas no dan la omniscencia, perjudicando al arte, porque la enseñanza no es tal. ¿No sería mejor, para mejorar el problema aplastante de las necesidades de la vida, me decía el Sr. Pradilla, fundir la Escuela Central de Pintura con la de Artes industriales, como se ha hecho con las demás, enseñando derroteros nuevos, que no dejan de ser artísticos, donde pudieran colocarse entidades secundarias que podrían hacer arte en muebles, decoración, etc., y así habría la nivelación de fuerzas y se evitaría el recurso supremo de echarse y disputarse como lebreles encargos y cargos? Podría suprimirse el valor de medallas, y las oposiciones, conociendo, como se conoce, el número determinado de personas idóneas *para la enseñanza determinada*, y sólo para los que no han destacado podía hacerse una oposición sin trabas ni gabelas. Así estarían los que deben estar, y los frutos serían abundantes si se elegía bien, yendo al extranjero en busca de lo que aquí no hubiere, para llegar á producir industrias artísticas capaces de competir con el tiempo con las extrañas, y por ende surtirnos de ellas los españoles, que ahora dependemos de los caprichos de los de fuera. En estas diferentes manifestaciones podrían brillar y comer los que ahora andan á caza del mendrugo.

Prueba de que las Escuelas de Artes é industrias no responden al fin para que fueron creadas con los resultados; sólo una, la de Toledo, creada hace dos años, presenta en la sección de Arte decorativo de la Exposición Nacional, cerámicas, esmaltes y hierros.

Volviendo al tema del Jurado, me escribe el Sr. Pradilla:

«¿Que del Jurado no se exigen purificaciones, sino equidad en el juicio? ¿Qué falta hago yo entonces? ¿Acaso no han reducido (en el reglamento) su condición á poco más que á una función automática, negándole el uso del raciocinio y de la palabra?»

Como argumento de la falta de organización y de lógica le copio el siguiente párrafo: *La primera noticia que recibí fué el nombramiento oficial á las diez y media de la noche con obligación de contestar al punto, sin tener noticia alguna de quiénes iban á ser mis compañeros.* Que unido á desconocer el reglamento, se comprenderá la imposibilidad de aceptar lo desconocido.

Conveniente sería que estos y otros párrafos que pudiera copiar de varias cartas que el maestro ha tenido á bien dirigirme, contestándome, ó algunos períodos de conversaciones con él habidas, se tuvieran en cuenta en el Ministerio de Bellas Artes, si se quiere buscar la regeneración, ya que no se hizo caso de ellas cuando se invitó á varios artistas para hacer como que se quería reformar el reglamento, en el que se concede el derecho del sufragio, incluso á los *mencionados*, para otorgar nada menos que la recompensa hasta ahora más codiciada, por ser la más eminente del arte español, aun cuando no han de pasar muchos años sin que anulen su valor los mismos que se la reparten.

¿No sería conveniente elegir un departamento, *Sala de honor*, para colocar en ella lo mejor de la Exposición sin distinción de medallas ni de firma, y de este núcleo de obras, limitando su tamaño, ver si se podía sacar el diploma de honor votando el Jurado en pleno, tomando además parte aquellos artistas que por su cargo oficial en el arte y los de primera medalla y segunda se les reconociera competencia?

Debe suprimirse, como ya en otros periódicos he dicho, la repetición de medallas en un mismo artista, procedentes de la nacional.

Un síntoma, al parecer bonísimo, es el de que el Jurado de pintura, ante tantas obras, por temor á equivocaciones, haya pedido un plazo mayor para la elección ó selección de

las obras presentadas, porque «estima doloroso aceptar odiosidades, motivadas por no admitir obras estimables y no dar colocación adecuada y conveniente á las que por respeto al arte deben aparecer decorosamente instaladas en las mejores condiciones de luz, altura y espacio.» Lo extraño es que la ampliación se haya hecho extensiva á las demás secciones, donde la concurrencia es limitadísima.

No está mal el escrúpulo; así, hasta el día 6, bien pudieron en lo posible, juzgar y colgar sin ir de ligero; es el medio de que la tormenta que se echaba encima del Jurado se disuelva si, como parece, juzga con criterio y sin prejuicios.

Aun cuando se fantaseó bastante, la retirada de cuadros no ha sido tan grande como se dijo; la escasez de local también ha influido.

Otra nota plausible es que las obras del mismo Sorolla, presidente del Jurado, y aún las de otros maestros, se hayan colocado en los departamentos llamados *cuadras* que todos mirábamos con prevención, como nota depresiva; con esa compañía, con la puerta de comunicación que se ha abierto, por iniciativa del jurado Sr. Santamaría, se ha resuelto en parte el conflicto de colocación preferente á que todos aspiramos, hasta que el Gobierno se decida á retirar la guardia civil que ocupa medio edificio precisamente cuando se presentan mas cuadros. ¿Será necesario que los artistas, todos, se reúnan y en masa vayan al Ministerio de Bellas Artes á demostrar que se comete una intrusión perjudicial que precisa desaparezca sin más dilaciones?

Y á propósito del edificio y del Sr. Ministro: ¿Porqué continúa el rótulo en el frontis de la Exposición, «Palacio de la Industria y de las Artes»?

ANSELMO GASCÓN DE GOTOR,
C. de la Real Academia de San Fernando.

LOS CONSEJOS DE LA BRUJA

CUENTO

Abierto el testamento del príncipe Leopoldo, se vió lo que ya todos sus súbditos esperaban, esto es, que eran herederos los tres huérfanos de su hermano Sancho: Álvaro, de catorce años de edad, Germán, de doce, y Sol, de diez. Nombraba tutor de ellos al conde Pedro, que había sido su amigo y más fiel consejero.

No sin extrañeza se supo también que los niños no podían tomar posesión de sus bienes, hasta que tres pueblos que nunca habían querido prestar acatamiento á su señor, se sometieran á los príncipes. En una ocasión en que todas las ciudades, todas las villas y todas las aldeas habían enviado sus representantes con los diferentes productos de sus tierras para obsequiar á su príncipe, aquellos lugares no recordaron á los huérfanos. No era cosa de castigarles por la fuerza ni convencerles por la persuasión. Esta ya la habrían empleado; de aquélla no quiso hacer uso el conde Pedro, pues era caritativo y generoso, y sin embargo, el asunto le preocupó no poco. El pueblo peor tocó á Alvaro, el más incorregible á Germán y el menos malo á la niña. El mayor de los príncipes era todo corazón, el segundo todo inteligencia y Sol era muy buena y no carecía de talento.

Conviene advertir que el conde Pedro no era un hombre vulgar ni mucho menos. Se había pasado la vida estudiando y por eso procuró antes que nada que los tres herederos recibiesen sólida educación. Tiempo tendrían luego de gobernar.

La cláusula del testamento referente á aquellos tres pueblos preocupaba al tutor. Era preciso visitarlos y saber en qué consistía que no produjesen nada á la nación, ni hubiese medio

de que se sometieran á cumplir la ley como los demás. Así, una hermosa mañana, salió en carruaje con Alvaro, Germán y Sol, como si fueran cuatro viajeros ó cuatro curiosos que quisieran recorrer aquellos lugares.

Llegaron al primero á eso de las ocho. Habían atravesado un inmenso bosque y se hallaron de repente en un terreno llano sin belleza ni atractivo ninguno.

—¿Dónde están las casas?—preguntó Germán.

El tutor no pudo responderle al pronto porque él tampoco las veía.

El coche siguió avanzando y entró en una calle larga y estrecha. En ella había cuevas y chozas, y de vez en cuando, huertas mal cuidadas y que debían de producir muy poco. Pasaron luego á una plaza en la que se elevaba un templo y vieron por otros lados iguales cuevas é iguales chozas, todas con una sola puerta y una ventana cerradas. De repente lanzó Sol una exclamación de dolor y de sorpresa. A pocos pasos de ellos vieron el entierro de un niño: iba el cuerpo en una cajita blanca, y junto al cadáver habían colocado algunas flores del campo, de esas que en todas partes brotan. Llevaban el pequeño ataúd niños de ocho á diez años, tan delgados y tan pálidos como el difunto, y los hombres que les seguían tenían todos el color terrizo.

—¡Este es un pueblo de muertos!—exclamó Alvaro.

—A ti te pertenece, hijo mío—contestó el tutor.

El niño se estremeció al oírlo y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para disimular su pena y contener las lágrimas.

El lugar era grande y lo cruzaron todo. Antes de salir de él vieron que de otra de aquellas chozas sacaban el cuerpo de una niña. La pobre muerta tenía los ojos abiertos, unos ojos azules muy hermosos que parecían fijos en el cielo como para darle gracias por el beneficio que le hacía al llevársela de este mundo. El cuerpo fué llevado, como el otro, al cementerio, un terreno vastísimo que estaba detrás de la iglesia, en el centro mismo del pueblo.

—Aquí se mueren todos los niños—murmuró entristecido Germán.

Y los tres herederos se quedaron mustios y cabizbajos.

El conde, impresionado también dolorosamente, dió orden al cochero de que saliese del pueblo inmediatamente.

—El caso es—pensó el tutor—que el aire es puro, el cielo sereno... ¿No habría medio de evitar esta mortandad? Es claro que cuando el príncipe Leopoldo no lo hizo y dejó esta triste herencia á su sobrino mayor, sería porque no era cosa-fácil.

El segundo lugar que visitaron no les dejó tampoco grata impresión.

Después de cruzar extenso valle, por el que corría caudaloso río, llegaron á otro pueblo que contaba, al parecer, con más habitantes que el primero. Allí no había chozas, sino casas de uno ó dos pisos, con puertas, ventanas y balcones.

La gente estaba casi toda en la calle, sentadas las mujeres en el suelo, jugando los chicos entre los cerdos y las gallinas y trabajando los hombres en tierras que necesitaban poco riego ó sacando con dificultad agua de algunos pozos.

Presentaban todos, sin distinción de sexo ni edad, aspecto de suciedad y abandono.

El olor malsano que se notaba en las calles no se podía resistir. Gracias á que la princesita Sol había sido obsequiada al salir de su palacio con un ramo de perfumadas flores y pudo dar de él nardos y jacintos al tutor y á sus hermanos para que aspirasen su aroma.

—¡Qué pueblo tan sucio!—exclamó Germán.

—Es tuyo—le dijo el conde.

El niño hizo un gesto de disgusto y manifestó su deseo de marcharse de allí cuanto antes. Pero no pudo esto realizarse tan pronto porque en una de las calles había un carro atravesado y el coche tuvo que detenerse. Varios chicuelos se lanzaron hacia el carruaje para mirar de cerca á aquellos niños tan limpios y tan blancos.

—¿Por qué no te lavan?—preguntó Sol á una niña monísima que alargaba su mano para coger el ramo de flores.

—No sé—contestó,—no sé qué es eso.

—¿No lo sabes? ¿Pues para qué sirve el agua?

—Pa beberla—contestó la chiquilla sin vacilar.

Sol se echó á reir y le dió algunas flores y monedas.

El coche pudo seguir al fin su camino con gran contento de todos.

Llegaron al tercer pueblo al anochecer. Parecía ciudad más culta que los otros lugares. En las calles, tiradas á cordel, había bellos edificios, como también paseos, teatros y hermosas fuentes; pero no se veía uno solo de sus habitantes. Las tiendas estaban cerradas. Cruzaron la villa de un extremo á otro sin encontrar á nadie.

—¿Qué significa esto?—preguntó el conde Pedro.

—Este es un país abandonado—murmuró Sol;—pero á lo menos es mejor que los otros.

—Es tuyo—le dijo el tutor—y sin duda por ser el más bello de los tres lugares que se negaron un día á enviar sus representantes á tu tío, éste te lo dejó.

Ya se iban á retirar cuando la puerta de una fonda se abrió. Un hombre alto y delgado apareció en ella y miró con curiosidad el carruaje. Los niños, que habían almorzado en una ciudad que encontraron al pasar de un pueblo á otro, estaban fatigados y tenían sed, y el tutor dió orden al cochero de parar allí para que los príncipes tomasen alguna bebida.

Entraron los cuatro en una hermosa sala adornada con columnas y espejos y se sentaron ante una de las mesas de piedra. Estaba vacío el local. El conde pidió un refresco al hombre que había abierto la puerta.

—No hay—contestó lacónicamente.

—¿Pues qué se puede tomar aquí?

—En este momento nada. Los refrescos no se hacen hasta más tarde.

—¿Y cómo es eso?—preguntó Alvaro.

—Porque no venderíamos ninguno—contestó.—A estas horas no se ha levantado nadie todavía; yo soy el único porque me gusta ver la salida del sol. Aquí se duerme de día y se vive de noche. Lo único que puedo ofreceros es un jarro de leche que iré á ordeñar ahora mismo.

Aceptaron, y poco después volvía el hombre, llevando en elegante bandeja cuatro vasos y un jarro de cristal. Tomaron el conde y los niños la leche, pagaron con esplendidez y continuaron su camino.

Muy preocupado regresó el tutor de su viaje y, aunque consultó á algunos sabios del principado, ninguno ofreció eficaz remedio para que se cumpliese la cláusula del testamento del príncipe Leopoldo.

Un criado del tutor se atrevió á aconsejarle que viese á la bruja Maravilla. Lo que ésta no supiese, no lo sabría nadie. Aunque el conde no creía en brujas ni en duendes, más bien por curiosidad que por otra cosa, se dirigió una noche, sin más compañía que un escudero, á la mansión de la hechicera.

Serían las doce cuando llegaron al ruinoso castillo donde habitaba Maravilla con otras muchas de sus compañeras. Maravilla parecía ser la soberana. En elevada torre tenían las brujas su domicilio. Ellas necesitaban poco espacio para vivir, porque la mayor parte del día y de la noche, ya unas, ya otras, lo pasaban cruzando el espacio, penetrando en las ajenas casas, bailando en los valles y haciendo travesuras por las montañas.

Maravilla, apenas supo que el conde quería verla, ordenó que le introdujesen en su cámara, habitación pequeña, amueblada con estrechos divanes, adornadas las paredes con pájaros nocturnos clavados en ellas con las alas extendidas; en uno de los ángulos había gran número de escobas, las *cabalgaduras* de los sábados.

Era la bruja de mediana estatura, delgada, con los ojos hundidos y diminutos, de mirada viva y penetrante, la nariz muy larga y los labios muy finos. Vestía de negro con falda larga y cubría sus cabellos y su talle manto de tela tan transparente y delicada, que se afirmaba por el vulgo que estaba hecho de alas de mariposas. Era vieja y fea, pero cariñosa. Con singular amabilidad hizo sentar al conde á su lado apenas le tuvo en su presencia.

El tutor de los príncipes explicó brevemente á Maravilla el objeto de su visita, y ella le oía risueña y contenta. A veces no podía contener una sonora carcajada, como si le regocijase mucho la narración del caballero.

—¿Creéis—preguntó, tratándola con el mayor respeto el conde—que hay algún remedio para esos tres pueblos?

—Sí que lo hay—contestó la bruja.

—¿Me lo podéis decir?

—Ahora mismo. Al primer pueblo le falta aire, al segundo agua y al tercero luz; sin aire, sin agua y sin luz se vive mal ó no se vive. Me sería fácil remediar esos males, pero es mejor que lo hagáis vos. Si una noche echáramos abajo con nuestras escobas las chozas y las cuevas, tal vez los hombres que las ocupan no las volviesen á construir de igual modo; pero mis compañeras, por exceso de celo, no se contentarían con destruir los techos y las paredes, sino que lo romperían todo y quizás alcanzasen los golpes á las personas. Podría yo inundar el segundo pueblo con las aguas del próximo río; pero si éstas limpiaban las inmundicias, causarían también desgracias á los moradores. Me sería fácil asimismo tener desvelados durante el día con extraños ruidos, con nuestros cantos y con nuestras risas, á los que pueblan el tercer lugar, obligándoles á dormir de noche; pero esto, hecho de repente, produciría grandes trastornos en su naturaleza y enfermarían no pocos...

—Entonces—interrumpió el conde,—¿qué hay que hacer?

—¿Qué hay que hacer? —repitió la bruja.—¡Ja, ja, ja! eso se le ocurre á cualquiera. Á principios del próximo mes todos los habitantes del primer pueblo abandonan sus covachas para ir á una romería que se celebra en otra villa distante. Manda en ese día á tus criados y á tus fieles servidores que destruyan las viviendas. Al volver los pobres lugareños, se les dirá que todo ha sido obra de furioso ciclón ó de terrible terremoto. En seguida los obreros que has enviado construirán, en vez de las chozas y las cuevas, casitas sencillas con dos pisos, bajo y principal, con ventanas en todos los cuartos y con habitaciones suficientes para que la familia no viva hacinada. Arriba estarán las alcobas, abajo el comedor y la cocina, y el corral y el establo á un extremo de la huerta. El cementerio se hallará lejos de la población. Al poco tiempo cambiarán de aspecto los vecinos y no se morirán tantos niños.

La bruja guardó silencio un instante y luego continuó:

—Al segundo pueblo le dotas de buenas aguas. Con dinero y trabajadores todo se logra. Que haya en él fuentes, baños y

estanques. Si los viejos no quieren lavarse, la gente joven no dejará de hacerlo. Para estimular á los muchachos, mandarás que les arrojen monedas al agua. Ya verás con qué gusto se arrojan y cogen el dinero. Las madres, al verles más hermosos, con sus caras lavadas, no tendrán inconveniente en que lo sigan haciendo y aun lavarán ellas mismas á los más pequeños.

—¿Y al tercer pueblo?—preguntó el conde.

—Al tercero—prosiguió la bruja—hay que conquistarle de distinta manera. Como dispones de muchas tropas, harás que durante varios días, muy de mañana, lo crucen aquéllas llevando sus bandas de música. Al oír los toques de los instrumentos, empezarán por levantarse atraídos por la curiosidad los niños y las niñas. Después las mozas desearán ver á los bizarros guerreros y á éstas seguirán los hombres del pueblo. Las tiendas se abrirán temprano para que las tropas puedan comprar lo que necesiten. Los vecinos del pueblo se acostumbrarán á la luz del día y verán con encanto la salida del sol. Más adelante, podrás consolidar la obra dando algunas fiestas de toros ó torneos, y nadie dejará de acudir.

El conde dió las gracias á Maravilla por sus consejos y aun quiso hacerle un espléndido regalo; pero la bruja no lo aceptó, gozosa por servir á los sobrinos y herederos de aquel príncipe Leopoldo, el cual siempre toleró en sus estados á las hechiceras, cuando en otros reinos se dictaban severas leyes contra ellas. La bruja se contentó con la promesa del conde Pedro de que ninguno de los tres príncipes, entonces niños, la molestaría nunca, como tampoco á sus compañeras. El tutor ofreció solemnemente que se haría lo que ella deseaba, si tenía feliz éxito la realización de sus consejos.

Puesto en práctica cuanto dijera Maravilla, en los tres lugares, dió los mejores resultados; no en balde tenía ella una experiencia de tantos años. Algo se tardó en conseguirlo; pero al fin el conde tuvo la satisfacción de recibir á las tres comisiones que se enviaron de los citados lugares para demostrar su gratitud.

Después el conde Pedro cesó en su cargo, porque los herederos, que eran ya dos gallardos príncipes y una hermosa princesa, tomaron posesión de sus estados. Apenas lo hubie-

ron hecho, fueron á visitar aquellos pueblos objeto de tantos afanes, y vieron en el uno sus bellas casitas y sus habitantes fuertes y robustos, en el otro á la gente limpia y más civilizada, y en el tercero á todos madrugadores y amantes de la luz del día.

En el segundo de aquellos lugares se bajó del coche la princesa en el momento en que una niña blanca y sonrosada, aseadamente vestida, iba con un cantarillo á la cercana fuente.

—¿Para qué te sirve el agua?—le preguntó.

—Para beberla—contestó—y para lavarme.

JULIA DE ASENSI.

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Terminó felizmente el viaje regio. Pronto se abrirán las Cortes y el Gobierno dará cuenta de sus trabajos, siendo el principal la confección de los nuevos presupuestos. Anuncian los ministeriales días de ventura para la patria. Aplaudiremos con todo entusiasmo al Sr. Maura si hace algo, aunque sea poco, para levantar á España de la postración en que se encuentra y de tantos males como la agobian. Entre estos males señala *El Correo* dos que tienen gran transcendencia política y social: los cambios y las subsistencias. Dice nuestro querido colega que, siguiendo las cosas por este camino, continuará la elevación del cambio internacional, y como consecuencia inmediata de ello la subida del precio de las subsistencias. Seguirán inútilmente reuniéndose los obreros para protestar contra un estado de cosas que les hace la vida imposible.

Todas las clases sociales, y especialmente las más modestas, piden al Gobierno que, sin aplazamiento ni dilación de ninguna clase, ponga manos á la obra. Mientras no se realice la baja del cambio y el abaratamiento de los artículos de primera necesidad y de todas las subsistencias, el orden público estará amenazado y el Sr. Maura vivirá en continua zozobra y sobresalto. Corre prisa, mucha prisa la resolución de ambos problemas.

II

Repetiremos una vez más que el tratado anglo-francés es favorable á Inglaterra y perjudicial á Francia. Quédase la primera con el tranquilo Egipto y abandona á Francia el de-

recho de expansión sobre el belicoso Marruecos. Ni el Gobierno del Sultán reconoce la virtualidad del mencionado convenio, ni el pueblo marroquí se prestará á ser juguete de la diplomacia anglo-francesa. Cara puede costar á Francia la empresa en que se ha metido y de la cual no ha de sacar ni honra ni provecho.

Acerca de España, que es lo que á nosotros interesa, le conviene no meterse en libros de caballería y dejar á Francia, siempre soñadora y romántica, en sus comprometidas aventuras ó locas empresas. Consideremos á los marroquíes como amigos, y sólo pensemos en defender y aumentar nuestros intereses comerciales.

*
* *

Los japoneses se han apoderado de Kiahentse y han pasado el Yalú. Los japoneses, después de vivo combate, rechazaron á la artillería é infantería rusas. Los japoneses han desembarcado en la península de Liao-Tung, con objeto de cortar las comunicaciones de los rusos con Port-Arthur. Realizado esto, Port-Arthur, entregado á sus propias fuerzas y sin esperanza de recibir recursos ni por tierra ni por mar, tendrá que caer en poder de sus enemigos, perdiendo Rusia 30.000 hombres que hay en la plaza y toda la escuadra. La acometida de los japoneses á Port-Arthur, en la noche del 3 de Mayo, se distinguirá «entre todas las páginas de heroísmo que el historiador recoge para formar el archivo de oro de los hombres.» Todas estas noticias nos recuerdan la guerra de los boers contra Inglaterra.

No se olvide que los japoneses precipitaron los sucesos y dieron comienzo á la guerra atacando á Port-Arthur para impedir que los rusos tuvieran tiempo de reunir en aquellos mares poderosos elementos de combate. Lo que entonces hicieron por mar han hecho ahora por tierra. Antes que Rusia tuviera reunidos en la Mandchuria los 500.000 hombres que prepara para comenzar las operaciones, se han apresurado los japoneses á dar la batalla, atravesando el río Yalú y apoderándose de fuertes posiciones de sus enemigos.

Admiramos el acierto, la intrepidez y la bravura de los japoneses; pero también creemos firmemente que el resultado de la contienda será favorable, muy favorable á Rusia.

Pero sea de ello lo que quiera, lo mismo Rusia que el Japón han gastado mucho dinero, han perdido muchos hombres y han enterrado en el fondo del mar muchos barcos. Onerosos impuestos pesan sobre todas las clases de la sociedad de ambas naciones, y la vida comercial se halla suspendida en aquellos mares.

PEDRO ANSÚREZ.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LUIS MALDONADO, *Del campo y de la ciudad* (con ilustraciones de Eloy Romano).—Salamanca, 1903.

Hace unos pocos años formé el propósito de no escribir artículo alguno, ni crítico ni siquiera bibliográfico, de obra literaria de autor español vivo; pero reservándome—todo lo hacemos con reservas—el romper, por excepción, ese propósito cuando algo de excepcional me lo requiriera. No recuerdo haberlo roto si para escribir del hermoso libro de poesías, *Alma*, de Manuel Machado; pero es que Manuel Machado, cuando acierta á herirme el sentimiento, es el poeta español vivo que más hondamente y con más novedad me lo hiere. Ahora vuelvo á quebrantarlo á favor de una colección de cuadros de costumbres charrunas, de los charros de esta provincia de Salamanca, y tengo motivos más que sobrados para tal quebrantamiento, aparte del valor que en sí tiene el libro, que es muy grande.

Conocí á Luis Maldonado hace más de una docena de años, cuando llegué á Salamanca; así que nos conocimos, quedamos muy buenos é íntimos amigos, y esta amistad sigue y seguirá. Véase, pues, con cuanta ingenuidad echo por delante lo de ser íntimo amigo mío el autor del libro que voy á elogiar con poca tasa, y esto á nadie debe sorprender, porque si nos hicimos amigos fué precisamente porque él era capaz de escribir cosas tales y yo de gustarlas.

Pero aún hay más. Andaba yo cierta temporada muy enamorado del «Martín Fierro», hermoso poema gauchesco—escrito en el habla de los gauchos argentinos,—y á tanto llegó mi afición por el tal poema, que se lo leí á los más de mis amigos ó hice que lo leyeran. Entre ellos estaba Maldonado, el cual aparentó tomarlo un poco á barato y á broma y extrañarse de que me dejara yo sorprender por esos remedos de ruda poesía popular. Y decidió jugarme una pasada. Fingió un cierto poeta charro autor de unas «Querellas», y me las leyó. Y caí en el lazo. Las «Querellas del ciego de Robliza» me encantaron; ponderé y ponderamos todos los que las leímos sus bellezas y su frescura y quedó el alguacil alguacilado, ó séase burlado el burlador. Había evocado, para embromarme, al charro poeta que lleva dentro, y éste salió y se adueñó de él. Me atrevo á decir, sin jactancia, que le descubrí al que llevaba dentro. Y tanto le dijimos, que acabó por convencerse de que tomábamos en serio sus «Querellas», é hizo una tirada de

ellas, con un prólogo mío, pero la hizo privada, sin ponerla á la venta y sin que apareciese su nombre, por si acaso. Cierta recelo le hacía temer la crítica y no fuese que quería yo embromarle á mi vez.

Mas, á partir de entonces, se animó, despertó el costumbrista y el lozano escritor en él, y se dedicó á trazar cuadros de la tierra, que fué dando á la «Plana literaria» de *El Adelanto*, diario de esta ciudad de Salamanca, plana que dirigía el atildado escritor Ramón Barco, hermano de Juan, que tan hermosas pinturas ha trazado de estos campos. En la dicha plana salieron los cuadros que forman el volumen cuyo título encabeza estas líneas.

Todos ellos son preciosos, llenos de jugo y de vida, pero los hay hermosísimos en su concisión. Léase «Oficio nuevo» y aquella trágica exclamación de «¡hay mina! ¡hay minal!» que lanza alborozado el padre cuando se desmaya en el charco de sanguijuelas el hijo que, para pescarlas, con su cuerpo entró á él desnudo. Léase «El último recurso», lleno de tierna sencillez: una tragedia contada del modo más admirablemente natural.

Pero lo que más resalta en esta colección de escenas es la manera franca y sana, natural y poética de expresar el amor. Un amor antiguo, quiero decir, un amor eterno, un amor robusto como las encinas y fresco como la brisa que las orea, un amor de los que engendran mozos robustos, un amor para la vida. «Silvano y Gumisinda» es un idilio teocritano, lleno de salud campestre, y lo mismo «Declaración». No es la cursi traducción de los faunos, sátiros, ninfas, centauros y demás tramoya poética helénica traducida del francés, no; es la vida de hoy, que responde á la vida aquella. Es ir á beber á la fuente misma de donde bebieron los antiguos, antes que se despojara del verde á toda cosa, que dijo Leopardi, y no recoger las escurrajas de lo que dejaron ellos en sus cántaros. Pocas cosas pueden leerse más frescas, más aromosas, más *légrimas* (véase el vocabulario que va al fin del libro). «Silvano, halagado por la respuesta, abrazóse con ella—con Gumisinda,—y la pareja, alumbrada por el sol de primavera, al atravesar por los floridos majadales, parecía un brote más de la fecunda tierra.» Y todo el amor que pinta Maldonado es brote de la tierra.

Pero lo que hay que leer es «El tío Cavila», el que va acezando, besana adelante, arrojando el trigo en los surcos mientras pronuncia las palabras sacramentales: «Pa los pájaros..... pal diezmo..... pal fisco..... pal amo..... para mí.....» En este hermoso relato se descubre todo el inexhausto fondo de rebeldía que guarda aún el campesino en sus honduras, y todo el fondo, inexhausto también de resignación, rebeldía y resignación, que, aunque parezca mentira, se dan y viven juntas en una misma alma.

En estos relatos campesinos aparece hasta en tres de ellos el médico de pueblo, que va repartiendo consuelos más aún que recetas, tipo éste al que parece tener afición Maldonado. Más aún que al cura de aldea, que no aparece ni una sola vez.

Del campo y de la ciudad se titula el libro, y, en efecto, algunos

de los relatos se refieren á cosas de la ciudad de Salamanca, mas aun éstos son en cierto modo campesinos por ser recuerdos infantiles del autor. ¿Y qué ciudad no es campo, y campo florido, para los niños?

Pocas cosas revelan mejor el natural poético de Maldonado como la viveza con que evoca sus recuerdos infantiles, el más corriente y puro manantial de poesía. «El misterio de la Santísima», «El dómine Lupus» y otros tienen el encanto que todo recuerdo infantil tiene.

En los relatos todos que constituyen esta colección todo está visto, y visto en vivo, por su autor. El titulado «Vamos con Dios» es de tan maravillosa verdad que sería imposible inventarlo, y es de las narraciones que nos hacen exclamar: «¡Esto es verdad! ¡Esto ha sucedido!» como ante un retrato de hace siglos exclamamos: «¡Qué parecido!» Pero esta verdad está realzada por una imaginación tan madura como fresca, infantil y disciplinada á la vez. En mi vida olvidaré el relato que nos hizo de palabra Maldonado de una visita al antiguo castillo de Villanueva de Cañedo. Vimos los fosos, el puente levadizo, los sombríos torreones, el patio de armas y hasta á las castellanas asomadas á las ventanas en noche de luna oyendo al trovador. Después he visitado el antiguo castillo, convertido hoy en casa de labor, y he visto sus derruidos torreones, sus fosos, en gran parte rellenados, su patio y todo lo demás; pero ¡qué diferencial! Todo lo que Maldonado nos contó era verdad; pero todo era nuevo.

No sé por qué, lector, no me siento hoy en vena de glosar á Maldonado, y temo, ó quedar corto en mis elogios, ó, si me excedo, que lo atribuyan á nuestra amistad.

El lenguaje..... el lenguaje es de lo más brioso, robusto y castellano que conozco. Como el de Pereda, tiene dos fuentes principales, el *Quijote* y los clásicos, y la lengua del pueblo. Está lleno de voces, giros y modismos charrunos, que se subsanan en parte con el vocabulario que va al fin del libro. Y digo en parte porque usa algunos, como *entoñar*, *rachizo*, *cogüelmo*, *corruto*, *terraquero chileja*, etc., que ni los incluye en su vocabulario ni los trae el Diccionario de la Academia. Esta tierra de Salamanca es riquísima en tales voces y modismos muy expresivos y propios. Lo sé bien, pues llevo todo el tiempo que llevo aquí recogéndolos y estudiándolos.

Tentaciones me están dando de copiar aquí, á guisa de prueba, pensamientos, comparaciones y pasajes enteros de este libro; pero me temo reproducirlo todo ó casi todo.

Este libro es un fruto más de cierto renacimiento literario que en esta ciudad de Salamanca se observa y de un como alborear de una nueva escuela salmantina. José María Gabriel y Galán, el tan conocido poeta; Mariano Domínguez Berrueta, de gran fuerza cómica y de sagacidad en su *Alma charra*; Luis Romano, poeta delicado aún, poco más que en capullo, sin contar, ó á los ausentes y que ya, por no vivir aquí, no están influídos por este ambiente, ó á los casi veteranos en las letras, como el tiernísimo

poeta, mi entrañable amigo, Cándido R. Pinilla. Y detrás asoman otros jóvenes henchidos de esperanzas. Y he de decirlo con toda ingenuidad, aunque haya quien lo tome á mala parte: en este renacimiento creo me cabe buena parte. A Galan y á Maldonado yo fuí quien primero les animó, tratando de infundirles ambición literaria; á todos los he animado. Y estoy satisfecho de ello.

No quiero concluir sin decir algo de las ilustraciones de Eloy Romano, hermano de Luis, el poeta. Porque he de decirles á ustedes que también yo he hecho monos en tiempos y creo se me alcanza algo de dibujos. Los de Romano son sobrios, cual corresponde á la tierra y á las costumbres que se dicen en el libro. La efigie del tío Clamores es muy exacta y muy expresiva; la de Felipe el de la Herrumbrosa, muy elegante.

Concluyo. El libro de Luis Maldonado *Del campo y de la ciudad* nos ofrece una de las lecturas más sanas, más amenas, más refrescantes y más dulces de que se puede gozar.

MIGUEL DE UNAMUNO.

* * *

La civilización occidental, por B. KIDD.—*Su precio, 7 pesetas.*
—Madrid, 1904.

La civilización occidental, de Benjamín Kidd, que acaba de editar la casa del Sr. Suárez, libro traducido del inglés con rara fidelidad y corrección por D. Siro García del Mazo, es una de las concepciones más profundas y originales de nuestros tiempos. No se ciñe, como el título parece indicar, á estudiar la civilización occidental; lo que estudia es la relación de esta civilización, en los términos que hoy se da, con todas las anteriores tomadas en conjunto (moderna, medioeval, romana, gótica, oriental y primitiva), para averiguar y fijar el principio directivo que separa á la una de las otras. En el dilatado desenvolvimiento social distingue dos grandes fases: la una comprende todo lo pasado; la otra se desarrollará en lo porvenir; actualmente nos hallamos en la transición de una á otra. A lo lejos, más allá de las primeras nieblas de la Historia, vemos el trabajo de aquélla por el desenvolvimiento social en que se efectúa la subordinación del individuo á la sociedad organizada, mediante un vasto proceso militar, destinado a alcanzar un máximo de desarrollo en un tipo de sociedad cuyo principio de vida es la afirmación consciente y vigorosa de sí propia. De este tipo de orden social ha de salir el siguiente, cuyo principio esencial de vida consiste en que todos los intereses del orden social existentes se subordinen á otros intereses que no sólo trascienden del tiempo presente ó de la organización social actual, sino que deben proyectarse siempre mas allá del contenido del propio sentimiento político. Cuando nos remontamos á la primera época del proceso social en que el individuo está sometido á la regla de la organización social existente, se levanta ante nosotros la imagen de la oposición ruda, tenaz, prolongada, que ha acom-

pañado á este primer grado de subordinación, y del número inmenso de fenómenos á través de los cuales el progreso se ha efectuado poco á poco. De esta lucha han nacido los grandes sistemas de costumbres, de moral social y de leyes que ejercen su acción en el mundo que nos rodea, y cuya función ha consistido meramente en subordinar el individuo á los intereses de la sociedad política.

La resistencia opuesta por el individuo al proceso que le sometía á la organización política existente no es sino pálido reflejo de la que la sociedad organizada opondrá al proceso que habrá de subordinarla á los intereses de un futuro que rebase los límites de la conciencia política. Y á la manera que la eficiencia del individuo ha dado la medida de la intensidad de su resistencia opuesta al proceso que le subordinaba á la sociedad organizada, así también la eficiencia de la sociedad organizada dará la medida de la resistencia que esa sociedad opondrá á su propia subordinación á intereses no comprendidos en el campo de su sentimiento político. Todo el contenido de los sistemas de pensamiento, de filosofía, de moral, de ética, de religión, será, á tiempo, arrastrado al remolino de este conflicto supremo. En la lucha demiúrgica resultante, los sistemas rivales de sociedad serán lanzados inconscientemente unos contra otros; las naciones, los pueblos, los grandes tipos de civilización se encontrarán, lucharán entre sí y probarán el valor de sus principios; y con relación al principio que rige el conflicto, á saber, el grado de eficiencia de la subordinación de lo presente á lo futuro, la selección natural seguirá escogiendo entre los vivos y los muertos á medida que el progreso del mundo continúe.

Tal es el problema que Kidd explana y dilucida en su nueva obra, mediante el análisis de las viejas y nuevas civilizaciones, en que no se sabe qué admirar más, si un sólido conocimiento de todas las constituciones sociales que ha habido en el mundo, ó la rectitud y acierto con que interpreta las instituciones y las costumbres. Por esta razón, su libro interesa no sólo á los sociólogos, mas también á los historiadores, estadistas, políticos y jurisconsultos.

M. SALES.

* * *

L'imagination, por L. DUGAS.—O Doin.—Paris, 1903.

Ahora que la clásica distinción entre el entendimiento é imaginación, concepción é imagen, parece llamada á desaparecer, la presentación de un libro sobre el complejo funcional psíquico que Bain llamó constructividad tiene marcadísimo carácter de suceso por el influjo que pudiera ejercer sobre lo porvenir como iniciador de nuevas orientaciones y representante de tendencias apenas esbozadas.

La obra de L. Dugas es un buen libro, ameno, científico, de

erudición discreta y oportuna, poco escolástico é impregnado todo él de un perfume de novedad y solidez que encanta.

El mismo día de comprarlo me leí sus 340 páginas de un tirón; luego he vuelto á leerlo con lentitud y la impresión fué siempre sugestiva y atrayente. Ha sido este uno de los libros que más sensación de alegría y bienestar intelectual me ha dado, en mis últimas lecturas. No recuerdo otra tan intensa en mi vida, sino remontándome al día en que logré aprender la descripción del esférico, ese hueso enrevesado é indigesto, allá en los felices tiempos en que debí estudiar Anatomía.

L'imagination es ante todo un libro simpático; en sus páginas he encontrado unidos muchos nombres amigos: Charcot, Musset, Darwin, Taine, Pasteur, Flaubert, Maupassant, Grasset y tantos otros ídolos están allí unidos en una hermandad genial, cuya falta de realización fué siempre una de mis obsesiones. Quizás en la alegría que la contemplación de ese feliz enlace me produjo, esté la razón de mis entusiasmos y optimismos por la labor del profesor de Rennes. Hay en ella también una cualidad excelente, la claridad; en aquellas páginas todo es sencillo y comprensible; basta una lectura y cuando más dos para enterarse y aprender; nada de giros retorcidos y esotéricos, diafanidad en todo; pero una diafanidad didáctica que ayuda la retención y la evocación, haciendo agradable los estudios psicológicos aun á los principiantes que apenas si sabemos el *argot* de los términos técnicos.

Consta el libro de dos partes: en la primera analiza el autor el contenido, dos factores de la imaginación, estudiando sus relaciones con los sentidos, la memoria, la voluntad, el sentimiento, etc.; en la segunda mitad se ocupa de la imaginación como función creadora, bajo las formas espontánea y refleja, tomando como tipo las imaginaciones práctica, científica y estética. En un capítulo final van el resumen y las conclusiones de la obra.

En ella hay capítulos de una seducción imperecedera: el titulado la imaginación y la simpatía es un modelo de precisión y claridad; el estudio de ese hecho psicológico que Ribot definió diciendo que era «la existencia de disposiciones idénticas en sujetos diferentes» está hecho tan magistralmente que subyuga; sus dos formas, la sinergia y la sinestesia, pocas veces podrán esquematizarse con tal acierto, y al acabar sus líneas, se llega placenteramente, sin fatiga ni rebuscamientos, á la conclusión fijada por el autor.

Como éste hay otros muchos para dar cuenta clara de los cuales fuera necesario, ó pluma más hábil, ó trasladarlos íntegramente y como aquello no está en mi mano y esto último no es posible, en una nota, limitareme á copiar el párrafo con que termina el estudio de Dugas. por creerlo capaz por sí solo de dar mejor cuenta del criterio que informó al autor al escribir el libro que no mis palabras demañadas é incoloras:

«Lo que caracteriza á la imaginación es el ser ella la *vida del espíritu*, entendiendo por tal el espíritu todo entero, considerado en su evolución, en su marcha adelante, en su esfuerzo por sobrepasarse, por satisfacer cada día con mayor amplitud las múltiples

exigencias de su naturaleza, por realizar obras cada vez más perfectas. Su debilidad está en no poder pararse jamás, en ser siempre perseguida por la inquietud de lo mejor, en ver retroceder sin cesar el giro de sus esfuerzos, el agotarse en un trabajo inútil. Mas esto es también su grandeza y su fuerza. Ella es la vida; es necesario atribuirle la responsabilidad y el honor de todo lo que se hace en el mundo: «nada se mueve sino por sacudidas» (Pascal).

* * *

La Science et la Hypothèse, por H. POINCARÉ.—Paris.

Abundan los sabios que intentan construir el mundo, tomando á la experiencia los menos materiales posibles y dando el principal papel á la hipótesis. Haylos también escépticos superficiales que creen despreciable todo lo hipotético y cuanto en ello tiene su base. Ninguna de las dos tendencias merece otra cosa que censuras. «Dudar de todo ó creer en todo son dos soluciones igualmente cómodas» (Poincaré).

Para juzgar con rectitud, conviene tener en cuenta la distinta naturaleza de las hipótesis.

Unas son comprobables y una vez confirmadas por la experiencia se convierten en verdades fecundas; otras pueden sernos útiles para fijar nuestro pensamiento, sin mayor transcendencia; quedando por citar las más numerosas que no tienen de hipótesis sino la apariencia, reduciéndose á definiciones disfrazadas.

Estas últimas abundan con una lamentable profusión, sobre todo en las ciencias llamadas matemáticas. Algunas personas, sorprendidas por este carácter de libre convencionalismo que se encuentra en ciertos principios fundamentales de la ciencia, han querido generalizar olvidando que la libertad no es lo arbitrario. Siguiendo tal procedimiento, han venido á dar en lo que se llama *el nominalismo*, para acabar por preguntarse si el mundo que el sabio pretende descubrir no es simple y sencillamente una creación de su capricho.

Si esto fuera cierto la ciencia sería impotente. Lo que ocurre es que la ciencia alcanza, no las cosas, sino las relaciones entre estas cosas; fuera de estas relaciones no hay realidad conocible.

Para llegar á esta conclusión, basta recorrer la serie de las ciencias, desde la Aritmética á la Física experimental.

El razonamiento matemático no es realmente deductivo como es corriente creer. Un estudio detallado y profundo muestra bien á las claras que participa en gran parte del razonamiento inductivo y que á esta cualidad debe el ser fecundo.

Si de aquí pasámos al estudio del espacio, veremos que la Geometría, como toda ciencia, descansa sobre un cierto número de axiomas indemostrables. Los tratados clásicos admiten tres explícitos: 1.º *por dos puntos no puede pasar más que una recta*; 2.º *la línea recta es la más corta entre dos puntos*; 3.º *por un punto no puede pasar más que una paralela á una recta dada*.

Largo tiempo y hondo cavilar se han empleado inútilmente en

demostrar el tercer axioma, conocido con el nombre de *postulado de Euclides*, hasta que á principios del pasado siglo dos sabios, uno ruso y otro húngaro, *Lowatschewsky* y *Bolyai*, establecieron de modo irrefutable que esta demostración era imposible.

Siendo, en cambio, factible deducir el postulado de Euclides de otros axiomas, lo que lleva á que negando el postulado y admitiendo los axiomas se arribe á consecuencias contradictorias.

Esto es precisamente lo que ha hecho *Lowatschewsky* suponiendo al comienzo de su razonar: *que por un punto pueden pasar varias paratelas á una recta dada.*

Conservando además los restantes axiomas de Euclides.

De esta hipótesis deduce una serie de teoremas con los que construye una geometría tan lógica como la euclidiana. Los teoremas bastante diferentes de los que conocemos, desconciertan un tanto la primera vez que se les analiza. He aquí uno para ejemplo: *es imposible construir una figura semejante á una figura dada, pero de dimensiones diferentes.*

Rienvann, que niega también el primer axioma, creó una tercera geometría opuesta á la de *Lowatschewsky*. Así la suma de los ángulos de un triángulo es igual á dos rectas, *en la geometría euclidiana*; más pequeña que dos rectos, *Lowatschewsky*, y mayor que dos rectas, *en la de Rienvann*.

Las dos nuevas geometrías presentan el inconveniente de dejar lugar á la suposición de que si hubiesen alcanzado más lejos sus deducciones, quizás hubiesen llegado á alguna contradicción. Esta dificultad no existe para la geometría de *Rienvann* á dos dimensiones, en nada diferente de la geometría esférica que es una rama de la Geometría ordinaria.

Mr. Beltrami, trayendo la geometría de *Lowatschewsky* á dos dimensiones refuta igualmente la objeción en lo que la concierne. He aquí como lo demuestra: «Consideremos sobre una superficie una figura cualquiera. Imaginemos que esta figura está trazada sobre una tela, de tal manera que, cuando la tela se mueva y se deformen las diversas líneas de esta figura, puedan cambiar de forma sin cambiar de longitud.»

En general, la figura flexible ó inextensible no podrá separarse sin abandonar la superficie; pero hay ciertas superficies particulares para las cuales un movimiento parecido sería imposible; estas son las superficies de curvatura constante que pueden ser *positivas*, susceptibles de deformarse de modo apropiado para hacerse aplicables sobre una esfera (la geometría de estas superficies se reduce á la geometría esférica, que es la de *Rienvann*, y *negativas*, que es la de *Lowatschewsky*).

Si según *Stuart-Mill* toda definición contiene un axioma existen muchos *implicit*s que pueden dar lugar á nuevas geometrías.

De aquí se deduce que veremos repetirse que los axiomas geométricos no son: ni juicios sintéticos, ni hechos experimentales, sino convencionalismos.

Una geometría no puede ser más verdadera que otra, sólo será más ó menos cómoda; la euclidiana es la más cómoda.

En mecánica veremos que sus principios, aunque de carácter algo más experimental, también participan del carácter convencional de los postulados euclidianos.

Mas al llegar a las ciencias físicas cambia el aspecto, pues éstas se basan casi exclusivamente en la inducción. Siendo toda hipótesis una generalización, nadie puede poner en duda su necesidad en la vida de las ciencias; lo que sí puede ponerse en tela de juicio es la profusión con que se prodiga. *Toda hipótesis que no pueda someterse á la comprobación debe abandonarse.* El físico que renuncia tras detenido examen á una de sus generalizaciones, no debe sufrir un desengaño. sino, por el contrario, tener una alegría, dado que ha hallado una nueva senda.

Los escépicos que se burlan de lo efímero de las teorías científicas, hácenlo así porque no se dan cuenta de su papel y de su fin. La teoría de *Fresnel*, que atribuía la luz á los movimientos del éter, ha sido sustituida últimamente por la de *Maxwell*. ¿Quiere decir esto que la obra de Fresnel haya sido inútil? No, porque Fresnel no trataba realmente de saber si hay éter y si éste está formado ó no de átomos, sino de prever los fenómenos ópticos.

El sabio no debe, por tanto, privarse de las hipótesis, como el poeta no se priva de las metáforas; pero debe de conocer su valor verdadero.

Hay en la historia de la evolución de los conocimientos físicos dos tendencias distintas. Por una parte, la de que la ciencia marcha hacia la unidad y la sencillez, descubriendo á cada paso lazos de unión. Por otra, la creencia de que la progresión es á lo más variada complicación, como lo prueba la constante aparición de hechos nuevos y contradictorios.

Nada justificadamente absoluto puede afirmarse acerca de cuál de las dos tendencias acabará por dominar, aunque el camino emprendido parece permitir presumir que el triunfo será para la opinión unitaria.

En el cálculo de probabilidades, también es necesario admitir como punto de partida una hipótesis en cierto grado arbitraria. En la elección de tal convencionalismo sólo puede servir de guía el principio de la razón suficiente; desgraciadamente, este principio es demasiado vago y elástico.

La historia de la electrodinámica es de lo más interesante que darse puede para el fin perseguido por Poincaré. *Amper*, que tituló su obra «Teoría de los fenómenos electrodinámicos fundada únicamente en la experiencia», hacía hipótesis sin notarlo. Sus sucesores, atraídos por los puntos débiles del trabajo de Amper, crearon hipótesis nuevas que hubo necesidad de modificar constantemente, antes de llegar al actual sistema clásico, por lo demás aún no completamente definitivo.

Tales son los principales elementos que constituyen la base fundamental de la última producción de Poincaré. Es éste un libro abstruso, de lectura difícil, que obliga á desempolvar viejos volúmenes ya olvidados en lo alto de los armarios. Mas una vez leído,

su abundante fruto recompensa largamente la árida labor empleada en desentrañar el significado de aquellas explicaciones laberínticas. Es, en suma, una obra profunda y buena.

CÉSAR JUARROS.

* * *

Sebastián Fox Morcillo.—*Estudio histórico-crítico de sus doctrinas. Memoria premiada con accésit por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso ordinario de 1901, escrita por URBANO GONZÁLEZ DE LA CALLE.*—Un volumen en 4.º—Madrid, 1903.

Se decía en esta revista, con el triste motivo de la prematura muerte del eminente filósofo D. Urbano González Serrano, que el gran maestro había dejado un digno heredero de su talento y sus virtudes en su hijo Urbano González de la Calle.

La aparición del primer libro de éste, premiado en académico certamen, muestra en su autor las aptitudes que predecíamos.

A los que hemos seguido paso á paso en su brillantísima carrera á este joven, de tenacidad inquebrantable para el trabajo, de vocación científica decidida, de inteligencia amplia é investigadora, de aptitudes múltiples y armonizadas con perfecto equilibrio, para las más opuestas direcciones de la labor mental, no nos admiran, aunque nos regocijen, sus progresos intelectuales.

Sólo diré dos palabras acerca del libro que motiva estas líneas, pues ni el espacio ni mi competencia en la materia me consienten otra cosa.

Sólo quien posea los alientos del autor, incapaces de ceder ante los empeños más arduos y difíciles, es capaz de acometer la empresa de estudiar á un filósofo como Sebastián Fox que, cual todos sus congéneres del Renacimiento, escribía en latín, teniendo que analizar todas sus obras, hacer una penosa disección de doctrinas arcaicas, de concepciones pueriles á nuestros ojos, rebuscar datos entre aquella farragosa erudición clásica del siglo XVI, revolver impresos y manuscritos en museos y bibliotecas, compulsar ediciones, perseguir el menor detalle con minucioso celo, apurar el tema, en fin, en la estera de lo posible, sin que la magnitud del esfuerzo sea siquiera compensada por la amenidad y el atractivo del asunto.

Dentro de la filosofía misma, para estudiar á Herbert Spencer, á Ribot ó á Nietzsche, por ejemplo, con cuyas doctrinas convivimos, basta el natural acicate de la curiosidad científica. Para estudiar á Fox Morcillo, caso de arqueología filosófica sin aplicación inmediata al estado del pensamiento actual se requiere un amor perseverante al trabajo, una convicción arraigada de que en el campo de la ciencia pura no pueden existir categorías y de que lo pequeño complementa á lo grande en la desinteresada esfera del conocimiento.

Divídese la obra en cuatro capítulos, consagrados respectivamente á exponer la biografía y bibliografía de Fox, el estado del

pensamiento durante las centurias XV^a y XVI^a, las doctrinas filosóficas del citado filósofo y las opiniones emitidas por algunos autores acerca del mismo. Integran el trabajo una advertencia preliminar, numerosas y eruditas notas que van separadas del texto, algunos apéndices conteniendo traducciones ó extractos de varios opúsculos foxianos, dos biografías referentes á Fox y un estudio sobre la Universidad de Lovaina.

Expuesto lo que antecede, es inútil insistir en lo concienzudo, en lo completo de la monografía que, por haber alcanzado más alta sanción, no ha menester mi desautorizado elogio.

Es el primero de los estudios críticos realizados acerca de Fox y esto aumenta su importancia.

Fiel reflejo de su autor es el libro: todo sencillez, orden inflexible, plan y método de lógico rigor, reflexión serena, desapasionamiento en el juicio, modestia exagerada, que desentraña lo objetivo para hacerlo patrimonio de todos, mostrándose vacilante y parsimonioso en lo personal; solidez en la doctrina y ausencia de oropeles y lentejuelas.

El Sr. González de la Calle, que con loable piedad filial ha hecho de la memoria de su ilustre padre un culto, puede tener la vanagloria de haberle tributado con sus obras, con su vida toda, el homenaje que más estimaría el ilustre muerto.

* * *

Un heterodoxo español en el primer Claustro universitario de Buenos Aires, por MANUEL CASTRO LÓPEZ.—2.^a edición. Buenos Aires, 1904.

En una monografía breve, pues sólo se compone de 68 páginas, pero substancial por el contenido para los aficionados á históricas curiosidades, presenta el autor la figura de D. Juan Fernández de Agüero, catedrático de la Universidad de Buenos Aires, á fines del siglo XVIII y principios del XIX, y tocado de aquellas atrevidas ideas filosóficas, contrarias á la unidad de pensamiento de los siglos anteriores; ideas que soplaban ya entonces como un viento huracanado, trayendo con la *Enciclopedia y la Revolución de 1789* gérmenes renovadores de la mentalidad y de la vida.

Con abundancia de eruditos datos, traza el Sr. Castro y López la silueta de aquel sacerdote batallador—paradoja viviente—que representando por sus hábitos un dogma, consagró toda su actividad á emancipar la inteligencia de toda férula dogmática.

Aquel varón, cuyo espíritu sufrió la honda crisis que ha llevado desde la fe á la impiedad á tantos heresiarcas y librepensadores, se nos muestra con todo el vigor de carácter propio de aquellos hombres esclavos de su conciencia, que por proclamar sus ideales, verdaderos ó falsos, jugaban mil veces fortuna, tranquilidad y vida.

Apóstol de la libertad y el racionalismo en tiempo de tiranía política é intelectual, perseguido y arrojado de su cátedra de Buenos Aires, en lucha perenne por los principios emancipadores que

habían de convertir á América más tarde en un país libre y democrático, el sacerdote gallego, rebelde y tenaz como su remoto compatriota Prisciliano, ofrece el alto interés de todas las voluntades firmes y de todas las aspiraciones generosas, equivocadas ó no. Tanto más cuanto que, como dice el autor, «Fernández de Agüero, á pesar de sus contradicciones, fué un precursor de ese dulce y saludable respeto que se profesa á todas las creencias, y su nombre completamente olvidado ahora, merece el afecto de cuantos participan de los beneficios de tan saludable conquista.»

El Sr. Castro López, autor de anteriores trabajos históricos y literarios, es un investigador laborioso y un expositor hábil, y merece plácemes por haber ampliado con su excelente monografía la serie de los *heterodoxos españoles*, que estudió en obra monumental el primero de nuestros eruditos y críticos contemporáneos.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.



Mors in vita, novela original de ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.—
Madrid, 1904.

Un jardín nuevo que dió sus primeras rosas poco hace, ha vuelto á florecer en esta primavera.

El autor de *Cuestión de ambiente*, el narrador amable de la tragedia anímica que padeció aquel Ignacio en la vida que vivió en su mundo, nos ha contado otra historia de alma más tranquila, más apacible, al parecer, que aquélla, pero en realidad más sangrienta y mucho más cruel.

Luz, la simpática amante de Alvaro, es la imagen del querer: toda amor, toda bondad. Es rebelde porque debe serlo, porque es necesario que rebelde sea todo aquel que sigue una senda que no es ciertamente la que le trazó el destino.

Pero la novela es humana, el autor sabe del vivir como de ciencia amiga, y la que es todo amor, todo bondad, pierde las flores de su alma, viéndolas deshojarse oprimidas cruelmente por las manos ásperas del amado. Así es el mundo. Luz sacrificó la primavera de sus ilusiones y la luz blanca de sus amaneceres con tal de regalar á Alvaro los soles radiantes de sus tardes futuras; Luz fué servil, se entregó á un cualquiera con lágrimas en el alma—para que nadie pudicra verlas,—para, en cambio, poderse entregar más tarde á Alvaro con sonrisas en los labios para que sólo él pudiera gustarlas; y Alvaro, que es pobre de espíritu y que no sabe amar ni gusta las sonrisas, no ve con sus ojos de imbecil, que no tienen luz, los rojos atardeceres de la primavera, que se le ofrece pródiga en caricias.

Alrededor de estas dos figuras muévense en la novela de Hoyos algunas otras que son también interesantes, pues sirven para decirnos cómo es fuerte aquella mujer hermosa en su amor y cómo es débil en su pensar aquel varón cobarde. La madre de Alvaro, la Marquesa del Paular, es la figura noble del dolor antes y después, y dice de su sufrir con palabras que parecen

gotas de sangre arrancadas á las carnes seniles por los nudos de las disciplinas. Y esta mujer, predicando el mal del mundo, porque á ella le tocó padecerlo, va torciendo inclinaciones en los corazones vírgenes de los demás y los va sumiendo en el loco laberinto de que no han de salir.

Renata, la vieja sirviente loca, causa espanto en el ánimo del lector. Su figura es fúnebre—yo me la he imaginado vestida siempre de negro,—su mirar es trágico; su hablar es profético, con agüeros de malaventuranzas. Cada vez que he pasado por las páginas del libro he sentido un estremecimiento frío y ganas de arrancar la hoja para no seguir viéndola.

En conjunto, la novela, ya lo he dicho, es rebelde, con rebeldía sana, y es real porque en ella la sana rebeldía no es triunfadora.

MIGUEL A. RÓDENAS.

* * *

Essai sur l'esprit musical, por LIONEL DAURIAC, profesor honorario de la Universidad de Montpellier. — París, Félix Alcan, editor, 1904.—En 4.º, VI 304 páginas, 5 francos.

Los orígenes del placer musical—que cualquier hombre puede experimentar por el solo hecho de serlo—no dependen únicamente del oído.

La inteligencia y el espíritu tienen una parte preponderante. Se es sensible á la música según la aptitud para percibir la unidad de una melodía como tal, lo que supone en el hombre la facultad de percibir las formas sonoras y de gozar con esta percepción.

Gravitan otras funciones alrededor de las funciones esenciales del oído y de la inteligencia; lo accesorio en el placer musical es la memoria y la imaginación. El autor estudia en su interesante libro la psicología de las funciones musicales, y también, en su estado naciente, la psicología del músico; á éstos conviene mucho leer un libro que hará época en la historia de la estética musical.

* * *

L'absolu. Forme pathologique et normale des sentiments, por L. DUGAS, doctor en Letras.—París, Félix Alcan, editor, 1904.—En 8.º, 184 páginas, 2,50 francos.

Lo absoluto es una forma del sentir que se aplica á fines dignos ó indignos del hombre, pero que puede siempre, en un sentido, distinguirse de su objeto, y entonces es idéntico á sí mismo. Es la forma naturalmente intransigente de todo ideal preconcebido.

¿En qué consiste el sentimiento de lo absoluto? ¿Cuál es su origen? ¿Cuáles son su valor y su empleo? El autor formula estas preguntas y las examina en capítulos denominados *El ascetismo*, *El fanatismo* y *La terquedad*. Estudia también el empleo legítimo y normal del sentimiento de lo absoluto.

* * *

La Papauté. *Su origen en la Edad Media y su desarrollo hasta 1870,* por IGNACIO DE DÖELLINGER. Traducido del alemán por A. Giraud Toulon, profesor de la Universidad de Ginebra. Con notas y documentos de J. Friedrich, profesor de la Universidad de Munich. — París, Félix Alcan, editor, 1904. — En 4.º, xxiii 474 páginas, 7 francos.

Esta obra es la traducción del célebre libro en el cual el canónigo Döellinger, muerto en 1890, trazó la historia de la formación del Papado.

Hasta fines del siglo XI el obispo de Roma era igual á los demás obispos; gozaba de un derecho de preeminencia ó de primacía puramente honorífico. A partir de Gregorio VII, y bajo sus sucesores Inocente III y Bonifacio VIII, la primacía se cambia en soberanía y se transforma la legislación de la Iglesia. Los Papas invocan en apoyo de su derecho á la primacía, textos de Padres de la Iglesia, cánones de los Concilios y otros documentos. Por desgracia, los textos aludidos son inventados ó apócrifos, y el libro en que se trata de probar esto causó sensación en Alemania, cuando se publicó en vísperas del Concilio del Vaticano, y sobre todo, porque proceda de aquel á quien la Iglesia consideraba como su más iustre historiador y su más sabio teólogo. Döellinger era un fervoroso creyente, que no trataba de crear un cisma, sino de impedir que la Iglesia católica se apartara de la verdad y de la ortodoxia, al proclamar la infalibilidad del Papa.

El citado libro constituye guía precioso para quien desee orientarse en las cuestiones de la actual política religiosa.

* * *

Se han publicado los tomos III y IV de la preciosa *Colección de cuentos, frases y refranes en acción* que, bajo la dirección del ilustre literato D. Juan Cuesta, están editando con gran aceptación por los amantes de la buena literatura los Sres. Bailly-Baillièrre é Hijos.

Si interesantes, amenos é instructivos eran los dos primeros tomos los que tenemos á la vista no desmerecen de aquéllos, colaborando en el tomo III escritores tan distinguidos como Ciro Bayo, con un interesante cuento en que explica el significado del antiguo adagio *Una lección de magia ó de cómo más vale vaca en paz que pollos en agraz*; Mario Garnier, con una historieta interesantísima dividida en cinco capítulos, titulada *Para el hijo*, y Juan de Granada, Arturo Cientes y Leza Agost, que siguen discurrendo con sumo gracejo sobre las frases *A carne de lobo diente de perro*, *Llorar á boca cerrada y no dar cuenta á quien no se le da nada* y *A nuevos hechos nuevos consejos*.

En el tomo IV, D. José María Sbarbi, en un artículo magníficamente hecho, explica el significado de varias frases y refranes, para desarrollar el que tiene como primordial *¡Valgame ó válgate la Cananea!* Este tomo contiene otros curiosos y bellos artículos titulados: *Una noche...*, por J. Sánchez Gerona; *El curioso*, de Simón Sánchez;

De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco, por Manuel J. García,
y *Aquí te cojo, aquí te mato*, de Nicolás Rosstouf.

Ilustran estos volúmenes distinguidos dibujantes, que han trasladado á la estampa con gran fidelidad y precisión el refrán ó frase que quieren significar. Precio de cada tomo, 1,50 pesetas en todas las librerías y en la casa editorial de los señores Bailly-Bailliére é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

* * *

D. BENITO VICETTO.—**Los Hidalgos de Monforte** (*Historia caballeresca del siglo XV*), con un prólogo de D. NICOLÁS FORT.—*Tomo II. La Coruña, 1904.*

Cuando se publicó el primer tomo de los *Los Hidalgos de Monforte*, dimos en esta revista nuestra opinión. Ahora, después de leer el segundo tomo, tenemos que insistir acerca de la bondad de la obra citada. Descripciones muy bellas, retratos admirables y escenas encantadoras, todo esto escrito en castizo lenguaje castellano y en forma correctísima. El Sr. Vicetto es un escritor de rica inspiración y de poderosa fantasía, y el libro tiene capítulos que ni el Sr. Pérez Galdós ni el Sr. Pereda los escribirían con más brillantez ni más elegancia. No es extraño, pues, que se hayan hecho cinco ediciones de la hermosa *Historia caballeresca del siglo XV*. El Sr. Vicetto tiene un conocimiento tan exacto del feudalismo y de la vida de los señores feudales y de los vasallos, que leyendo algunas páginas del libro parece que estamos viendo el castillo colocado en la cima del monte y las miserables chozas alrededor de la señorial fortaleza, los terribles tormentos impuestos por el señor feudal á sus vasallos, los amores y los odios, las venganzas y las intrigas de aquella sociedad.

* * *

Guerra anglo-americana (1812-1815), por JOAQUÍN MARÍA LAZAGA, *Contraalmirante*.—*Su precio, 2 pesetas*.—*Madrid, 1904.*

El Contraalmirante D. Joaquín María Lazaga, que como es natural, tiene innegable competencia para tratar de campañas navales, acaba de publicar un folleto de 99 páginas, en el cual sin alardes retóricos y en estilo llano y sencillo, se dan noticias interesantísimas de la guerra que los Estados Unidos sostuvieron en los comienzos del siglo XIX con la antigua metrópoli. ¿Cómo pequeñas escuadras norteamericanas lograron tantos y tan señalados triunfos sobre el inmenso poder naval de Inglaterra? Satisfactoriamente contesta á esta pregunta el Sr. Lazaga. Lean nuestros marinos el librito que el laborioso Contraalmirante ha dado á la imprenta, y más que nuestros marinos, léanlo nuestros políticos, pues como dice su autor, «no deja de ofrecer enseñanza aun en los tiempos actuales.»

* * *

Mácbeth, de SHAKESPEARE. *Adaptación en cinco actos y trece cuadros de la tragedia de tal nombre á la escena española, hecha directamente del inglés por D. José de Elola.*—Precio, 2 pesetas. Hállase de venta en las principales librerías y en casa del autor, Leganitos, 54, principal.

Con escribir el nombre de la tragedia y del autor está dicho todo. Las admirables creaciones *Mácbeth*, *Hamlet*, *Otello*, *Romeo y Julieta* y el *Rey Lear* serán siempre un título de gloria para el dramaturgo más grande y genial de Inglaterra. Haremos notar que la adaptación tiene verdadero mérito y que el Sr. Elola, si bien ha creído conveniente alterar en algunos puntos, por cierto en muy pocos, el original, su trabajo es digno de alabanzas y el único, hasta ahora, en que se halla íntegro todo el *Mácbeth* que escribió Shakespeare. Versado el Sr. Elola en la lengua inglesa, conocedor del teatro de Shakespeare y observador profundo de las costumbres de aquella época, como también del gusto y de las ideas de nuestro público, repetiremos que el arreglo de la tragedia *Mácbeth* á la escena española está perfectamente hecho, sin dejar por ello de ajustarse la versión al texto inglés.

* * *

Los pueblos hispano-americanos en el siglo XX por RICARDO BELTRÁN Y RÓZPIDE, de la Real Academia de la Historia y bibliotecario de la Real Sociedad Geográfica. —Madrid, 1904. —Precio de la obra, 5 pesetas.

Este es el título que ha dado á su libro el Sr. Beltrán y Rózpide. Con elevado criterio y profundo conocimiento del asunto estudia el laborioso publicista é insigne geógrafo la historia contemporánea (1901-1903) de los Estados republicanos de la América española (Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Méjico, Guatemala, el Salvador, etc.) «Nuestra literatura y nuestra ciencia, nuestra prensa periódica —dice—deben tener como predilecto tema de inspiración, de estudio y de información la vida social y política de los pueblos hispano-americanos. Lo que allí sucede ha de importarnos é interesarnos mucho más que lo que acontece en Rusia ó en el Celeste Imperio.» Tiene sobrada razón el Sr. Beltrán. Si nada tenemos, si nuestra misión ha terminado en Asia y en Oceanía, si en estos días Francia é Inglaterra nos han cerrado en Africa todos los caminos de expansión, en America se hallan nuestros hijos y se habla el hermoso idioma castellano. La conveniencia y aun necesidad de estrechar nuestras relaciones con los pueblos americanos de raza española es el objeto del libro. ¿Conseguirá su propósito el ilustre bibliotecario de la Real Sociedad de Geografía? Lo mismo intentó el Sr. Pi y Margall y lo mismo viene aconsejando hace tiempo el Sr. Labra; pero ni uno ni otro han podido vencer nuestra pasividad é indolencia. El Sr. Beltrán es digno continuador de una obra tan noble y patriótica.

* * *

Aprendizaje, novela de D. JOSÉ M. MATHEU.—Su precio, 2 pesetas.
Se halla de venta en las librerías de Madrid y provincias.

Si en algunos pasajes la obrita del Sr. Matheu no carece de mérito, la verdad es que el argumento despierta poco interés. Ni el protagonista, ni los demás personajes, ni la invención de la fábula se distinguen por la novedad ni por el ingenio. Algunos personajes y no pocos sucesos pudieran suprimirse sin dificultad alguna. Como un ensayo, y nada más que como un ensayo, debemos considerar la novelita *Aprendizaje*, y sólo en este sentido felicitamos al Sr. Matheu, el cual en otras obras ha dado señaladas pruebas de notable escritor.

La Théophilantropie et le culte décadaire (1796-1801), par A. MATHIER.—Prix, 12 francs.—Félix Alcan, éditeur. Paris, 1904.

La *Biblioteca de historia contemporánea* se ha enriquecido con un nuevo libro (un volumen en 8.º de 753 páginas). *La Teofilantropía y el culto decenario*, estudio presentado por A. Mathier en la Sorbona, como tesis doctoral, mereció generales alabanzas y dió lugar á interesantes discusiones. La constitución de la República es incompatible con el culto de las religiones positivas? En la introducción se trata de *El culto nacional en el año IV*, en el capítulo primero, de *Los preludios de la Teofilantropía*; en el segundo, de *La primera Sociedad Teofilantrópica*; en el tercero, de *Los discursos de La Révellière Lépéaux en el Instituto en el año V*; en el cuarto, de *El diez y nueve de Agosto en París*; en el quinto, de *El diez y nueve de Agosto en los departamentos y en el extranjero*; en el sexto y en el séptimo, de *El culto decenario y teofilantropía*; en el octavo, de *La Caida del culto decenario*; en el noveno, de *Los últimos días de la teofilantropía*, y en el epílogo, entre otras materias de capital interés, de *La alianza religiosa universal en el año 1854*.

Digno de aplauso por todos conceptos es el trabajo del ilustre profesor de Historia en el Liceo de Caen. Mr. Mathier ha consultado las mejores fuentes sobre la materia y ha juzgado los hechos con exquisita imparcialidad. Si en todos tiempos las relaciones entre la Iglesia y el Estado, entre el sacerdocio y el imperio tienen importancia y despiertan gran interés, en la actualidad son éstos mayores, dada la presente situación de Francia y el rompimiento entre el clero y el Gobierno.

PEDRO ANSÚREZ.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

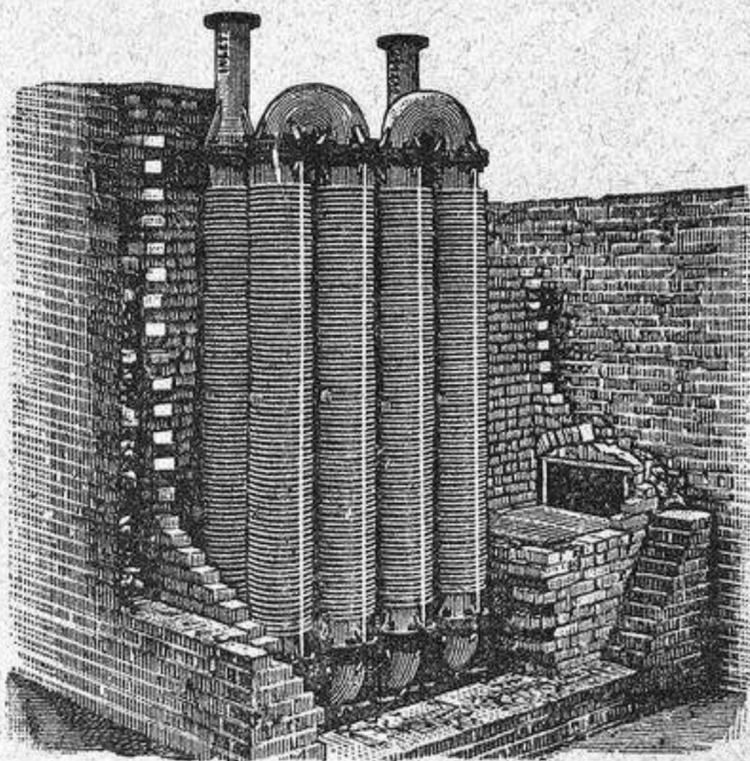
SOBRECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWOERER

Economiza ANUALMENTE

15.000.000 DE FRANCOS DE HULLA EN LA INDUSTRIA

Con patente de invención en todos los países.

Se obtiene con él hasta un 35 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 6.000 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:



Siemens et Halske, de Viena (95 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (68 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto á Viena (30 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).

Para más detalles dirigirse al inventor:

M. EMILIO SCHWOERER, Ingeniero,

EN COLMAR (ALSACIA)

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00

00